

# Edi- to- rial

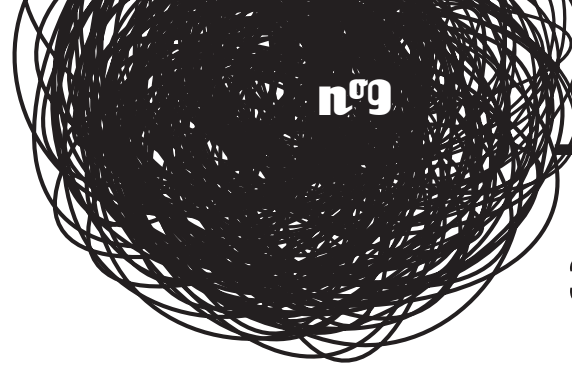
La palabra *fronteras* nos pone en alerta, nos avisa del precipicio. Si la vinculamos a los feminismos, la combinación nos resulta más perturbadora todavía. ¿Qué fronteras hay dentro de los feminismos?, ¿somos conscientes de todas ellas?, ¿estamos más sensibilizadxs con unas que con otras?, ¿por qué?, ¿son las fronteras intrínsecas a los feminismos?

Las fronteras, las palabras. ¿Las palabras como fronteras? Sentimos la necesidad de pensar cómo nombrar, cómo nombrarnos. ¿En qué punto del lenguaje estamos? Sin ánimo de aspaviento, sin duda, mucho más allá de las polémicas televisivas. Algunas necesitamos reivindicar todavía más el género femenino, todavía no lo suficientemente visible; a otros, en cambio, nos parece que hay que empezar a poner sobre la mesa, sobre la letra, la «e», la «x», para romper con lo binario, para reivindicar nuestro mundo más cercano; también estamos quienes optamos por el juego, por la ambigüedad, por pasar de un género a otro como manera de señalar lo complejo del asunto. ¿Y qué pasa con las colaboraciones de este año? El lenguaje como medida del mundo también nos señala la opción política de incorporar lo masculino no-genérico como reivindicación de otros feminismos. ¿Será esto otro motivo que nos aleje o una manera de pensar juntxs desde otro lugar?, ¿hay algo de estratégico en los lenguajes que utilizamos según en qué contexto?

Si por algo creemos que se caracterizan los feminismos es por encargarse de dinamitar fronteras, de escalarlas, de abrir grietas... A lo largo de este monográfico encontraréis una aproximación a las fronteras en los feminismos desde diferentes aristas: la apropiación cultural, las maternidades, las voces, la menstruación y la menopausia, el sistema penal, las identidades, las alianzas, el amor, la ternura, el campo y la ciudad, Cataluña, los cuerpos en lucha, lo individual, lo colectivo, el antiespecismo o la escritura. Pero también os encontraréis con textos desde lugares menos comunes, como los videojuegos, el dolor o la autoedición.

También, estamos segurxs, habrá algunos textos en este número que re-muevan, molesten, incordien más que otros. Para cada cual, su piedrecita en el zapato. Os animamos a que los busquéis, a que nos pongamos a pensar desde esa incomodidad, desde esa molestia. Sin miedo. Con ánimo de escucha. Ya habitamos en el tiempo de la discordia, ¿nos lanzamos a vivirla con alegría?, ¿nos paramos a leer y desdibujar fronteras? Queremos aprender, ¿no?

Y sí, puede que otra de las fronteras que atraviesa este monográfico seamos nosotras, las editoras. Cada una en una punta de la península compaginando tiempos, proyectos y amores... para sacar adelante esta Madaja número 9 que es en realidad ya la décima. Gracias por acompañarnos hasta aquí.



- Y tú, ¿qué opinas? 4**
- 6 Tijuana: Carta de amor a la frontera de los sueños**
- Feminismo y fronteras 8**
- 12 Apropiación cultural: reivindicar el derecho al despojo**
- Rosa quiere llegar 14**
- 16 Orgullo y prejuicio**
- Historias de una familia maqueta 18**
- 20 El amor de mi visa. Relatos desde la diáspora**
- Autodefinidas 23**
- 25 Con el diccionario en la cabeza mientras doy la teta**
- Reflexiones sobre el compromiso: ¿qué nos hace libres? 28**

( La Madeja nº 0 (2010) *Aborto* | La Madeja nº 1 (2010) *Migraciones* | La Madeja nº 2 (2011) *Cuerpos* | La Madeja nº 3 (2012) *Paisajes* | La Madeja nº 4 (2013) *Amores* | La Madeja nº 5 (2014) *Transgresiones* | La Madeja nº 6 (2015) *Cuidados* | La Madeja nº 7 (2016) *Miedos* | La Madeja nº 8 (2017) *Sexualidades* )

**Equipo de redacción:** Irene Blanco, Irene Choya, Celia García López, Irene García Rocas, Inés Herrero Riesgo, Irene Pardo Contreras, Sofía Sofosa.

**Diseño y maquetación:** Amelia Celaya.

**Colaboraciones:** @Andromedry, @colorae, Asociación Gitanas Feministas por la Diversidad, Salma Amzian, Irene Antuña García, Loreto Ares, Ageda Blasco, Adela Briansó Junquera, Valeria Canelas, Cataclismo, María Díaz, Germán Domínguez Pérez, Patricia Dopazo Gallego, Nico Durán Gurnsey, Dryadeh, Catia Faria, Sua Fenol Florez, June Fernández Casete, Inner Galaktik, Mar Gallego, Olga García Rocas, Dulce Gomes, Bego González, Chus González García, Cristina Gozalo Martínez, Lola Hernández, Nikita Jha, Laura Macaya, María Medusa, Paulina Meza, Moscas de Compañía, Patricia Narbona Gómez, Daniela Ortiz, Lizbeth Ortiz Acevedo, Stef Papin, Elena Prous, Araceli Pulpillo, Dolores Riesgo, Eduardo Romero, Rocío Ros Rebollo, Víctor Serri, Cristina Trinidad Jiménez.

**Imprenta:** Summa

**Saltar la concertina de la piel 31**

**32 Nuestra grieta, nuestra red**

**Cartografía de nuestro desierto 34**

**37 Intentonas y abuelas: autoedición contra el pánico**

**Privilegios. Algunas preguntas desde y para los feminismos 40**

**42 Ríete sin límites... de tus privilegios**

**Las voces de la sospecha 45**

**48 Urbanas y rurales. Cuerpos entre dos mundos**

**La clase, ¿qué clase? 50**

**52 Las bestias**

**Frontera de mí: oculta entre los síntomas 56**

**59 Efecto lavadora**

**Derribar muros a golpe de mando 61**

**63 La cultura menstrual trasciende las fronteras**

**Retales 65**

**68 Y después de la menopausia, ¿qué?**

**Fronteras sin peldaños. Historias de «nosotras estuvimos allí» 70**

**73 La especie: ¿última frontera de la justicia?**

**Machuculos, ¿tolerancia cero? 75**

**79 La cartografía de una nueva república**

1ª edición noviembre 2018

Todas nuestras publicaciones están editadas bajo **licencia copyleft**; esto significa que está permitida su reproducción, modificación, copia, distribución y exhibición, siempre que se haga citando a la autora o autor, sin ánimo de lucro y bajo la misma licencia.

**Frente a cánones e impuestos**, creemos que el interés de la edición es difundir contenidos, servir de herramienta educativa y generar debate; por eso, todas nuestras publicaciones se pueden descargar gratuitamente en [www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org).



cambalache feminismo

Edita | cambalache

Esta revista es un proyecto autogestionado que se sostiene a través de su venta. Por ello, te animamos a comprarla, difundirla y distribuirla.

Se trata de una aventura colectiva en construcción, abierta a aquellas personas interesadas en participar en ella. Puedes pasarte por el local del colectivo, escribirnos o llamarnos para contarnos tus propuestas. Más información en:

C/ Martínez Vigil 30, bajo.

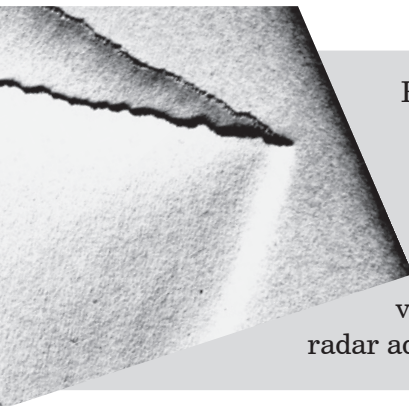
33010 – Oviedo

Tfno.: 985 202292

[www.localcambalache.org](http://www.localcambalache.org)

[lamadeja@localcambalache.org](mailto:lamadeja@localcambalache.org)

D.L.: AS-3139-2010 | ISSN: 2171-9160



En esta sección recogemos las ideas de las personas que leéis nuestra revista. *Frontera* es una palabra que nos remueve, nos resuena a límite, pero también a grieta y posibilidad. Frontera, «aquello puesto y colocado enfrente» escupe el diccionario. Tan lejos y a la vez tan cerca, frente a frente, enfrentamiento tangencial de grito mudo y piel mudada. No percibimos las fronteras igual a lo largo de nuestra vida, por eso también nos parece interesante recoger sentires alejados del radar adultocentrista. Y para ti ¿qué es una frontera?

**Claudia, 16 años**

Una frontera es una línea imaginaria o real, supongo que puede ser un muro o lo que sea que separa dos territorios o dos Estados.

**Sofía, 12 años**

Yo creo que una frontera es una separación entre un lugar y otro lugar.

**Julia, 4 años**

Una frontera es una cosa que es para que no entre el sol en las casas. También es una maceta para que pongamos las flores.

**Ceci, 59 años**

Un límite, un obstáculo, algo que derribar.

**Belén, 45 años**

Una frontera es algo que separa, que marca diferencias, que marca límites, es algo inventado, es algo impuesto desde el poder y desde el afán de proteger lo que pensamos que nos pertenece.

**Pao, 43 años**

Frontera es la demarcación de la inhumanidad.

**Helena, 52 años**

Una frontera es la línea imaginaria que define un espacio de intereses políticos y económicos, cuya manifestación material remite a un territorio construido sobre el egoísmo y el miedo.

**Adri, 26 años**

Una frontera es un elemento semiótico-material que nos distancia, esto es, una serie de discursos que se aúnan para tejer límites y que tienen consecuencias terriblemente materiales. Ya no sólo que pueda haber fronteras físicas realmente, sino simbólicas que modifican nuestro hacer. Como es depilarse, o no, siendo leídas como mujeres.

**Lara, 30 años**

Una frontera delimita lo que nos es accesible. Es el lugar último hasta donde podemos proyectar nuestros deseos alcanzables. La frontera es la negación impuesta o autoimpuesta de la posibilidad, y rige nuestro comportamiento.

**Lalo, 61 años**

Las fronteras las crean los Estados con el objetivo de mantener la soberanía sobre los territorios bajo su poder, quedando las necesidades humanas en un segundo plano. En mi opinión, las fronteras deberían desaparecer porque todas las personas compartimos un mismo mundo.

**Joan, 33 años**

Líneas inventadas para justificar barbaridades.

Un no-lugar, una nada inventada, una grieta invisible que engulle cuerpos y sueños.

Una frontera no sé, pero será... está Jerez de la Frontera, la frontera de Gibraltar... Una frontera es un país, ¿no? Todos los países tienen fronteras. Como la frontera entre Badajoz y Portugal.

Las fronteras son autoridad. Límites ficticios impuestos para alejarnos de aquello que nos hacen temer. Una línea imaginaria que nos hace diferentes. Nos roba la empatía y nos deja desalmadxs.

La frontera puede ser natural, como los Pirineos, que separan el Estado español del Estado francés. O inventada por las personas, como el muro de Berlín, también por religión, por clase social, por raza, por cultura, etc. La frontera natural está ahí. Existe. Las innumerables fronteras establecidas por el ser humano se hacen bajo el concepto de la exclusión del otro y en su detrimento. Objetivos que, a mi parecer, te alejan de los demás, de los otros porque son diferentes. Pero la diferencia a nivel cultural enriquece, complementa, adiciona.

Para mí, ahora, un ejemplo de frontera semiótico-material es la identidad lésbica, o sea, la sexual y toda la carga identitaria que estoy poniendo ahí. Y las limitaciones que encuentro también en mi entorno (con mi familia, por ejemplo) a la hora de comprender por qué necesito, decido o quiero reconocermé ahí y no en la bisexualidad, por ejemplo. Literalmente me dicen que me estoy encasillando, que no tengo necesidad, etc. Y a mí esa necesidad de establecer una frontera me sale de las entrañas.

Para mí, frontera es miedo, porque con miedo se sustentan las fronteras. Si una frontera me es invisible, o no me inquieta traspasarla, entonces es violencia en la que yo soy ejecutora o cómplice, benefactora como mínimo, desde la aduana hasta la cama. Si la veo y deseo cruzarla, siento miedo, y no sólo a lo que habrá al otro lado: también al castigo por hacerlo, a ser señalada culpable de lo que pueda pasarme tras (y no por) cruzarla. Viajar sola, salir de noche, hacer autostop, dejar a mi maltratador, besar a una chica. Frontera sólo es alivio cuando soy yo quien la establece y alguien decide no cruzarla; cuando la trazo sobre mi cuerpo y es respetada, cuando la identifico en el cuerpo ajeno... paradójicamente, cuando el miedo no está en quien la tiene delante, sino en quien la crea.

Frontera es que nos veamos forzades a ser islas otra vez porque en vuestro feminismo no hay cabida para nosotres, les racializades que rompemos con todos vuestros cánones y vuestro *statu quo* feminista. Frontera es que haya este tipo de barreras y que no las veáis. Al igual que no veis que las fronteras físicas y estructurales asesinan a nuestros compas que buscan salir de los países que VOSOTRES, sí, vosotres, explotáis y expoliáis. Frontera es que os GRITEMOS, literalmente, que nos oprimís y que sigáis perpetuando eso mismo de lo que vosotres os quejáis. Frontera es la consecuencia de vuestros privilegios llevados a la práctica.

Para mí es un impedimento para las relaciones humanas.

**Libertad, 39 años**

**Chelo, 88 años**

**Ele, 27 años**

**Rosi, 79 años**

**Sira, 30 años**

**Elisa, 26 años**

**Sayre, 27 años**

**Susana, 52 años**

# Tijuana-landia:

María Medusa

## Carta de amor a la frontera de los sueños

Eres la ciudad del futuro, post-apocalíptica, pero llena de sabor  
 Naciste como *playground* para gringos que querían beber cerveza  
 Te convertiste en la reina de la fiesta  
 La remezcla del alma nortea  
 La *lingua franca* del *spanglish*  
 Eres el *wasteland* de los sueños olvidados  
 El laboratorio (semi)permanente de todo lo que viene  
 La antesala del mundo fragmentado  
 El jardín trasero y la prueba final  
 Un bar lleno de amigos que se tiñen de desconocidos  
 Eres la verdad pura dicha con hipocresía  
 El lado oscuro de todo lo bello en el mundo  
 El transporte público salvaje atravesando la selva  
 Eres la ilusión de salvación que se convirtió en maquiladora  
 Una noche de karaoke con Paquita, Selena y Juan Gabriel

*What are you bringing back from Mexico?*

Eres la imposibilidad de traducción y  
 el sentimiento infinito que a veces tiene el verano  
 Eres los millones de puntitos que recorren tus fronteras a diario  
 Eres el *capitalismo gore*, la violencia del hiper-consumismo  
 Simulacro de convulsión colorida  
 Un *extreme sport* con medallas hechas de dulce  
 Eres la belleza de lo efímero, de lo plástico, de lo inmenso  
 La flor del desierto que se seca un poco pero no se rinde  
 Eres el estado de ánimo de un país inventado  
 Chismes que se convierten en datos científicos  
 Un malentendido que se volvió realidad poco a poco

*Guns illegal in Mexico*

Eres un centro comercial que nunca parece terminar  
*Metro-pop* y *Souvenirs* leídos a media noche  
 Eres un pasaje lleno de secretos  
 La timidez de un extrovertido  
 Una pared llena de flores y *graffiti*  
 Lo que me gusta de lo que me encanta y  
 lo que me molesta de lo que detesto  
 Es fácil dejarte, pero imposible alejarse de ti  
 Donde ir a la Revolución significa salir de fiesta  
 Donde empieza Latinoamérica después del tratado Guadalupe-Victoria  
 Eres un lugar cerca del agua, pero un terreno baldío, desértico  
 Un color imposible de describir

Estás construida por las distancias, entre mares y desiertos  
 Entre inglés y español, entre risas y llantos, entre resacas y borracheras  
 Entre salsas y limón, entre tacos y hamburguesas, entre recuerdos y deseos  
 Entre sueños y pesadillas, entre el destino y movimientos estratégicos  
 Entre la electro-cumbia y los boleros, como dicen «tan lejos de Dios y tan cerca de *United States*»

Te apareces repentina en las noches que se vuelven mañanas  
 En las micheladas frías y burritos de frijol  
 En los amores de verano que apenas duran un poco más que un beso  
 En las banderas despintadas y rasgadas de otros países  
 En las ansias de un clima tropical  
 En las *thrift-shops* llenas de tesoros inesperados  
 En las cebras que quieren ser *zonkeys* y en los burros que fingen ser *zebras*  
 En el cambio climático alocado  
 En la impuntualidad de llegar temprano  
 En los atardeceres agridulces del domingo

Te encuentro en todos los lugares donde no te busco, en los finales y en los  
 inicios de todos los cuentos. Te veo en las cartas del tarot, en la magia del  
 desierto y en las canciones que se tardan un poco en empezar. Eres la frontera,  
 el límite del eterno sentimiento de colonización y recolonización. Te apareces  
 en los ritmos y alma de todos los instrumentos de cuerda

El borde de lo infinito



Frontera Tijuana-San Diego  
 Paulina Meza

# Feminismo y fronteras

Victor Serri



## (Daniela Ortíz)

Mi nombre es Daniela, soy peruana, vivo hace 10 años en Barcelona y es a partir de mi experiencia como migrante y de lo vivido en las oficinas de extranjería con la violencia burocrática que empiezo a militar en el antirracismo político y además a investigar el sistema de control migratorio y las estrategias legales creadas por los estados miembro, la unión europea, las autonomías y los ayuntamientos para ejercer violencia contra la población migrante y racializada. También soy artista y me gusta mucho hacer cosas con mis manos, con colores, con sonidos, con imágenes; hago libros anti coloniales para niñxs y participo de muchos talleres y charlas y trato de usar el Facebook como espacio pedagógico. Soy mamá «soltera» de un bebé de un año y medio al cual crío en compañía de mi amiga Sol y mi amigo Xose y otras compas más, también tuve un aborto a los 15 años en Perú, donde es ilegal, y fue a partir de esa experiencia que me desvié del camino marcado.

## (Asociación Gitanas Feministas por la Diversidad)

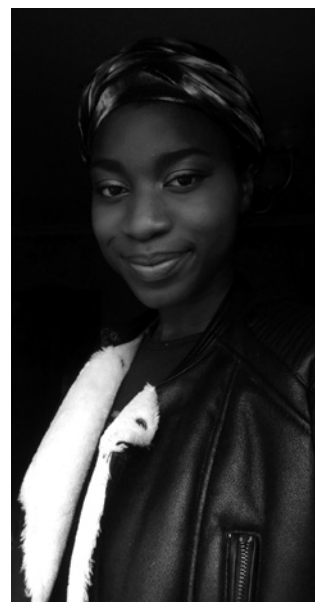
Somos un grupo de mujeres muy diverso, con dos cosas en común que nos dotan de fuerza y de orgullo: somos mujeres gitanas y feministas. AGFD nace enfrentando un hecho decisivo: histórica e independientemente del proyecto político que imperase en España y Europa, la cuestión gitana ha estado y está vinculada intrínsecamente con los Servicios Sociales, la caridad, el oenegismo y el paternalismo propio de un pensamiento que asume que hay personas a las que «salvar y rescatar» de esa «pobreza» cultural que nos define de manera homogénea. Desde AGFD, haciendo un ejercicio de visión, apostando y diseñando a medio y largo plazo por el eje central de Acción Feminista Romani, (estatus político de la causa): diversidad, antirracismo y reconocimiento identitario exigimos la necesidad de un cambio de estrategia política, tanto a nivel local como estatal y



europaea, que ponga el acento en la visibilidad de la heterogeneidad del pueblo gitano y en el cuestionamiento del marco político, formulado hasta ahora sin nosotras como protagonistas de nuestra propia emancipación. Estamos seguras de que trabajando duro, con ilusión y sin miedos podemos seguir sumando fuerzas a este nuestro gran proyecto que encierra la esencia misma de JUSTICIA SOCIAL.

## (Dulce Gomes)

Me llamo Dulce y soy una mujer negra. Me gusta empezar todo lo que digo con esa frase ya que es parte de mi esencia. Sin mis vivencias como mujer negra yo no sería lo que soy a día de hoy. Mi deconstrucción no sólo arrojó luz en mi persona, sino que también me hizo valorar el triple mi negritud, de dónde vengo y las cicatrices que llevamos arrastradas las mujeres negras de mi entorno y de todas las partes del mundo. Desde hace 3 años he estado



en varios colectivos de mi ciudad haciendo cositas, como en Les Rudes d' Avilés, o la comisión feminista del Patio, y de manera temática he acompañado a mis hermanas del colectivo EFAE (Empoderamiento Femenino Afrodescendiente en España). Aparte, también he estado dando caña en las redes sociales, sobre todo en mi cuenta de Twitter.

## ¿Qué fronteras señalarías, en este momento, como insalvables entre los diferentes feminismos?, ¿qué puntos de encuentro?

**DANIELA:** Son insalvables las relaciones de poder entre el feminismo blanco y las feministas antirracistas y anticoloniales, son insalvables las imposiciones del feminismo blanco de interpretar y organizar la lucha contra el patriarcado; son insalvables las posturas paternalistas donde se cree que las mujeres racializadas tenemos que aprender como ellas piensan, sienten y hacen. Son insalvables todos aquellos feminismos eurocéntricos y blancocéntricos que no son capaces de asumir la urgencia de entender cómo el orden racista colonial, el poder capitalista y el sistema extractivista afecta a las mujeres del sur global, a las mujeres racializadas, las afros, las indígenas, las migrantes, las gitanas, y que, para luchar contra el patriarcado, es fundamental priorizar la forma de entender el feminismo de estas comunidades. Es insalvable que en el contexto español se dé prioridad al debate sobre las relaciones poliamorosas frente a la violencia patriarcal y racista que ejercen las instituciones en los procesos de reagrupación familiar que impiden durante años que mujeres migradas puedan traer a sus hijos a vivir con ellas.

A su vez, considero que muchas compañeras feministas, de forma individual, han venido escuchando, entendiendo y respondiendo a los feminismos antirracistas y anticoloniales, apoyando desde atrás y colaborando sin protagonismo en que se puedan organizar resistencias. Hace falta mucho trabajo en organizar esas posturas, sin canalizarlas de forma individual en debates inútiles sobre «qué hacer con mis privilegios», sino colectivizando ese debate, pensando cómo, desde el lugar que ocupan en el orden racista colonial, pueden apoyar y colaborar en la lucha antirracista y en los feminismos anticoloniales.

**AGFD:** Nuestra frontera es que nos sigan situando en el margen; *feminismos de los márgenes*, así nos llaman, en realidad esto significa que somos marginadas y así nos definen. El movimiento feminista payo no nos reconoce como feministas, la categoría de análisis «mujeres» no incluye a las mujeres gitanas, es más, nos dicen que es contradictorio ser feminista y gitana, no somos dignas de la lucha, sólo las payas blancas de determinado estatus social son independientes y empoderadas. Las mujeres gitanas, según ellas, estamos subyugadas a nuestra cultura. Arancha Echevarría, directora de cine, se declara feminista y actúa como un hombre machista nombrándose como altavoz de las mujeres gitanas con la intención de ayudar, contando una historia de amor bajo su visión paya, racista, paternalista, estereotipada, prejuiciosa y condescendiente de lo que es el pueblo gitano. Nuestro punto de encuentro debería ser la lucha contra el patriarcado payo y el racismo.

**DULCE:** La frontera principal es el reconocimiento de nuestros privilegios dentro del propio movimiento feminista. El sistema en el que vivimos nos ha hecho creer que el movimiento es singular, que sólo hay un prototipo de mujer (mujeres normativas blancas burguesas), desde la primera ola hasta el día de hoy. Pero somos feminismos porque todes somos diversas. Y con *diversas* también me refiero a que cada una de nosotras es capaz de oprimir de una manera u otra. Aunque sea mujer negra cis bisexual, puedo oprimir a mis compañeras trans, con diversidad funcional, con trastornos divergentes, etc. Eso es lo que el feminismo liberal que generalmente consumimos todes quiere ignorar. Los puntos de encuentro, que todas tenemos posibilidades (unas mujeres más que otras) de que el machismo, el patriarcado, nos asesine, agrede física y verbalmente, maltrate, viole o mutile. Diariamente es lo que sufrimos

todas las mujeres de todas las partes del mundo y eso es algo que todas a lo largo de estos siglos hemos estado trabajando.

### ¿Cómo crees que afecta un «feminismo blanco» sin fisuras a la perpetuación de las lógicas racistas coloniales?

**DANIELA:** Afecta no sólo en el debate político y académico, afecta en la cotidianidad, el feminismo blanco tiene cuotas de poder en instituciones del Estado y en los gobiernos, en los medios de comunicación e incluso en lo que muchas veces entendemos como resistencia. En el contexto de la dictadura fujimorista peruana hubo colaboración por parte de ONGS en los programas de esterilización forzada de mujeres indígenas, quechuahablantes y campesinas. Estas organizaciones respondían a un feminismo urbano, blancomestizo, importado desde Europa, que hacía ver a las mujeres del campo como inferiores, y que consideraba que «por su bien» estas mujeres debían dejar de reproducirse, ya que veían como única causa de su situación de pobreza el hecho de que tenían varios hijxs, dejando de lado factores estructurales determinantes como el orden racista colonial capitalista. Por otro lado, estas organizaciones obviaban la perspectiva de esas mujeres en relación a su propia reproducción y sus nociones de la vida, es decir, a su idea de bien vivir. Además, es importante tener en cuenta que, en muchos contextos, como el peruano, donde las esterilizaciones forzadas fueron llevadas a cabo, el aborto estaba penado, en parte no se trata de un control de la natalidad, sino de un control del cuerpo y las vidas de las mujeres indígenas.

La postura racista eugenésica en relación a las mujeres racializadas por parte de los feminismos blancos y eurocéntricos, como en el caso de Perú, no es una excepción, figuras tan reivindicadas desde el feminismo norteamericano y europeo como Margaret Sanger tenían una explícita postura de la necesidad de imponer un «control de la natalidad» sobre las mujeres negras. Mientras, un país como Suecia, narrado y reivindicado como el paraíso de la igualdad de género, donde las familias blancas son apoyadas económicamente por el Estado al

momento de tener hijos, aplicaba políticas de esterilización forzada a mujeres gitanas.

Les aseguro que, en el contexto español, muchas de las trabajadoras sociales que quitan la custodia de menores migrantes y racializados por motivos de precariedad o falta de papeles, muchas de las que realizan los informes de vivienda que sirven como impedimento para el proceso de reagrupación familiar, que criminalizan el uso del velo en las escuelas, que trabajan dentro de las instituciones que ejercen racismo contra mujeres racializadas y migrantes, son mujeres blancas que se autodenominan feministas.

**AGFD:** El feminismo blanco perpetúa la dominación racista colonial sobre las mujeres no blancas. El paternalismo, la caridad hacia nosotras, las otras mujeres, evidencia relaciones de superioridad y dominación.

**DULCE:** Desde sus principios, el «feminismo blanco» sólo miró por el beneficio de las mujeres blancas, sobre todo burguesas. Algunas de las icónicas sufragistas estaban en contra del sufragio universal para las mujeres negras (que eran sus criadas), ya que no las consideraban *mujeres*. Sin embargo, esas figuras se idolatran. Las no blancas se han deshumanizado durante tantísimo tiempo que hoy seguimos arrastrando todo ese sufrimiento. Idolatramos a personas con muchísimas actitudes racistas que ni siquiera quieren revisarse. Podría hacer una lista súper grande de mujeres, personajes históricos y actuales. Un caso del que me gusta hablar es el de la relación que las mujeres negras tenemos con nuestro pelo. Durante siglos las mujeres negras hemos sido desposeídas de nuestro cuerpo. Éste era del hombre blanco que nos había comprado. Sufrimos la misoginia y el machismo por parte del hombre blanco y del negro. Aun siendo liberadas físicamente, el sistema racista y colonial nos ha seguido esclavizando mentalmente imponiendo que nuestro cuerpo, facciones faciales y pelo afro eran feos, desagradables. Que hoy yo pueda decidir deshacerme de esa alienación impuesta por siglos sobre mi cuerpo, no sólo es una liberación, sino que es una forma de reivindicar lo

que mis bisabuelas, abuelas e incluso madres no consiguieron alcanzar. Cuando veo a una mujer blanca diciéndome que no puedo molestarme porque alguien toque mi pelo o comente lo que puedo o no hacerme PORQUE SOLAMENTE ES PELO, me resulta una falta de empatía y humanidad de la que supuestamente es mi compañera de lucha. Sólo las mujeres negras sabemos lo difícil que es llegar a la aceptación de nosotras mismas, reapropiarnos de lo que nos quitaron durante siglos.

### ¿Qué alianzas destacarías o cuáles son deseables como ejemplo de interseccionalidad entre los feminismos?

**DANIELA:** Ver a compañeras defensoras de la tierra en territorio colombiano trabajar en conjunto con compañeras kurdas; que las compañeras mapuches se entiendan en relación con la lucha palestina, como planteaba Moira Millán recientemente; escuchar y saber que la madre de Berta Cáceres era partera y defendía la vida desde el buen nacer; que la defensa de los territorios por parte de las luchas antiextractivistas en Abya Yala no es una mera toma de poder sobre esas geografías, sino que es defender una forma de interpretar el mundo, de interpretar la vida, el tiempo, el amor, en donde las cosas menos visibles y reconocidas como la crianza de las wawas y el cultivo de los alimentos está puesto por delante sin ponerlo por encima; ver a las muxes defender su propia tradición e interpretación del género desde una iglesia donde ellas comandan; ver que estos feminismos anti coloniales no simplifican la defensa de la vida en una mera defensa de su condición como mujeres, lesbianas y trans y de las violencias que contra ellxs y sus comunidades se ejerce, sino que son capaces de entender la violencia que ejerce el sistema colonial, capitalista y extractivista contra los compañeros hombres racializados y del sur global, y que entienden la necesidad de, como feministas, defenderles y trabajar junto a ellos también.

Si en una cosa tenemos la suerte hoy día, es de tener 500 años de ejemplos de resistencias contra eso que hoy se llama violencia «interseccional», que no es más que el ya conocido orden capitalista,

patriarcal y colonial contra el cual se viene luchando 5 siglos, y ahí en esos años de resistencia hay mucho que escuchar y aprender.

**AGFD:** Nuestro feminismo combate la opresión, bien sea dada por pertenencia étnica, clase, género, sexo, diversidad funcional. No se pueden obviar las interseccionalidades que nos atraviesan. Nuestras alianzas son con todos los feminismos racializados, antirracistas, nuestras primas negras, árabes, aimaras, mapuches..., nos identificamos con ellas, nuestra lucha es la suya y viceversa. Las admiramos profundamente y estas alianzas son las que tienen que tomar el poder. No somos mujeres que necesitamos empoderarnos, como dicen una y otra vez las payas blancas muy bien dirigidas por el movimiento asociativo payo; que, después de más de 600 años en España, continúa en la misma línea: «INTEGRACION» Y «CULPABILIZACION» DEL PUEBLO GITANO; la excusa para seguir solicitando subvenciones que fomenten la perpetuación de nuestra exclusión y marginalidad, creando empresas que llaman ONG'S dirigidas POR PAYOS BLANCOS cuyo machismo y racismo se esconde bajo el falso nombre de asociaciones pro gitanas.

Consideramos necesaria la alianza con el movimiento antifascista. Como pueblo, hemos sufrido intentos de genocidio y exterminio una y otra vez. Samurdaripen (Holocausto, Alemania), esclavismo (Rumania), esterilizaciones forzadas (Hungría), Gran Redada (España). Nuestra memoria histórica la tenemos presente y, por ello, queremos evitar que la historia se repita.

**DULCE:** A mí me gusta mucho trabajar los espacios no mixtos, porque incluso dentro de las opresiones tenemos conflictos sobre cómo plantear nuestra lucha y existencia. Me refiero a que todas las mujeres, según nuestra interseccionalidad, deberíamos tener nuestro espacio seguro en que crear, debatir, llorar, bailar y etc. Luego, entre todas, SIEMPRE Y CUANDO HAYA UNA DECONSTRUCCIÓN (mis amigas se han sentido violentadas en más de una ocasión durante debates feministas mixtos con gente blanca). Así tendremos la posibilidad de poner cosas en común y apoyarnos entre todas. ●

# Apropiación cultural: reivindicar el derecho al despojo

Salma Amzian

La apropiación cultural es la forma en que *la blanquitud* finge que habla de racismo sin hablar de racismo. Muchas veces se convierte en una estrategia para que las discusiones sobre racismo traten de los blancos y su derecho a bailar *twerk*, hacerse rastas, cantar o bailar flamenco, hacerse tatuajes de henna. Además, es una forma de ternos entretenidas discutiendo sobre el ocio de los blancos.

La forma en la que se da habitualmente el debate sobre la apropiación cultural tiene más que ver con complejos identitarios ajenos que con una preocupación real por el despojo constante y sistemático de las Otras. Sin embargo, podemos convertir esos debates en una oportunidad para entender mejor cómo operan algunos de los dispositivos del racismo. No importa lo que los sujetos blancos individuales hagan, importan los siglos de extractivismo, de despojo y el impacto que eso tiene en nuestros territorios, cuerpos y subjetividades.

He desarrollado cierto rechazo hacia todo aquel que siente fascinación por «lo moro», esa fascinación que no es más que violencia respaldada por siglos de orientalismo y racismo. La vida a veces es vengativa y me ha llevado a vivir en Granada, desde donde escribo. Esta ciudad vive de explotar la Alhambra y su pasado islámico mientras se permite no dejar hacer un examen universitario a una chica con hijab u hostiga con su policía a los moros de Calderería. Vende paquetes para «experimentar el Sacromonte y el flamenco» mientras guetiza y ahoga a los gitanos en el Almanjáyar. Se vende como mora y gitana mientras encierra y expulsa a moras y gitanas.

Los procesos de racialización que construyen el orden racial moderno vacían las especificidades culturales europeas. Las de las particularidades a exotizar e inferiorizar son las Otras. bell hooks en *Black Looks: Race and Representation* (1992) nos hablaba de ese «deseo por el Otro», esa fascinación occidental por el diferente:

«La apropiación cultural del Otro mitiga las sensaciones de privación y carencia que asaltan las psiques de la juventud blanca radical cuando ésta elige ser desleal a la civilización occidental. Al mismo tiempo, los grupos marginados, considerados como Otro, que han sido ignorados, hechos invisibles, pueden quedar seducidos por el acento en la Otredad, por su comercialización, porque ofrece la promesa de reconocimiento y reconciliación».

hooks nos habla de los límites políticos de la seducción por la Otra. Al devorar a la Otra afirmamos el poder sobre ella y nos reafirmamos en nuestros privilegios. El acercamiento de las subjetividades blancas a «lo otro» sin haber descentrado su especificidad ni descolonizado su propia construcción identitaria lleva a la falsa ilusión de la neutralidad. Se trata de una narrativa de la «inocencia blanca» sobre la que se sustenta su supremacía racial.

La idea de que todas las culturas se han construido a través de préstamos es una trampa porque las europeas, en el orden moderno, no son una cultura más, ocupan el lugar de la supremacía derivada del colonialismo y la esclavitud que da

lugar a la colonialidad. Cuando hay unas jerarquías raciales que determinan cómo, cuándo y quién inicia dicho intercambio, es extractivismo y despojo. Nos habla de una relación de poder colonial. Europa ha dispuesto de las personas, los territorios, los saberes de esos construidos como el Otro a su antojo.

La colonialidad tiene una dimensión subjetiva que hace al colonizado odiarse a sí mismo, su cultura. En los espacios políticos decoloniales intentamos revertir o reformular ese proceso dando valor y amor decolonial a nuestras culturas y gentes. Los procesos de apropiación cultural cogen ese deseo de amor y lo convierten en reconocimiento del blanco y ésta es una herramienta colonial de subordinación. El valor que le puede dar el blanco en una estructura racista es siempre mayor y más válido. Hemos sido educadas en amar lo que ama el blanco como una forma más de amar y desear ser blancas. Lo que hace el reconocimiento del blanco es que amemos nuestras culturas a través de su aprobación. Cuando desde espacios antirracistas se critica con rabia la apropiación no es más que una resistencia a nuestra propia colonialidad interiorizada. En el rechazo al reconocimiento del blanco para existir afirmamos nuestra existencia y nuestro deseo de recobrar nuestra dignidad.

La descolonización de nuestras subjetividades, desprendernos de nuestros complejos y egos colonizados es quizás lo más importante y difícil. Hay que amar y amarse mucho para implicarse en un proceso colectivo, comunitario, de descolonización.

Para que el blanco ame algo nuestro tiene que pasar por un proceso de blanqueamiento que lo adecúe a los estándares de los supuestos valores y fundamentos de la civilización occidental. Por eso, en *el lado sobrehumanizado de la existencia* se hace *reggeaton feminista* o *flamenco marica*. El problema no es en sí el hecho, sino todo lo que se proyecta sobre el reggeaton y el flamenco de las Otras.

Además, detrás de las prácticas colectivas de apropiación hay procesos políticos de neutralización de las luchas raciales. El tipo de apropiación más pernicioso es la que despoja de discursos

Para que el blanco ame algo nuestro tiene que pasar por un proceso de blanqueamiento que lo adecúe a los estándares de los supuestos valores y fundamentos de la civilización occidental.

y herramientas políticas a las comunidades racializadas. Yuderkys Espinosa denunciaba que en los espacios feministas se tiende a incorporar los discursos, pero no a los sujetos que los encarnan. A menudo, los procesos de apropiación en este aspecto suelen ir precedidos de la demonización de la que los pone en marcha y los encarna para después usarlos desde una posición de poder. Desde esa posición las herramientas son consumidas para reformular la propia identidad dominante (personal y política) sin tocar las estructuras de poder/opresión. Vemos esto cada vez más a menudo: incorporo la crítica antirracista como si fuera una iluminación divina y para ello la blanqueo y la hago funcional al racismo para que pueda mantener mi posición de privilegio. Así, se vacían y neutralizan las resistencias y luchas antirracistas hasta convertirlas en un *hashtag* y nada más. ●

# Rosa quiere re- lle- gar

Mar Gallego

«En ocasiones me da pánico regresar a Granada porque empiezo a hablar mal, como mucho. Hasta no hace mucho me sentía un poco extraña en mi propia casa. Es como si me encontrase en medio de dos realidades, y tengo la sensación de que no valiese para un estilo de vida ni para otro. Creo que hay mucho que aprender todavía y evolucionar, y quiero llegar hasta ahí».

La cantante de Láchar (Granada) Rosa López hizo estas declaraciones en un documental sobre el fenómeno de Operación Triunfo emitido en Televisión Española. A estas afirmaciones, por las que recibió un aluvión de duras críticas tanto de sus vecinos como del pueblo de Granada en general, le siguieron otras:

«Venimos de una barriada que no conoce la gente. No venimos del pueblo, nos hemos criado en el polígono de Almanjáyar, me da como vergüenza, pero me siento muy orgullosa de ello».

Ella, andaluza y rebautizada como Rosa de España, es un ejemplo más de cómo ese rebujito de culturas externas llamado *País*, más concretamente España, ha usado durante siglos el talento de esta región y este sur local para explotarlo, convirtiendo un rasgo propio de una latitud en un símbolo nacional a cambio de paro y precariedad. Veintiuno de los treinta municipios del Estado español con rentas más bajas son andaluces. Según los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística, Andalucía es una de las regiones con mayor riesgo de pobreza y exclusión social (31%), después de la vecina Extremadura (38,8%) y de Ceuta (32,5%). Entre cifras-realidades muy parecidas se encuentra Murcia (30,1%).

La friolera de 22,7 puntos separa a Andalucía de la región con menos riesgo de pobreza del Estado, Navarra, que sólo registra un 8,3% de riesgo. Y —si seguimos hablando de igualdad territorial—, según un estudio de las catedráticas de Geografía Humana Josefina Cruz y Pilar Almoguera, Andalucía es una de las comunidades autónomas que más ha disminuido su número de habitantes debido a las migraciones internas. En lo que respecta a las externas, de 77.576 personas nacidas en Andalucía

con residencia en el exterior, se ha pasado en menos de una década a rozar las cien mil: 97.674. Esto significa que en diez años ha crecido en un 25,90% el número de personas emigrantes andaluzas a otros países en busca de una «vida mejor».

¿Cómo se encarnan estas cifras? Lo volvemos a ver en un caso parecido al de Rosa López, el protagonizado por la malagueña Pepa Flores (Marisol), de orígenes muy humildes y a quien arrancaron sus raíces y tiñeron su pelo al rubio para convertirla en la blanquecina imagen franquista de España: sin los rasgos gitanos de su tierra y sin el olor a pobreza de sus orígenes. Ella, al ser preguntada ya de adulta sobre su trayectoria —«¿Se ha sentido manipulada?»— contestó:

«¿Manipulada? No sé si ésa es la palabra. Pero si te refieres a que tuve que dejar de hacer muchas cosas de niña, como el poder estar en mi barrio, que era lo que me gustaba, el tener que castellanizar mi acento y otras cosas, pues sí. Porque entonces yo era consciente de todo lo que se movía a mi alrededor; y de que se mantenían no una familia, sino cuatro».

Hagamos cuentas de economía doméstica. Si España es una gran familia, ¿a cuántas está manteniendo Andalucía y las demás regiones empobrecidas después de ver las estadísticas?

Tanto la posición de Flores como la de López son comprensibles, a pesar de los ataques descontextualizados que recibió la segunda en redes sociales. La primera encontró causa y rebeldía en su devenir: supo identificar el expolio al que sometieron no ya a su cultura, sino a ella misma como representación encarnada del drama andaluz y hasta «lorquiano». La segunda toma la actitud legítima de querer escapar de unas formas y unos ideales que no se corresponden con los hegemónicos: avergonzarte de tus raíces, querer cambiar tu habla, convertirte en otra persona a quien no te hayan enseñado a odiar. Cambiar el enorme peso del analfabetismo de tu entorno, que te dejó grabado a fuego una sensación de inferioridad... Convertirte en una persona deseable.

La andaluzofobia es social, a pesar de que en lo social no se mencionan las diferencias territoriales

ni sus consecuencias. La peor de las consecuencias, la procesión que va por dentro: la andaluzofobia interiorizada, la que se ha creído su propia mentira. Rosa quiere llegar —y está en su pleno derecho— al lugar donde cree que se sentirá reconocida y legitimada como humana. A un lugar en el que pueda ser leída sin los mezquinos estereotipos a los que han sido sometidas las mujeres de clase obrera de su tierra: todas ellas limpiadoras de todas las series televisivas que se tragó de pequeña. Todas ellas vistas sin ser vistas. Porque, si las vidas reales de estas limpiadoras se llevaran a la pantalla, nadie dudaría de su valía y de su coraje. De sus esfuerzos continuos por dar dignidad a su entorno.

Rosa quiere, al fin y al cabo, hablar y ser escuchada desde el respeto, pero su acento granaíno de pueblo no se lo permite. Es el acento de un pueblo pobre y con estigmas. Porque —siendo rematadamente clara— Rosa no es más que una cateta para casi todo el mundo, y es duro intentar ser desde un lugar de no reconocimiento. Porque somos desde la mirada —insolente o bondadosa— que otras personas nos dirigen. Porque lo que somos es un discurso de ida y vuelta al que sólo se le echa cuenta cuando la sociedad y sus personas nos «dan por válidas».

Rosa tiene lo que siglos de cultura occidental platónica han negado a nuestros pensamientos: un cuerpo con una historia que sufre las consecuencias de los valores en los que su sociedad vive. Por eso Rosa, por mucho que intente llegar, siempre tendrá tanto un cuerpo como una historia pegada al mismo.

Los territorios también son cuerpos, son los cuerpos negados durante siglos de nuestras historias colectivas. Llenos de riqueza, de complejos a veces, de años de intentar levantarnos y de discursos que nos invitan a odiar nuestras raíces para convertirnos en otras gentes: más guapas, más finas, más neutras, más castellanas, menos andaluzas.

Porque todavía hoy ser andaluza es una pesada marca que va más allá de las estadísticas.

Porque Rosa quiere llegar hasta allí porque no se le permite llegar desde aquí. ●



# Orgullo y prejuicio

Cristina Trinidad Jiménez

Quiero desmontar esa farsa que llamamos *integración*, esa falsa armonía que habla de que *todos somos iguales, con las mismas oportunidades*. Para nosotras, las mujeres gitanas, esto no es nada nuevo, ya que desde que nacemos se nos marca con el «estigma» de la diferencia social, mujer y gitana. Y cada día se nos recuerda que no nos será fácil integrarnos. Cosa que yo hoy no quiero, si la integración es renunciar a lo que me hace gitana: mi cultura, mi procedencia, mi crianza en un matriarcado, la fuerza de todas las mujeres que me nutrieron. Decido una vida marcada por la diferencia.

Ése es nuestro feminismo gitano. Quizás no tiene una trayectoria tan históricamente visible como la del feminismo blanco, o como la de las compas racializadas, que sientan cátedra y escuela para la organización entre nosotres. El feminismo gitano tiene un prisma diferente porque se planta, nace y se transmite de forma oral, como se ha transmitido mi cultura desde siglos atrás. Es un feminismo nómada que viaja en las mujeres gitanas, que se construye y deconstruye a sí mismo, aprendiendo unas de otras, criadas todes juntas, hermanas de madres diferentes, pero con todo este saber, al que ahora vamos dando salida para transmitir lo que nos hace grandes como gitanas y fuertes como feministas.

El fantasma de la gitanofobia ha sido visible desde 1499, cuando las leyes comenzaron a

perseguir nuestro fin como cultura. Algunos ejemplos: la prohibición del uso del habla gitana, el caló, considerado «jerga delincuente»; 1749: la Gran Redada, el apartheid gitano; la violencia obstétrica, la esterilización forzosa; y así otros tantos hechos de los que no se habla, hechos que en la memoria histórica de mi pueblo aún hoy marcan nuestras vidas.

Tampoco se habla de las feministas gitanas, de cómo la opresión paya nos ha llevado a buscar nuestra voz, de nuestro grito fuerte y alto dentro del feminismo payo, en el que nos tenemos que abrir paso a dentelladas. Un feminismo en el que no estamos representadas, no se nos nombra y se nos determina como mujeres de los márgenes, desdibujadas y difuminadas de la lucha, fragmentándonos. De este modo, se lleva el término «feminismo gitano» a confusión, ya que dictamináis lo que es y no es feminismo, lo que debe tener o no voz, lo que es o no inclusivo. Esto invisibiliza más mi cultura y nuestra lucha como gitanas y feministas. Estos hechos llevan a la instigación, el odio, la humillación y la opresión. Además, vuestras acciones favorecen el ocultamiento de la lucha por la supervivencia de nuestra identidad, que ya sufre acoso; se estigmatiza a la mujer gitana y su cultura, condenándola a no tener voz de su propio cuerpo, de su propia vida, hablando y representándola sin tenerla en cuenta.

No somos títeres en manos de una sociedad blanca que quiere manipularnos a su conveniencia, no pertenecemos al feminismo blanco hegemónico que pinceláis a vuestro antojo, ni a un gobierno que nos tiene como estandarte cañí que saca a pasear cuando se le antoja, no somos la parte colorida de vuestro *merchandising*, nos proclamamos con nuestras hermanas racializadas dueñas por y para la lucha, en la que reivindicamos nuestro lugar. Dejad de asociar «lo gitano» con los peores rasgos de la marginalidad. Somos mujeres fuertes, reivindicativas, queremos dejar de ser los daños colaterales de la ignorancia de nuestra lucha.

Mi sentimiento como gitana es que no somos escuchadas en ningún acto político o reivindicativo de las luchas que pretenden desoprimir al oprimido. Esto nos obliga a estar siempre defendiéndonos de agresiones pasivo-agresivas por parte de la hegemonía blanca, y otras no tan pasivo-agresivas; no conocemos la brecha salarial porque no optamos a trabajos por la sola pigmentación de nuestra piel o un simple apellido.

Para mí, el hecho más grave es que se reconoce todo esto con la boca pequeña y perpetuando los micro-racismos («yo no soy racista, pero...»; «a mí me gusta el flamenco, pero...»). Todo un imaginario contribuye al hecho de que se autoproclame como española la cultura gitana cuando a los payos les

apetece sentirse cercanos a ella, pero no se nombra al pueblo gitano como español: son las dos caras de una moneda.

Por último, en un alarde de inclusión, lo que sucede es que se nos da un «falso espacio» en las manis/actos/etc., un espacio que nos «cedéis». Como masa hegemónica que sois, tenemos la sensación de impotencia al notar vuestra «conciencia» tardía por no darnos nuestro espacio –porque es nuestro por derecho–, y el tener que reclamarlo manifiesta las construcciones identitarias a nivel excluyente que tiene el poder «blanco» para con nosotrxs.

Hablamos de agresiones, del dolor que supone ser una mujer gitana en esta sociedad blanca hegemónica patriarcal, de cómo nos subyugan a la nada, de cómo se sistematiza la aversión hacia nuestra existencia, se nos marginaliza, cosifica y entorpece nuestra vida diaria, no son casos aislados, son diarios. No hay espacios seguros para nosotres más que entre nosotres, es lo que se me lleva mostrando toda mi vida, y hasta que no deconstruyamos este sistema todes juntas, nos sentiremos libres de buscar espacios seguros.

**dosta! (basta)  
la lucha será antirracista  
o no será**

# Historias de una

June Fernández Casete

## FAMILIA CASETE-SILVA DE BOIRO A BARAKALDO

El barco naufraga cerca de la costa de las Bahamas. Es de noche y la tripulación pasa miedo. En la orilla, unas sonrisas blancas flotan en la espesa oscuridad. Son los trabajadores negros del puerto que se disponen a ayudarles. Pero uno de los marineros, italiano y cobardica, grita desesperado: «¡Caníbales en la tierra y tiburones en la mar! ¡Vamos a morir!».

Es la batallita preferida de cuando mi *aitite*\*\* trabajaba como marino mercante. Le tengo que tirar de la lengua para que, con los ojitos vivarachos entrecerrados, amplíe el repertorio de aventuras: los indios en cayuco que les ofrecieron mejillones más grandes que los de la Ría de Arousa; niños rateros en Valparaíso y mujeres carteristas en Perú; tirarse al suelo en pleno paseo por La Habana en 1960, por miedo a que esos sonidos atronadores fueran de disparos y no de petardos...

Su breve etapa de navegante le proporcionó historias para contar a las nietas y algún recuerdo hermoso –ballenas, delfines, tortugas gigantes–, pero no la añora. Se perdió muchos momentos importantes, como el nacimiento de mi madre y de mi tío. «Eso no era vida, yo quería estar con mi familia».

No por habitual era menos duro parir con el marido en la mar. *Amama* lo tuvo que aceptar, como antes su madre y después su hermana. Otilia no ha cruzado fronteras, ni para comprar toallas en Valença do Minho. Sus anécdotas de juventud se circunscriben a la aldea gallega en la que creció, parió, sembró, recogió y vendió algas, y esperó el regreso de su padre, de su marido, de su cuñado. Pero su batallita más pícaro tiene que ver con fronteras geográficas y morales: siendo niña, su hermana pequeña se paseó por la aldea jugando con un globito blanco para escándalo de las vecinas.

Mi bisabuela Celsa sólo parió tres veces porque mi bisabuelo Manuel traía preservativos de las Américas en plena posguerra española.

En 1960, Celsa, Manuel, sus hijas, sus yernos y su primera nieta –mi madre– emigraron de Boiro a Arteagabeitia, el barrio de Barakaldo en el que el Centro Gallego facilitaba desde 1901 la llegada de sus paisanos y paisanas atraídos por la promesa de empleo en la siderurgia, las minas y los Altos Hornos.

Resulta que fue mi bisabuela –al contrario de la difusa idea patriarcal que yo me había hecho– la que impulsó el proyecto migratorio. Harta de la vida en el campo, en una visita a su marido al puerto de Bilbao se quedó impresionada con la efervescencia de la Bizkaia industrial. Decidió que ser esposa de obrero sería más grato que ser esposa de marinero. Fueron las mujeres las que emigraron primero y acondicionaron ese nuevo hogar, mientras los hombres regresaban por penúltima vez de ultramar.

● \* En Euskadi se bautizó despectivamente como *maquetas* a las personas migradas de distintas regiones de España. También como *koreanuak* (coreanas) y *trenak ekarritakoak* (las que trajo el tren). A mí me gusta nombrarme como *maqueta*.

\*\*En euskera vizcaíno, abuelo es *aitite* y abuela *amama*.

# familia maqueta\*

## FAMILIA FERNÁNDEZ-FERRERAS DE LA VECILLA DEL CURUEÑO A BUENOS AIRES Y A BARAKALDO

Una señora distinguida entra en una mercería de Buenos Aires. A las dependientas y al encargado se les corta la respiración. Es la mismísima Evita Perón.

¿Quién le iba a decir al niño Marceliano, Labrador en la montaña leonesa, que vendería medias a una primera dama en las Américas? A los 13 años trabajaba ayudando a unos tíos a segar y hacer carbón, tarea ingrata que le exigía pasar la noche en duermevela. En cuanto volvió de la mili, se dispuso a tomar un barco de Santurce a Argentina, donde uno de sus 12 hermanos había abierto una mercería. Marce no estudió porque no le gustaba, pero aprendió a escribir y a hacer cuentas cuando lo exigió su oficio vocacional.

Disfrutó de los 32 días en el barco porque tenía ducha, cine, comida en abundancia y salidas en las que se lo pasó en grande. «Pero yo estaba deseando llegar a Buenos Aires para ver el trabajo que iba a desempeñar, porque de ser un Labrador a tratar con las mujeres... y ponerles el corpiño a las que estaban gordas y no llegaban... Me salió bien la cosa», contaba abuelito Marce en un vídeo que le grabó mi tío hace años. Mi abuelo siguió hablando y pensando como un comerciante hasta que murió con 94 años.

En Buenos Aires, Marce le dijo a una amiga y paisana:

- Tengo ganas de tener novia, Tina. ¿A quién puedo escribir de La Vecilla?
- ¿A Maruja?
- No, que es muy señorita y no le gusta trabajar.
- ¿A Tere, la hija del manco?

—¡Sí! Ésa me gusta.

«La conocía sólo de un día en la pista de baile. Me llamó la atención por cómo se metió en una pelea a separar a su hermano. Le arrancó un puñado de pelos al otro. La escribí a máquina. Contestó que se vendría a Argentina con un tío que la había reclamado, y si yo le gustaba nos casaríamos».

El joven matrimonio intentó abrir su propia mercería, pero no prosperó. Se mudaron con su primogénito a Barakaldo, animados por un hermano de Marce, obrero en Altos Hornos. Abuelito preguntó por posibles negocios y se hizo con una bodega. Después abrieron una tienda de ultramarinos y completaron sus discretos ingresos vendiendo Farias de estraperlo.

A mi abuela Teresa no la conozco más que por una foto de boda en blanco y negro, y por lo que mi familia cuenta de ella, que es poco. Murió de cáncer de mama cuando mi padre tenía 15 años y mi tío el pequeño apenas un año. Su hermana soltera, Luisa, dejó un trabajo de maestra para mudarse con su cuñado y criar a sus cuatro sobrinos.

Tía Luisa era bajita y guindilla. «No me gustan los hombres, huelen mal», farfullaba con su voz ronca mientras arreglaba la habitación de su cuñado, que olía a Farias y Brummel. Vivieron juntos por 50 años, hasta la muerte de Luisi, como le llamaba mi abuelo con ternura. Entonces él se apagó y murió un año después.

Tía Luisa se lamentaba mientras veíamos la tele: «He tenido una vida tan fatua, tan insulsa... Quise ser médico y sólo me dejaron ser maestra. Quise viajar y sólo me dediqué a cuidar». Yo le contestaba que era valioso haber sacado adelante una familia. «Ya, pero no era lo que yo quería», replicaba, y yo me sentía algo estúpida.

Algún viaje sí que hizo. El más memorable fue a finales de los setenta, a Inglaterra, para aplaudir orgullosa a su sobrina predilecta, Julimari la monja, que se doctoró con honores en Oxford. Cuando su cargo académico llevó a Julimari a viajar por medio planeta, una parte de tía Luisa viajó con ella. ●

# El amor

Lizbeth Ortiz Acevedo

## de mi visa

### Relatos des- de la diáspora

Los últimos tres años de mi vida los he vivido en España, tiempo durante el cual he sentido lo que supone ser oriunda del sur en tierras del norte y encarnar las consecuencias del agotamiento de toda clase de recursos para la permanencia en un proceso migratorio que emprendí de voluntad propia, o al menos insisto en convencerme de eso.

Como nunca antes, recelo de la institucionalización del racismo o del clasismo. No sabía que el color verde de un pasaporte conllevara tantas discriminaciones sistemáticas; exclusiones y dolores; cercenara proyectos de vida y me supeditara a la ambigüedad.

Aunque debo reconocer que mi proceso migratorio también me ha dotado de crecimientos, aprendizajes y amores que me construyen con mayor conciencia, éstos se configuran como la oposición que completa los claros oscuros de mi vida. Conforman un oxímoron inquebrantable.

Desde luego que la inmigración tiene múltiples aristas y formas de apropiación, yo tengo asignada una que conlleva documentos con derechos reservados. Una muy limitada que conduce a la infantilización ciudadana. También esta diáspora me arrojó al jardín de las culpas, el cual me impregna todas las mañanas de sus dulces aromas.

Cuando dejé mi tierra nunca imaginé lo intrincado que podría ser el camino, si bien decidí en algún momento la alteridad como forma de vida para andar así «por la libre», nunca pensé que migrar abollara tanto.

Pensé que las periferias seguirían siendo por elección. La interseccionalidad me hizo cruzar el Atlántico e instruirme en una academia de élite –dicen algunxs–, pero siempre tuve un pasaporte verde, uno que dice: «¡ésta es del sur!», y me lo hacen notar con tenacidad. Desde entonces mi biografía adoptó una nueva descripción y me asignaron una categoría.

De forma institucional me hacen saber que no formo parte de la tierra que habito, que no pertenezco, que los derechos normalmente son para otras personas y para perdurar aquí debo formar parte del proyecto de otrxs, es decir, con regularidad dependo de que alguien tenga disposición para ayudarme. Cierto que yo he sido muy afortunada en este tema, los cuidados y cariños me han acompañado desde el primer día.

En tierras andaluzas encontré amores que me expanden el corazón y la autoestima, su activismo combatiente, latente, su proximidad, sensibilidad y desprendimiento han sido mi aliciente. Nunca me sueltan la mano. Son constantes.

Pero, aunque tenga estos amores que me acompañan, he tenido que desarrollar mecanismos de defensa contra lo institucional, como fue la invisibilización. Aprendí a hacerme transparente, en ocasiones soy una experta en el desarrollo de estrategias para pasar desapercibida, cuando salgo de ese sitio me siento muy vulnerable. Esto atenta contra lo que me decía ser.

Enfrento varios sucesos donde se me infantiliza velozmente, no son pocas las veces que lo he notado, no importa cuál sea mi formación, experiencia, conocimientos, saberes o aportaciones. Siempre hay una dualidad que no me permite tregua.

Imperativos todo el tiempo: *vete, quédate, continúa, no desistas, que no decaiga tu ánimo, deja ya todo, resiste, sonríe ante la vida, presenta completa la documentación, consigue la firma, cástate, avanza, regresa, sigue libre, no lo permitas, ya acóplate, ¡embarázate, es tu última oportunidad!, vuelve, no lo permitas, pppfff, qué cansancio. Estoy exhausta.*

Realmente nunca supe en qué momento decidí continuar en las periferias, en muchas ocasiones siento que perdí el control de ese camino, dejé de ser confortable y liberador. En algún punto me encuentro reacomodando y adaptándome a él, no él a mí.

Mis tiempos comenzaron a cambiar hace tres años, una ley de extranjería comenzó a tomar el mando de mi vida, determinó cómo y en qué momento podría desplazarme de sitio, mi forma de vivir y cómo me desarrollo, y me asignó una categoría de la cual aún no puedo escapar.

No obstante, esta ley me ha dado una oportunidad fabulosa, cada año nos congrega a diversas personas y juntxs formamos la otredad en una oficina de extranjería, somos la disidencia identitaria que altera la heteronorma. Así, en la renovación de residencia, este lugar me recuerda la potencia de quienes somos identidades disidentes, de ponderar la diversidad y la necesidad de romper las fronteras.

Esta ley determinó para mí que una ciudadanía plena sólo la podría conseguir a través de una firma conyugal, es decir, me cerró los caminos y me dijo que tendría que ir a por *el amor de mi visa*. Ya no podría respetar tiempos y creencias en la idea que me había formulado de un compañero de vida, o de la autonomía con la que me he construido. Qué rabia esta situación.

¿En qué momento el matrimonio se convirtió en una dotación exclusiva de mis derechos? Me siento en un retroceso histórico milenar, parece que ahora mi proyecto de vida debe virar, encontrar a quien haga valer mi identidad ante la institucionalización del clasismo y tergiversar todo el camino construido.

No importa cuánto haya aportado en la construcción de esta tierra, ese camino parece el único sólido para alcanzar derechos.

Para mí las fronteras instituyen la hegemonía en geopolíticas, naciones y territorios perfectamente delimitados donde se fraguan dolores, separaciones, opresiones, invisibilizaciones, abusos y violencias, pero con ello también vienen las historias de sobrevivencia, luchas y resistencia, de entre las cuales me congratula formar parte.

Nunca he pretendido la dependencia, por el contrario, he luchado por las libertades, y estoy aquí, en la necesidad de completar el oxímoron de mi vida.

He aprendido a amar esta nueva tierra que habito, quienes me rodean me hacen sentir que formo parte de ella pero, aunque me siento en casa, incluso ahora mismo que escribo este texto en Andalucía, está esa ley ahí, latente, abrumadora y sarcástica que me exige presente lo antes posible *al amor de mi visa*. 🌀

## Autodefinidas

Sua Fenoll Flórez  
Chus González García



### Vertical de izquierda a derecha

1. El rasgo identitario más importante entre los 2 y 5 años.
2. La nuclear es radioactiva ¡y lo sabes!
3. La mejor definición que puedes encontrar de ti mismx.
4. El pack completo: pareja, casa, curro, coche, hijos. Judith Butler se rebela contra esta norma.
5. Desde peque te la miden en el cole para ver si llegas a la media.
6. Diagnóstico que emana de tus genitales y que estará presente en cada paso que des, bien pegadito a ti, más que tu sombra.
7. La Pepita Grilla que te hace cambiar de opinión, dudar de quién eres. Un sí pero no. Las arenas movedizas de cada día.
8. Te dicen que la tienes si estás atacá, harta o mala de los nervios. Un martirio para la salud.
9. Si te tuerces demasiado, los perderás.

### Horizontal de arriba a abajo

1. Es una ecuación donde unas cuidan mucho y otros cuidan poco. ¡Y deja rastro!
2. Acto que te permite lograr ese estatus social casi sacro y por él te preguntan cada cena navideña.
3. Respuesta programada en los seres humanos ante la típica pregunta «Y tú, ¿qué eres?».
4. Sonríe, sueña, esfuérgate, sé tú mismx y, siguiendo los pasos de Mr. Wonderful, ¡será tuyo!
5. Dependiendo de cuál tengas, eres turista respetable o tienes que saltar vallas. Abre puertas, cierra fronteras.
6. Útil, que le sirve al sistema.
7. Ya nos lo dijo Carlos y hasta el capitalismo más tórrido se lo compró. Es la vía magna para conseguir la dignidad.

# Solución

En una sociedad en la que las fronteras físicas y simbólicas se entienden como inflexibles, impermeables, excluyentes, la identidad se construye como un mandato: se exige que esté bien delimitada, que sea firme y no se ande moviendo a nuestro antojo.

Las fronteras de esta identidad nos vienen dadas de acuerdo a nuestro tiempo y contexto, son una herencia social. Nos enseñan que hay que definirse, en torno a qué y desde dónde. ¿Cuál es tu **color favorito**? La Iglesia, el Estado, la **familia**, Mr. Wonderful y los azucarillos del café, Adidas, las series, el *coaching* barato..., te increpan en tono festivo «¡sé tú mismo!». Es una ficción liberal que te critica y responsabiliza cuando no das la talla. ¿Qué quieres ser de mayor? Las disidencias identitarias, la indefinición, la fluidez se castigan como una enfermedad de vagos y maleantes, se pagan con el rechazo, la discriminación o la exclusión.

El juego es autodefinirse pero, ¡cuidado!, hay preguntas trampa que te quieren llevar a la misma casilla. La meta es la autodeterminación y requiere de un ejercicio permanente de definición de unx mismx, de búsqueda de los límites de nuestro «yo». Nos topamos con fronteras implacables: Y tú, ¿de quién eres?

Obviamente no nos iban a dejar a solas en este vasto territorio, tan funcional al sistema. ¿Para cuándo la parejita? Para ello, nos vienen dibujadas ciertas fronteras en el mapa del capitalismo heteropatriarcal, para que te sitúes sin hacer demasiadas preguntas.

Así identificamos (¡otra cosa es desmontarlas!) diversas variables que van conformando identidades deseables. Escojamos algunas al azar. ¿Cómo te va la vida? Una fuerte invasión del **trabajo** nos impulsa a responder confundiendo quiénes somos con qué trabajo realizamos, a organizar nuestros ciclos vitales y tiempos sociales en base a las expectativas profesionales y a condicionar decisiones cruciales (dónde vivir, cuándo ser madre...) a las necesidades del mercado. Todo aderezado del *You can do it* y *Do it yourself*, la normalización de la precariedad o la complicidad de las tecnologías de la información y

la comunicación (como los grupos de *wasap* laborales que bullen 24/7 al margen de vacaciones o convenios colectivos). En este caso, más bien interesa diluir la frontera entre vida personal y laboral. No hay pérdida: eres tu **profesión** (o no eres).

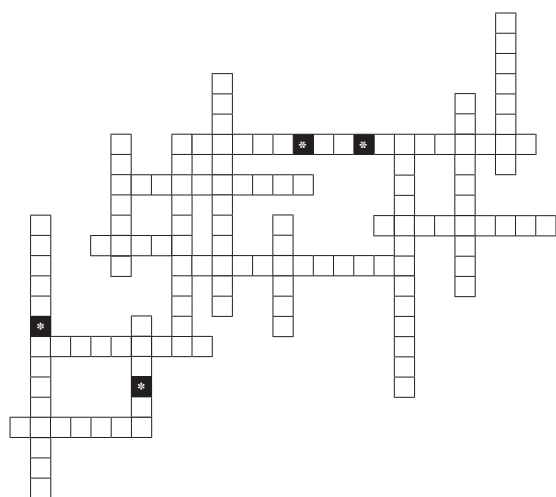
Una escala de valor **funcional** al modelo capitalista que aleja el **éxito** (y los **derechos**) de los trabajos imprescindibles para la supervivencia. A más dosis de cuidados, más precarias dentro del sistema. Que no fuera, porque son su sostén. Ser *cuidador* (sobre todo en masculino) no es la identidad de moda, y esto profundiza la brecha en la **huella de cuidados**.

Al servicio del sistema se diseñan también cuerpos y mentes preparadas para soportar sus exigencias: productivas, adaptativas, clasificadas según un perverso concepto de **inteligencia**. La reacción lógica ante tanta violencia se diagnostica como **enfermedad**, medicalizando problemas sociales y usando (psico) fármacos como drogas para la sumisión al mercado.

Como aliada complementaria: la **heteronorma**, que nos dicta cómo vivir *El Amor* (el de pareja) y, a partir de él, la familia y el resto de relaciones sociales. ¡Qué bien queda un **matrimonio**!

Necesitamos un ejercicio de autoconocimiento. Explicitar la contradicción como parte de nuestras identidades, revisar esas fronteras que están condicionando quién **soy yo**, cómo interactúan entre sí, qué peso y sentido tienen en nuestras vidas, de qué material están hechas. ¿Dejan pasar la luz? Es decir, ¿hay luz dentro de nosotrxs para poder explorarnos a fondo? ¿O te mueves a tientas dentro de ti mismx? ¿Son transparentes? ¿Se ve lo que hay más allá para situarse e imaginar otras posibilidades?

Desde los feminismos y otros movimientos sociales hemos desarrollado mayor crítica y acción en torno a algunas de estas fronteras —**género**, sexualidad, **nacionalidad**...—, conscientes de que marcan quiénes somos y la conformación social. Cuando ocupamos ciertas categorías desde el privilegio (estás en la casilla correcta) nos cuesta identificar qué otras variables condicionan fuertemente la identidad y vivencias de otras personas. Aún es marginal considerar con el mismo peso la diversidad de cuerpos y capacidades, la racialización, la edad o la enfermedad crónica. Nos quedan pendientes muchas otras fronteras para entender este juego. ●



# Con el diccionario en la cabeza mientras doy la teta

Irene Choya

## **Frontero, ra**

*De frente y -ero.*

1. *adj. Puesto y colocado enfrente.*

2. *m. Frentero. Almohadilla que se ponía a los niños [y a las niñas, suponemos] sobre la frente para que no se lastimasen al caer.*

3. *m. Caudillo o jefe militar que mandaba [en] la frontera.*

4. *f. Confín de un Estado.*

5. *f. Límite.*

6. *f. Frontis (| | fachada).*

7. *f. Cada una de las fajas o fuerzas que se ponen en el serón por la parte de abajo para su mayor firmeza.*

8. *f. Arq. Tablero fortificado con barrotes que sirve para sostener los tapias que forman el molde de la tapia cuando se llega con ella a las esquinas o vanos.*

trampa» o que se atrevieran a intentarlo a pesar de todo?

Madres y no madres,  
un espejo  
de lo que somos,  
y de lo que no.  
Deseo, miedo, rechazo, envidia, arrepentimiento.  
Quién siente qué.



## I-Enfrente

—¿Por qué quieres ser madre?  
—Siempre lo he querido.  
—Ya, pero ¿por qué?  
—Porque sí, porque lo deseo.  
—Pero ésa no es una razón.  
—Es que no necesito razones. Me basta mi deseo.

Hace unos diez años mantenía más o menos esta conversación con una buena amiga y no daba crédito. No entendía nada. ¿Cómo podía tomar una decisión así sin tener razones de peso? Yo había deseado ser madre como había deseado el matrimonio: cuando era pequeña, cuando pensaba que eso era lo que se hacía cuando eras «mayor». Pero luego me había encontrado con el feminismo y todo había cambiado: la maternidad era una imposición, un mandato de género. Y yo no tenía ninguna intención de cumplirlo.

Pero mi amiga era feminista también. Sabía. De repente, dos bandos. Las mujeres que quieren ser madres y las que no. En mi lado, entonces, incompreensión, rechazo; burla, incluso. Pero ¿qué era lo que me irritaba tanto?, ¿que cayeran en «la

## II-Frentero

Ahora que empiezas a explorar el mundo quisiera rodearte de almohadas y que no conocieras el daño. Pero no. No es así. La vida no es eso. Acompañarte es otra cosa. De alguna manera —me digo— criar tiene que ver con escalar: hay que bailar con el miedo. No pretender que no esté, sino aceptarlo como animal de compañía. Respirar hondo y hacer (o dejar hacer, en este caso) el siguiente movimiento. Aunque te caigas. El miedo es mío. El mundo es tuyo.

### III-Mando

Cuando estás embarazada, temes el parto. Pero porque no sabes lo que viene después. Esas semanas, esos meses que le siguen son intensos y, en la mayoría de los casos, extremadamente difíciles. ¿Cansada? Sí. ¿Dudas? Un montón. ¿Dolores? En innumerables partes del cuerpo. ¿Y la sensibilidad? Extrema, cualquier cosa me hace llorar. Junta todo eso e imagina que todos los días vas a encontrarte con alguien que te va a cuestionar: teta sí, teta no, cuna, colecho, purés o comida a trozos, da igual, la cosa es que cualquiera, cualquiera –sí, hasta el señor mayor que pasea a su perro por el parque, doy fe– opina. Eso es, sin duda, lo peor. En un momento muy vulnerable, en el que necesitas confiar en tus decisiones (y que te traigan comida hecha; tomen nota, por favor), en lugar de poder mandar a todo el mundo a la mierda, tienes que estar sonriente y amable. No me extraña que haya quien no quiera salir de casa. Hay que ponerse un escudo protector y decirse muchas, muchas veces: aquí mando yo.



### V-Límites

Una cosa es desear ser madre y otra llegar a serlo. Y no porque tengas que ir aprendiendo a serlo por el camino y con cada criatura –que también–, sino porque los deseos no siempre se cumplen. Cuando decidí que quería quedarme embarazada, aunque expresaba en voz alta que quizá ya era tarde, en realidad, en mi interior, daba por supuesto que lo conseguiría y me enfadaba cada vez que volvía a venirme la regla. Me sentía niña pequeña, intolerante a la frustración. Lo difícil para mí era decidirse, ¿qué era eso ahora de no conseguirlo? Y si no lo conseguía, ¿qué iba a hacer entonces con ese deseo que por fin sentía? Tuve suerte. Me quedé embarazada antes de que ocupara demasiado espacio. Pero llegué a asustarme de mi deseo. ¿Qué hubiera hecho para conseguirlo? ¿Cuáles hubieran sido mis límites?



### IV-Confín

Llevo años conviviendo con ese cuerpo que es el mío. He engordado, adelgazado y engordado otra vez. Me he llevado peor o mejor con mis pelos, mis granos, mis cicatrices. Tengo algunas canas y también arrugas. Sí, el tiempo pasa. Y mi cuerpo habla de lo vivido. Pero siempre que me miraba en el espejo me reconocía. Embarazada, eso cambió. Y no sólo porque muchas veces me asustara al verme reflejada en los escaparates (las barrigas pegan «estirones» de un día para otro, sí), sino porque ese cuerpo que era mi espacio, mi contorno, de repente era un cuerpo compartido: había otro, éramos dos. Al principio es tan extraño... Es realmente difícil de asimilar. Luego, dejas de pensar y, simplemente, le haces espacio, le alimentas, le acaricias, le hablas, incluso sin tener que articular las palabras. Te acostumbras a estar siempre acompañada y a que tu cuerpo se expanda. Y un día eso se acaba –tantas veces de forma brusca, violenta y dolorosa. Dicen que siempre echamos de menos el útero, aunque no podemos recordarlo. Yo lo que sé es que a ratos aún echo de menos ese ser dos. Y que, aunque tú apenas lo has descubierto, verte crecer es desde ya verte alejarte.

Y volver a ser una.



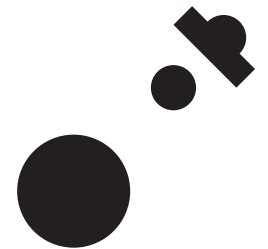
### VI-Fachada

En los relatos que en esta parte del mundo nos acompañan –pensemos en libros, pelis, series o publicidad–, cada vez que aparece una madre, o bien es esa madre ideal que hace bizcochos, puede con todo, está estupenda y feliz, etcétera, etcétera; o bien es la culpable de todo lo malo que en tu edad adulta te pase: porque te abandonó, no te quiso lo suficiente, se dejó maltratar o te asfixió con su amor... La frontera entre la buena y la mala madre parece más que clara. Pero la cosa es que esas madres no existen. Las madres que yo conozco son geniales a veces y horribles otras tantas, son personas, de carne y hueso, aciertan y la cagan, en su rol de madres y en todos los demás. ¿Para qué nos sirven entonces esos estereotipos? ¿Para cuándo un contar más realista de la experiencia, múltiple, siempre nueva y distinta, y antigua, siempre repetida, a la vez? ¿Qué hay detrás de la fachada?



### VIII-Sostener

Nos cargamos estructuras (o al menos lo intentamos) porque nos atan y queremos volar. Pero algunos cuidados necesitan de tierra firme que los sostengan. No vale desaparecer. Hay que querer estar ahí. O quererlo sólo a ratos, pero estar. ¿Qué me quita, qué me da? En esta parte del mundo medimos la inversión, las pérdidas y las ganancias. Ay... En esta parte del mundo quienes criamos estamos más solas que nunca. Ay... Compañeras, no queremos dejar de estar. Pero necesitamos que nos echéis una mano. O dos.



### VII-Firmeza

A ti que no has conocido cuna, que duermes pegado a mí, quiero regalarte un serón. Un serón trenzado, mi amor, por diversas manos. Tantas como las que te mecen, te acarician o te muestran el mundo. Qué regalo mejor que una gran familia elegida. Qué suelo más firme podrás pisar si aprendes a no ser solo.

# Reflexiones sobre el compromiso: ¿qué nos hace libres?

Patricia Narbona Gómez  
Inés Herrero Riesgo

¿Cuál es el conflicto en la relación entre compromiso y fronteras? ¿Por qué hemos decidido juntar estos dos términos y escribir sobre ellos? Venimos sintiendo que tenemos un «pequeño problema» con ciertos tipos de compromiso. Y nos preocupa. Nos preguntamos por qué y qué nos está pasando. De ahí el tirarnos a la piscina, ahondar donde duele y escribir estas reflexiones.

Según la RAE, «Compromiso», del lat. *compromissu*: «Obligación contraída. Palabra dada. Dificultad, embarazo, empeño. Promesa de matrimonio».

Estas son algunas de las acepciones que da la RAE (maldita RAE, por cierto...), pero también: «de compromiso: dicho de una solución, de una respuesta, etc., que se da por obligación o necesidad, para complacer», o «estar o poner en compromiso: estar o poner en duda algo que antes era claro y seguro».

Leemos estos significados y nos generan cierta revoltura: obligación, dificultad, empeño, matrimonio... La palabra dada ha perdido valor, está claro que, en general, ya no es garante de confianza. Y el matrimonio nos recuerda esa figura, esa institución, que ha oprimido históricamente a muchas de nosotras, funcionando a veces como cárcel privada, cuando no como nuestro nicho de muerte.

Huimos del «hasta que la muerte nos separe» para acabar en relaciones *de poco fuste*, relaciones en las que nos vamos cuando queremos (y queremos cuando conocemos a otra mejor, o cuando surgen conflictos, o cuando, por lo que sea, ya no nos interesa). Relaciones que se creen *libres* buscando no quedarnos encerradas en la cárcel del patriarcado, en la cárcel de lo privado, en la cárcel de la familia, en la cárcel de los cuidados. Pero sabemos que la libertad tiene límites (los de lxs otrxs, los de nosotrxs, los de la vida), y comprenderlos, respetarlos, asumirlos y «coartarnos nuestra libertad», a veces, nos cuesta. Porque

supone sacrificio (y esta palabra tampoco nos hace mucha gracia), supone elegir y dedicarle el tiempo y los cuidados a la hondura y profundidad de la otra, de lo otro, desplazando los placeres hedonistas y necesidades propias. Suponen no ir a la fiesta más guay del año, donde va a estar la gente más guay, porque la otra está enferma o necesita tu hombro para llorar. La dificultad para elegir y comprometernos con algo estriba también en que eso supone *manchar*, bajar el ideal a la tierra, dejando que se embarre con lo mundano del cotidiano. Supone renunciar a todas las vidas posibles de ser vividas y, con todo el miedo, lanzarse y entregarse a una.

Como venimos diciendo, en estrecha relación con el compromiso, están las fronteras, los límites, (no dejamos de hablar de ellos en realidad). En un contexto social de auge del individualismo y el consumismo, y en un régimen socioeconómico neoliberal, los límites a la libertad individual están mal vistos, primando la consecución y satisfacción de cada deseo que emerja. Pareciera que hacer todo el rato lo que nos salga de la punta de los genitales es el *summum* de la libertad. Pero, ¿realmente esto nos hace más libres? A veces parece que es al contrario, que más bien nos mantuviera encadenadas al deseo. A unos deseos mutables y fugaces, que nunca nos dejan satisfechas porque nunca se acaban. Ya sabemos que este consumo desenfrenado está acabando con el planeta, ahora nosotras nos preguntamos qué nos pasa con esta necesidad de consumo desenfrenado de cuerpos, de relaciones, de proyectos. Con este estar en todo y no estar en nada a la vez.

Necesitamos entonces, revisar, repensar, recuperar ambos conceptos: compromisos y límites, pues necesitamos de su andamiaje en la construcción, no sólo en nuestras relaciones íntimas (amistades, familias en sentido amplio o relaciones sexo-afectivas), sino en todas aquellas que forman parte del común, de los proyectos comunitarios

donde queremos, y de alguna manera debemos, implicarnos. Y los necesitamos limpios de cargas. Y los necesitamos hacer nuestros, masticados y digeridos por nosotras, filtrados por una mirada que nos convenza.

Hablar de *compromiso* y *fronteras* implica hablar de lo que una es y quiere dar, de la entrega (de cuidados, de atención, de cuerpo...), y también de los límites que circunscriben ese compromiso (hasta dónde doy mi atención, mi cuerpo, mi fuerza, mi vulnerabilidad; hasta dónde la otra me deja dárselo). Es hablar de qué, de cómo, de cuándo y hasta cuándo (el tema del tiempo atraviesa esta interrelación y siempre está, aunque se dé en puro presente).

Y con esto nos surgen preguntas que a veces no tienen respuesta y a veces no tienen sentido: ¿con quiénes me quiero y me puedo comprometer? (*Poder* en el sentido de que tengo habilidades para ello y también en el sentido de que la situación me lo permite), ¿qué implicaciones tiene este

compromiso?, ¿hasta cuándo? Para lxs otrxs, esto que doy, ¿está bien/es suficiente? ¿Y para qué seguir abriendo puertas si nunca he terminado de apostar por ninguna?

Si cuando me doy, cuando me entrego, sigo asustada: ¿hasta dónde me doy sin perderme?, ¿cómo saber dónde poner la frontera para no desbordarme y que la piel se me diluya en la otra?, ¿cómo me entrego sin abandonarme?

Y así vamos andando, con ganas de entregar el tiempo, el corazón y el cuidado a otras. Muchas veces, sin saber cómo hacer. Así que nos juntamos, nos servimos un tecito y empezamos a escribir, a ver si las palabras desenredan los nudos que nos aprietan. ●



Inner Galaktik



Los territorios inexplorados de la deslocalización son como la Luna «nueva». No son nuevos, y son desconocidos únicamente porque no se pueden ver desde la perspectiva del discurso dominante (feminista incluido). (MINH-HA, Trinh (2012), en Javardo and Truth)

Inner Galaktik

A medida que lees este texto, las letras se van entremezclando para componer el significado. Necesitan espacios vacíos para formar palabras; con(tra) ellos surgen. Alrededor de los límites, donde empiezan y acaban las páginas, se abre el paisaje que te rodea. Fíjate un momento en él: ¿ves alguna sola cosa solitaria y separada? ¿O más bien un fluir caleidoscópico de pautas y texturas?

En la percepción inmediata no existen las demarcaciones. El mundo se compone de rasgos, superficies y líneas diferenciadas e interrelacionadas, todas entretreídas en una trama sin costuras.

Sin embargo, en Occidente padecemos de un mal endémico: el pensamiento dualista. A su paso, divide lo que encuentra. Y cuando se toma por real una demarcación, está servida la guerra de los opuestos.

Enclaustramos la vida en una batalla de pares donde un polo pierde y el otro gana.

Una frontera fundamental es la que establecemos entre lo que somos y lo que no somos. Hemos invertido años en fortificarla y defenderla para sentirnos seguros y a salvo dentro de ella. Es una condición para ser «nosotres mismos».

¿Cuántas tús habitan en ti? ¿Les das lugar a todes? ¿Cómo las vives? ¿Qué esperas de ti mismo? ¿Y les demás, qué esperan de ti? ¿Y si escogieras otra dirección por un momento? ¿Qué dirección sería? ¿De todas las tús, a cuál escogerías? ¿(De) Quién eres? Parece que, para ser, tengamos que permanecer en Une: el *ser* esencial. El *yo* interior y el *otro* exterior son ficciones cómodas a la hora de pensarse una mismo.

## Saltar la concertina de la piel Ageda Blasco

Pero desde mis privilegios puedo, y desde mi subalternidad necesito, no identificarme de forma esencial con lo asignado. Si no, ¿cómo cambiar esto? No hay nadie *dentro* de mí. Somos nuestros vínculos, y también nuestras prácticas de liberación.

La idea del Yo requiere muchos Túes alienados: lo(s) *otro(s)*-tú(s). En medio, se levanta a menudo una concertina. Por eso, la frontera de la piel es política: es el tapiz de la relación *entre* nosotres y les *otres*.

La transformación de las estructuras es un *continuum* dentro y fuera de esa frontera. Tocarle la fibra a lo establecido pide que nos desestructuremos para recomponernos con otros cuerpos, más allá de la zona de confort que amuralla la propia identidad.

Podemos valernos de otros lenguajes para variar de ángulo. Según la cineasta vietnamita Trinh Minh-Ha, existe un lugar en Asia al que llaman el *middle* —el medio—: un sitio donde ser libre, lejano a los opuestos polarizados. Es distinto del término medio occidental, estandarte de la moderación. El *middle* remite a un espacio donde todo es más desconocido, sin leyes morales, fuera de los procesos de nominación y clasificación. Está abierto a las posibilidades. En el *middle* un cierre no es algo definitivo, sino el paso a un terreno diferente que abre otra serie de posibilidades.

Otra forma que me resulta útil para trascender el pensamiento dualista es la figura fractal. Un objeto geométrico cuya estructura, aparentemente irregular y fragmentada, se repite a diferentes escalas. Cada fractal está compuesto por otros más pequeños: por mucho que nos acerquemos o alejemos del objeto, la configuración es la misma.

Desde los colectivos políticos queremos transformar lo social, pero un grupo está formado por diversos Yoes. Nos llevamos a casa los enunciados de las campañas y las propuestas de las asambleas. ¿Cómo hace cada cuerpo para actuar la transformación? ¿Consideramos que la primera fase es política y la segunda personal? ¿Lo personal no era político? ¿Cuántas de tus amigas feministas

están en terapia o lo han estado? Aunque algunas se empeñen en separar esferas, lo terapéutico está siendo consustancial en esta lucha por la transformación social.

Y es que la herencia patriarcal militante pesa sobre nuestros hombros: evitamos entrar en la vivencia biográfica, pensando que las diferencias nos separarán. Las seguimos entendiendo como algo peligroso. Audre Lorde decía: «No son nuestras diferencias lo que nos divide. Es nuestra incapacidad para reconocerlas, aceptarlas y celebrarlas». Cada historia de vida suele tener rasgos en común con (las) otras y es singular, al mismo tiempo.

Tanto en el trabajo gestáltico como en la dinamización de talleres feministas, la salida del enrocamiento grupal está en transitar entre las vivencias individuales y la estructura macrosocial. En la formación gestáltica nos enfocamos más en la vivencia; en los grupos vamos a lo estructural, pero ejemplificando desde la experiencia cotidiana y biográfica. Si no es posible, cabe recordar la cara oscura de la luna: aun siendo inalcanzable a la vista, sigue ahí, formando parte.

Se trata de comprender lo personal y lo colectivo, hasta llegar a lo social, como un *continuum* de fractalidades. Un mapa donde ir variando el foco de atención. Al hacer zoom en lo particular, encontramos formas sociales.

Migremos desde un pensamiento de estructuras establecidas e identidades coherentes hacia una cultura de procesos de relación entre singularidades. Vamos a saltar la concertina de la piel para *incorporar* lo alienado, lo Otro; y así liberar esta zona de confort colonizada. 🌀

*Vivir en las fronteras y en los márgenes, mantener intacta la identidad múltiple y la integridad, es como tratar de nadar en un nuevo elemento, un elemento «extranjero».* (ANZALDÚA, Gloria (1999), *Borderlands/ La Frontera: la Nueva Mestiza*).



# Nuestra grieta, nuestra red

Sofía Sofosa

La intimidad física y sexual como frontera en las relaciones. Escribir sobre esto como una apuesta por crear otro tipo de vínculos y otro tipo de redes, porque me atraviesa.

Siempre he dicho, dije y diré que soy una persona muy cariñosa, mimosa, física, cercana... Y mi madre siempre ha dicho, dice y dirá que según con quién. Claro, del mismo modo que cada relación es distinta, no en todas me apetece ese contacto. Pero -y por eso este texto- mi sentir es que, debido al significado social de la cercanía física y de las relaciones sexuales, ambas han de ir de la mano o, si no, hay algo extraño. Por una parte, traspasar cierta línea, barrera, frontera de contacto físico o simplemente de intimidad y tiempo compartido, se ve extraño si no hay una relación sexual. Por otra parte, si tienes sexo sin una vinculación afectiva explícita, también se ve extraño. Una vez más, otra dicotomía.

Hace pocos meses que experimento otras formas de hacer y construir, en resumen: relaciones muy íntimas sin sexo. No obstante, aclaro que relaciones muy íntimas siempre he tenido y tengo. Soy una pesada-intensa de la vida que quiere profundidad en el contacto con las personas, pero es cierto que jamás tuve tanto contacto físico y tanta intimidad como en este momento. Es decir, o esa parte de las relaciones estaba circunscrita a mi tiempo compartido con mis parejas/amantes/lo-que-sea de ese momento o, si no, no existía.

Hasta ahora no había sido consciente de cuánto deseaba que esto fuera distinto en mi vida.

El poliamor y todas las diversas formas de amarnos que estamos creando y explorando son maravillosas y yo quiero seguir en ese camino, pero también quiero que ese camino incluya el tejido progresivo de grandes redes afectivas íntimas en muchos aspectos. En esta realidad utópica que deseo los cuidados son lo central: ¿qué es el amor sin los cuidados? ¿Se puede amar sin cuidar?



La idea es ir más allá del cuestionamiento de la monogamia: cuestionar las redes afectivas, porque ojalá que cuando vayamos siendo más mayores y necesitemos cuidados hayamos creado algo muy grande para que ninguna esté sola sin querer estarlo. *La familia nuclear es radiactiva* y parece que si no la construyes no habrá nadie a tu alrededor para compartir cuidados. El problema es que eso es una mentira muy grande y, aunque muchas personas tienen esa «familia nuclear», los cuidados no están garantizados, porque verdaderamente no hay nada que nos los garantice. Nos queda la exploración, el ensayo-error, momentos de calma y reflexión, hablar muuuucho... Pero creo con todas mis energías en esto.

De verdad siento que he(mos) descubierto algo. He(mos) traspasado una frontera. O he(mos) abierto una pequeña grieta en ella, no lo sé.

Lo que sí sé es que veo y siento una red a mi alrededor:

La tejemos poco a poco.  
Se une gente nueva,  
otres deciden marchar.  
La red se hace cada vez más fuerte,  
cambia y al mismo tiempo permanece.  
No da miedo buscar apoyo en esta red.  
Veo y siento la seguridad  
de que sois muchos  
y maravillosas. 🌱



# Cartografía de ~~X~~ nuestro deseo

Loreto Ares, Cristina Gozalo Martínez y Stef Papin | lapregunta28.com

## 1. Mi deseo

¿CUÁNDO FUE LA PRIMERA VEZ QUE SUPE QUE YO ERA YO SEPARADA DE LAS OTRAS?

Mi deseo era mío, mío, sólo mío. Yo cuando era una niña fantaseaba con otras niñas de mi clase, jugaba al pilla-pilla y las niñas me pillaban. Era divertido, era intenso, era inocente. Yo jugaba a los médicos en la guardería y nos metíamos plastidecor por el culito. Había niños y niñas y no recuerdo la diferencia. Reíamos. Poco después jugaba con un vecino dándonos besitos, pero ya intuía que él estaba por encima. El juego era mi espacio. Tracé los límites de mi cuerpo con el mundo. Mi cuerpo. ¿Tenía siete años la última vez que me sentí cómoda dentro de mi cuerpo? Yo jugaba con mis vecinos a los seis años. ¿Antes? Era un deseo curioso. Era un deseo honesto. Nunca más sentí un deseo así. Yo dejé de hacerlo cuando entendí que no estaba bien. ¿Mi deseo era mío, mío, sólo mío? Mi deseo cambió y comencé a esperar el deseo de *los* demás. ¿He vuelto a sentir ese deseo honesto? ¿Ese deseo sin *contaminar*? ¿Cómo reconectar con ese primer deseo que era curiosidad y era inocencia, que era juego? Quiero volver a ese patio del colegio, píllame. Yo quiero volver al garaje de mis vecinos. Yo quiero volver a la guardería. Son lugares marcados con una cruz roja en el mapa de mi deseo. Nunca podré volver con los mismos ojos. Yo tampoco. Aun así, quizá, será suficiente. ¿Lo será? Cuéntame tu mapa que yo sujeto la brújula.

## 2. Tu deseo

¿CUÁNDO FUE LA PRIMERA VEZ QUE SUPE QUE TU CUERPO ERA OTRO SEPARADO DE MI CUERPO?

De pronto, tu deseo. Y era tuyo, tuyo, sólo tuyo, poniendo un confín a mi deseo. Yo me choqué contra este muro a los diecisiete años, en mi primera relación. Tu deseo no confluía con el mío. Si nos queremos, ¿por qué no quieres follar más? Yo me paseaba desnuda por la casa sin decirte nada para que imaginaras, y me sorprendía que tu deseo no fuera el mismo que el mío, que tu cuerpo tuviera límites que no se correspondían con mi piel. Yo tenía doce años y en clase tú estabas desesperado por liarte conmigo porque todos los chicos estaban liándose ya con otras chicas. Me sentí halagada y te deseé, aunque también supe que no era gratis: ahí estaba Marisa, a quien Pedro había hecho un dedo en el cuarto de los abrigos, y todos llamaban *puta*. Yo tenía siete años y sabía que vuestros deseos pertenecían a otro mundo, que mi deseo era algo prohibido que nunca podría enunciar ni tan siquiera proyectar sobre vuestros cuerpos en mi imaginación. Yo tenía dieciséis años y dejé de desear porque tu deseo era demasiado importante y porque mi deseo era demasiado grande y oscuro. Yo esperaba pasivamente tu deseo. Yo tenía miedo a hacer algo distinto de eso, porque separar tu deseo del mío abría las puertas al rechazo, al juicio, a la vergüenza. Tu cuerpo es un castillo en el mapa de mi deseo. Hay cocodrilos en el foso. Dejo que me muerdan los pies. ¿Lo deseo? No lo sé, yo estoy hablando sólo de ti.

## 3. La frontera

¿CUÁNDO FUE LA PRIMERA VEZ QUE ENTENDÍ QUE YO NO ERA YO SEPARADA DE LAS OTRAS? ¿QUE MI CUERPO NO ERA OTRO SEPARADO DE TU CUERPO?

Mi deseo no era mío, mío, sólo mío. Tu deseo no era tuyo, tuyo, sólo tuyo. ¿Cómo separarlos? Tu deseo es un líquido viscoso que se cuele por las grietas de mi cuerpo, mezclándose conmigo. ¿Cómo sé ahora quién era yo antes de *conocerte*? Yo tenía doce años y sabía perfectamente cómo ser una chica, porque todo el mundo me recordaba cuándo lo estaba haciendo bien. Ser deseada era hacerlo bien. No desear era hacerlo bien. Ser deseada se convirtió en mi deseo. ¿Cómo re-aprender a separarlo ahora? Ser deseada no era gratis. Yo tenía catorce años cuando masturbaba a mi novio en clase de religión. Era divertido y me gustaba, pero ya entendía perfectamente que entraba en riesgo algo gigante llamado *reputación*. Sólo existía el molde de un cuerpo y un deseo en el que todas debíamos encajar, ¿cómo sentir un cuerpo propio, un deseo propio? Yo tenía diez años cuando empecé a masturbarme de forma consciente: fantaseando con que el niño que peor me caía de clase me violaba, ¿cómo saber ahora qué parte de ese deseo era mía? El poder es un líquido viscoso que se cuele por las grietas de mi cuerpo, mezclándose conmigo, se me quedan los dedos pegajosos y ya no sé dónde acabo yo y dónde empiezas tú. Poder y desear son dos lenguajes con la misma gramática. Mi deseo está hecho de otros deseos. Tu cuerpo está hecho de otros cuerpos.

## 4. El consentimiento

¿QUÉ RESTOS INTRADUCIBLES DEJA EL LENGUAJE QUE CONSTRUYE PUENTES ENTRE MI DESEO Y TU DESEO?

Y de pronto, el feminismo. Y de pronto, nosotras. La primera vez que escuché la palabra *consentimiento* todas las piezas de mi deseo encajaron. ¿Todas? A mí me quedaron muchas por situar. Bueno, y a mí. Todavía estamos en ello. El deseo es un lenguaje no verbal. ¿Cómo traducírmelo? ¿Cómo traducírtelo? El consentimiento es un puente que construyo con esmero: ¿qué quiero?, ¿qué no quiero? El puente une mis dedos con mi piel, une mis labios con tus pezones, es un acueducto que canaliza todos nuestros fluidos, une mi estómago con la palabra *no*. ¿Quiero? ¿Debo? ¿Cómo borro tantos años de deseo moldeado desde fuera? Yo no sé todavía cuándo deseo porque deseo y cuándo deseo porque me desean. Yo ya asumo que esa dicotomía para mí no existe, y es ahora cuando puedo preguntarme si quiero mezclar mis deseos con otros, alimentarlos y verlos crecer. Yo no tengo manos para contar todas las veces que sigo follando sin saber si quiero follar. A mí me da igual si el deseo es mío o del sistema cuando, a fin de cuentas, estoy mojada. A mí no me da tan igual. El consentimiento no me lo ha solucionado todo. No, a mí tampoco, pero me ha permitido darme cuenta, y me ha permitido abrir una vía de diálogo segura conmigo y con las personas con las que me acuesto. A mí me ha permitido problematizar el deseo, desnaturalizarlo. Yo he aprendido a jugar como si tuviera un menú y pudiera dar al *pause* cuando quisiera para renegociar las reglas y los avatares. Yo he ganado todo un lenguaje para legitimar mis historias de abuso, para reclamar mi cuerpo, para recuperar mi deseo. Sigo tallando piedras para construir un puente. Y yo. Y yo. Estamos juntas en esto. ¿Lo estamos?





## #. El viaje y la aventura

El proceso de escritura es un desecho del propio relato. En papel se transforma en un objeto plano: sin grietas, sin fisuras. Valgan estas líneas como recuento del viaje, como rememoración de la aventura. Todas las preguntas que han quedado irresueltas y todos los monstruos que habitan en nuestras dudas.

De 0 a 3.032 kilómetros de distancia entre nuestros cuerpos.  
 47 mensajes de audio.  
 153 minutos 13 segundos.  
 7 horas discurriendo en la piscina.  
 Más de 10 fricciones.  
 Más de 100 dudas.

¿Y si no llego nunca a saber lo que quiero?  
 ¿Y si el feminismo no me alcanza? ¿Y si la terapia tampoco me alcanza?  
 ¿Y si no encuentro nunca las palabras?  
 ¿Y si no puedo volver nunca al garaje de los vecinos, al patio de la guardería, a jugar al pilla-pilla?  
 ¿Me encontrarás y me encontraré entonces? ¿Te bastará mi mapa? ¿Me bastará a mí? ●



*Mi madre es una  
 campesina urbana y yo soy  
 la hija de madre.*  
 Vivian Gornick – *Apegos  
 feroces*

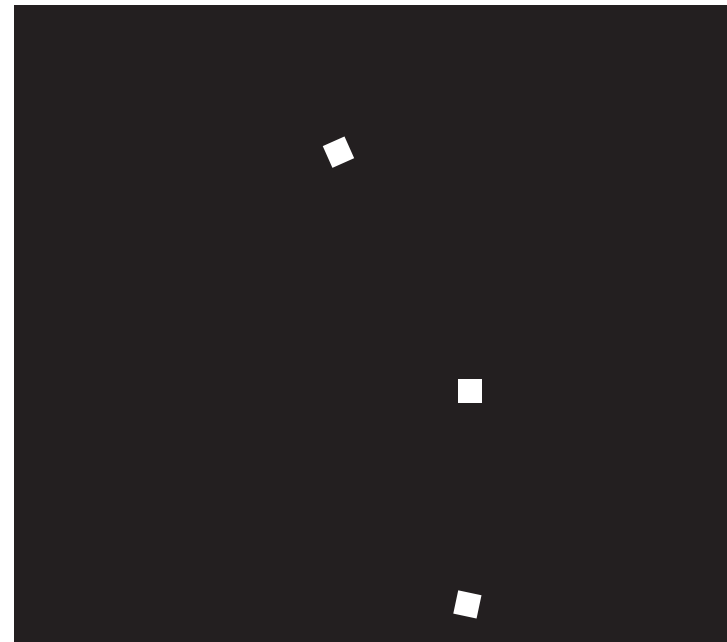
# Intentonas y abuelas: autoedición contra el pánico

Irene Pardo Contreras

Escribir, ocupar el folio y transitar mis miedos. ¿Aprendidos cuándo? El síndrome de la impostora tras cada texto. ¿Qué posibilidades empiezan tras compartir la reflexión del proceso de escritura? ¿Qué narrativas aprendemos y cómo para que nos sea tan complicado compartir lo que escribimos? ¿Cuántas ideas olvidadas hay en un cuaderno en el cajón? ¿Cuántas en una carpeta de nuestro escritorio? ¿Esto me pasa sólo a mí?

Ninguna de mis abuelas sabía leer ni escribir. Me gusta imaginarlas escribiendo un diario, leyendo el periódico o haciendo el crucigrama del domingo (y teniendo tiempo para ello). Sé que soy una privilegiada por saber leer y escribir. Por tener tiempo para pensar estas líneas. No sólo por el hecho de experimentar esa sensación de libertad que me da el poder hacerlo, sino por la dicotomía entre quienes tienen tiempo para narrarse frente a lxs que no lo tienen.

Tomar la palabra, el bolígrafo, el teclado, el micro, el escenario, la pancarta... siempre esa sensación de miedo y de salto al vacío. Tanto hablar de feminismo y luego qué difícil aplicarse el cuento a unx mismx. Y qué básico, ¿no? Me pregunto cuándo aprendí a reaccionar así, contra qué lucho. Quién puede pensar-se como sujeto y quién no. ¿Qué ocurre con nuestras historias? ¿Quién las escribe si no nosotrxs? ¿Quién documentará en Wikipedia este último 8 de marzo? ¿Quién revisará en Wikipedia el contenido que editemos contando lo sucedido? La escritura como frontera también aquí, a la hora de visibilizar luchas y de generar relatos feministas.



Que de todas mis ediciones en Wikipedia, ni una sola vez una mujer haya estado detrás de la edición de mi texto no es casualidad.

\*DIY: Do it Yourself = hazlo tú mismx.

Frente a estos obstáculos, la filosofía DIY\* rompe con esa tensión, favorece el encuentro, abre un diálogo que abraza las fisuras y relaja expectativas. Sin presiones, sólo las ganas de probar y jugar. ¿Existe una analogía entre el DIY y la apertura de debates feministas? En este caso, como casi siempre, el medio vuelve a ser el mensaje. El poder de la autoedición como golpe contra un muro, una suerte de intentona de incendiar cabezas. Una relajación del horizonte de expectativas. Si te apetece hacerlo, ¿por qué no lo vas a hacer? Y llega *la victoria*: se desvanece la pretensión de hacerlo bien por, sencillamente, disfrutar lo que haces.

Pero no partimos de cero a la hora de usar un medio u otro. No llegamos vacíxs de experiencias. Hay algunas imágenes que se repiten y hablan de otro lugar conectado con éste. Como fotogramas que se suceden, cada medio me habla de límites anteriores:

- **BOLÍGRAFO:** escribo y tacho. La cabeza me va más rápido que lo que soy capaz de escribir. Paro y miro mi caligrafía. Cuántos veranos con cuadernillos Rubio para acabar teniendo una letra casi ilegible...  
Escucho el mantra de una de mis maestras de primaria... vaya letra, Irene... vaya letra...
- **TECLADO:** aquí sí, voy rápida. Puedo borrar sin miedo al tachón. La normalidad estándar de Times New Roman hace que vuele. Una buena parte de mis aprendizajes feministas han estado mediados por la pantalla. El cuerpo también, pero la pantalla es una ventana más fresca. La periferia se nutre de ventanas.
- **MICRO:** intento hacer una entrevista a un grupo en un festival feminista. Me acerco a preguntarles y aceptan la invitación. Cuando ven los micros me miran asombradxs y me dicen «esto impone mucho, ¡qué palo!». Después de unos minutos se relajan y la cosa fluye. Al final me dan las gracias, dicen que no era para tanto.
- **BOLÍGRAFO:** no sé dibujar. Alguien me dijo alguna vez que tenía atrofiada la creatividad. Intento hacer trazos y con ellos un índice pero el resultado es una maraña de letras y líneas ilegible.
- **TECLADO:** mi relación amor-odio con Wikipedia. Primer requisito: para hacer un artículo necesitas referencias

externas. ¿Y quién las tiene? ¿Qué relaciones de poder hay detrás de tenerlas? ¿Por qué los movimientos feministas más de calle nunca se podrán documentar en Wikipedia? ¿Dónde quedarán esos relatos? ¿Tendría sentido que estuvieran ahí?

- **MICRO:** un tío se acerca donde he montado el equipo para grabar un podcast y me explica cómo debería haberlo montado todo para que el viento no se filtrara. No presto atención y sigo a lo mío. Después empiezo a darle vueltas a la cabeza... ¿estaré haciéndolo bien? Me enfado conmigo misma por dudar.
- **BOLÍGRAFO:** intentar escribir sin tachones. Si el folio queda sucio ya no puedo pensar ni organizar pensamientos... y no puedo volver a escribir en la misma línea. Tampoco puedo cortar ni pegar párrafos. El bolígrafo me obliga a parar cuando el tiempo de la vida y del trabajo me obligan a seguir escribiendo rápidamente.
- **TECLADO:** quiero montar un fanzine y no sé cómo. Después de varios tutoriales me pongo a trastear *InDesign*. El primer día me desanimo y después de dos horas lo dejo. A lo largo de una semana creo que puedo hacerlo. ¿Cuántas cosas he aprendido viendo tutoriales en YouTube? ¿Cuántos de esos video tutoriales estaban hechos por mujeres? ¿Cuántos por hombres? Al final acabo preguntándole a una amiga y todo era más fácil de lo que parecía. *Fanzinizar* con lxs amigxs es lo mejor de esta aventura.
- **MICRO:** organizo un taller de radio en mi clase. Cada grupo está a cargo de una sección. A medida que vamos grabando, se confirma el patrón. Los chicos son los primeros en sentarse en la mesa de sonido y las chicas se quedan atrás, esperando a que yo les indique que se acerquen a los micros. Se lo comento a otra profe y me dice que son cosas mías, que han elegido libremente y es cuestión de gustos. Al otro día, antes de grabar, hacemos una pequeña reflexión sobre sus trabajos y yo les comento que me gustaría que todo el mundo pasara por la mesa de sonido. Una niña levanta la mano y aclara: «me da miedo tocar botones que no sé para qué sirven».
- **BOLÍGRAFO:** nunca vi a mi madre escribir. Sin embargo, una vez mi hermano y yo empezamos la universidad, ella comenzó a hacerlo. Una parte de mí se alegra infinitamente y la otra se entristece, ¿habremos frenado el talento de mi madre? 🌀

# Privilegios.

## Algunas preguntas desde y para los feminismos

¿Estás atenta a quién habla y quién calla? ¿Escuchas? ¿De verdad escuchas?

¿Qué te remueve las tripas, qué te incomoda? Antes de saltar, ¿por qué no diriges la atención hacia dentro?, ¿qué dice eso de ti?

¿Qué sabes de esas otras historias, de esas otras batallas, de esas otras resistencias? ¿Alguna vez has dedicado tiempo a aprender de ellas? ¿Alguna vez has pensado siquiera que podías aprender de ellas?

¿Cómo te sientes cuando te hacen ver que estás ejerciendo tus privilegios? ¿Te enfadas?, ¿te ofuscas?, ¿buscas la manera de justificar que no era tan así como parecía?, ¿echas la culpa a quien señala?, ¿te da vergüenza?

¿Cómo te sientes cuando no eres bienvenida en un espacio donde se está trabajando sobre opresiones que no te afectan directamente? Pero, ¿por qué quieres estar ahí?, ¿cuál es tu miedo?

¿Te has preguntado cuándo te diste cuenta por primera vez de que la sociedad se divide en «nosotros» y «los otros»?

¿Qué lenguajes utilizas para hablar de realidades que no te son cercanas? ¿Cuántas veces piensas si lo que vas a decir molestará a alguien?

¿Cuántas veces les has dicho a ellos que lo que tienen que hacer es aprender a callarse y escuchar? ¿Qué pasa cuando otros te dicen eso mismo a ti?

¿Cómo te sientes cuando tu feminismo es cuestionado? ¿No decías que el feminismo es una revisión continua? ¿Cuánto te queda de autocomplacencia?

¿Interseccional será siempre una palabra que suene bien en tu vocabulario, pero en tu cotidianeidad analizarás sólo las opresiones que más te tocan?

¿Relajas tu lenguaje y tus comentarios si estás en un espacio en el que piensas que no hay personas con otras opresiones que se puedan sentir atacadas?

¿Te das cuentas de que porque tú acabes de conocer esos otros feminismos eso no significa que sean nuevos? ¿Quién escribe la historia del feminismo?

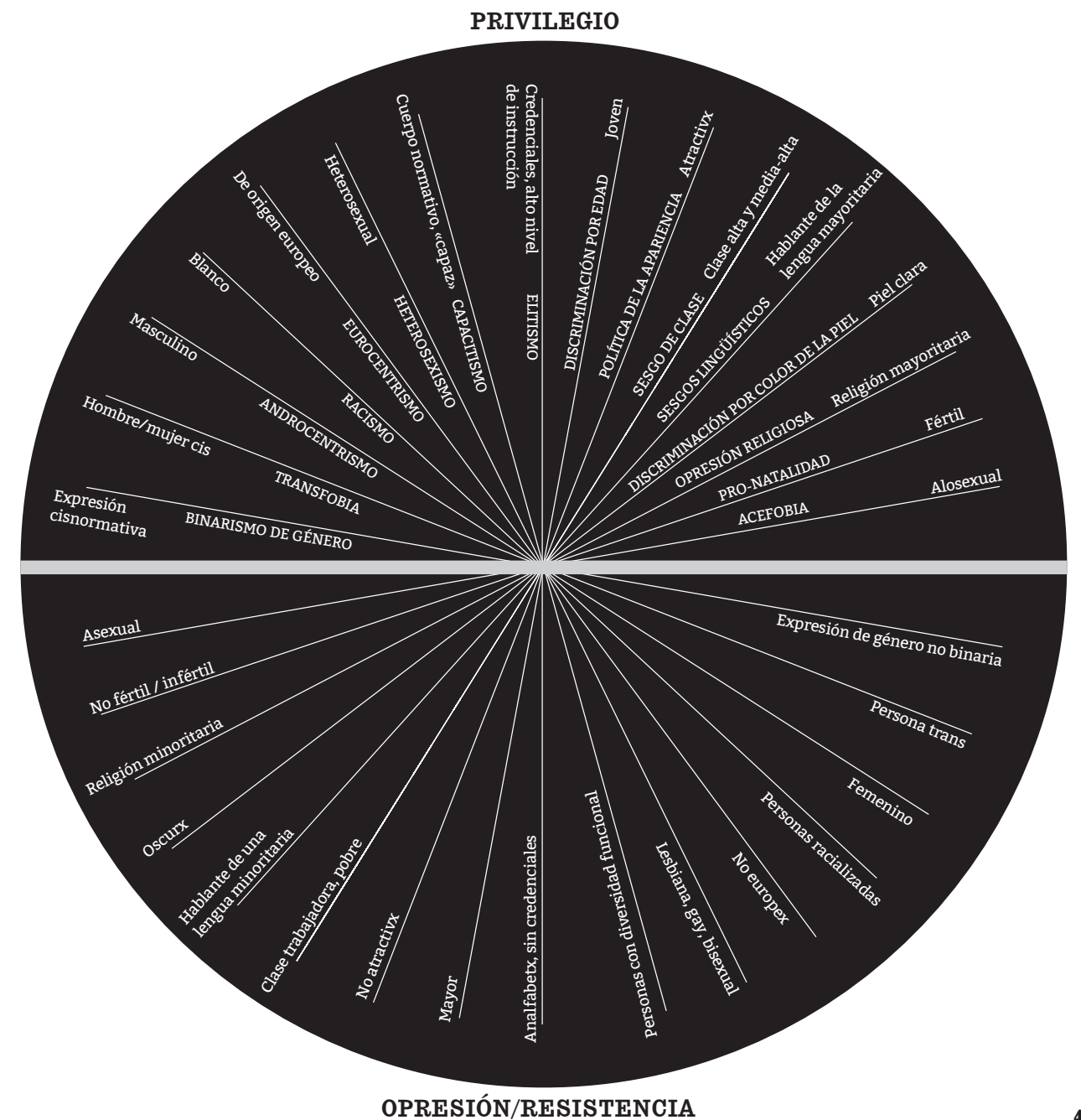
¿Te has descubierto alguna vez acordándote de dar el toque interseccional a una mesa, jornada, evento? ¿Lo hacías porque realmente te importaba o porque es lo que se lleva?

Cuando te interesas por esas otrxs, ¿te interesa su opinión sobre cualquier tema o sólo que te hable de «lo suyo»?

¿Rectificas? ¿Alguna vez rectificas? ¿No debería estar bien visto rectificar?

¿Cómo te comunicas cuando te estás sintiendo mal en espacios afines? ¿Cómo te gustaría que te lo comunicasen a ti?

¿Crees que siempre hay que sacar la rabia o a veces no? ¿Cuándo toca hacer pedagogía y cuándo dejar de hacerla? ¿Cómo entendernos sin anular a nadie ni dejar de poner los puntos sobre las íes? Pero, ¿cómo entendernos?



# Ríete sin límites... de tus privilegios

Rocío Ros Rebollo

Ahí va un chiste: *se comete un crimen y hay tres sospechosos: Papá Noel, un abogado y una mujer inteligente. ¿Quién fue? El abogado, porque los otros dos no existen...* ¿Te ha hecho gracia? A mí tampoco.

A ti y a mí no nos hace gracia porque resulta evidente que estas bromas promueven la desigualdad y humillan, en este caso, a nuestro sexo. En cambio, parece que a algunos cómicos que copan los programas de televisión les molesta que este tipo de bromas ya no sean *políticamente correctas*. Me refiero a aquellos que argumentan que es que ya no se pueden hacer *chistes de maricones* o algo similar.

Y en eso tienen algo de razón. En general, ahora es más difícil escuchar en público este tipo de bromas, y no porque se haya acusado a nadie de hacer apología de la violencia por contarlas; ha sido gracias al activismo de quienes se han cansado de ser protagonistas de dichas burlas.

Sin embargo, que este tipo de chistes tan indudablemente machistas u homófobos prácticamente hayan salido de la esfera pública, no significa que ciertos grupos sociales, como las mujeres, hayamos dejado de estar discriminadas en el humor. La violencia simbólica sigue presente.

Un conocido ejemplo de que, entre broma y broma, se sigue perpetuando el sexismo es Jorge Cremades. El cómico e *influencer* se hizo famoso gracias a vídeos con un amplio surtido de tópicos sobre parejas cishetero. Su humor es un reflejo de lo que le hace gracia a, por lo menos, los siete millones de seguidores que tiene en Facebook.

Otros colectivos estigmatizados, como las personas con diversidad funcional o las racializadas, todavía se ven representados en el humor a base de estereotipos. No hace tanto que Rober Bodegas presentó un monólogo en Comedy Central riéndose de gitanos que roban coches, no saben escribir y se casan con niñas de 13 años después de meterles un pañuelo por el coño.

Cuando los grupos sociales mencionados en estas burlas reaccionamos indignados y exigimos respeto, la comunidad de cómicos, a su vez, reclama su libertad para hacer humor... y volvemos a ese debate que parece interminable: ¿hay que ponerle límites al humor?

El humorista y presentador David Broncano ha comentado en varias ocasiones que las bromas no se pueden tomar como algo personal y que no se les debe poner ningún límite, ya que siempre habrá alguna persona que se sienta ofendida por ellas. Comprendo su postura: poner límite a los temas de los que se puede hacer humor va en contra de su naturaleza transgresora.

Pero ¿quién ha dicho que haya que censurar un tema? Los grupos oprimidos no pedimos que no se hagan bromas sobre nosotros, lo que reivindicamos

es que se tenga en cuenta desde qué posición se hacen esas bromas. Exigimos que se comprenda de una vez el efecto que tiene ponernos frente a un arma tan poderosa como la risa.

El humor es instrumental, es decir, puede servir para diferentes propósitos según cómo se utilice. Solemos pensar en él como una forma de sacarnos carcajadas a base de destruir las reglas establecidas, pero también se puede utilizar para marginar.

«¿De quiénes se hacen más chistes? De la gente que está más excluida. De la población gitana, de la gente menos culta, de las mujeres... El humor se utiliza también para poner a la gente en su sitio», así lo explicaba Asunción Bernárdez, directora del Instituto de Investigaciones Feministas, en *Proyecto V Magazine*. Cuando un cómico se ríe de grupos discriminados desde el privilegio de no pertenecer a ellos, lo que consigue es remarcar la diferencia y relativizar la opresión que sufren.

Frente a este humor fácil que utiliza los estereotipos de otros grupos sociales para reírse a su costa, la propuesta feminista enunciada por la escritora Brigitte Vasallo consiste en «apuntar hacia dentro o apuntar hacia arriba», o sea, reírte de ti o de quien está en una posición de poder.

El problema no es un cómico haciendo una broma racista, el problema es una sociedad poniéndolo en *prime time* y riéndose con esa broma.

No se trata de un imposible, ya hay muchas humoristas feministas con las que llorar de risa como Patricia Sornosa, Ali Wong, Tig Notaro o la innumerable cantidad de ilustradoras que se pueden encontrar en Instagram. Y algunas de ellas hablan de minorías y grupos oprimidos.

«Si hubiera unas olimpiadas de la opresión me llevaría la medalla de oro. Soy palestina, musulmana, mujer, discapacitada... y vivo en Nueva Jersey». Así es como empieza su monólogo *Tengo 99 problemas y la parálisis cerebral es sólo uno*, la actriz Maysoon Zayid.

Zayid es capaz de bromear de todas sus condiciones sin resultar ofensiva. Sólo quien pertenece a la condición de la que se ríe puede provocar esa ironía empoderadora para el colectivo.

Hacer sátira de quien tiene más privilegios no es algo nuevo para los cómicos españoles que se burlan sin tapujos del gobierno, del poder, de lo establecido... pero parecen haberse olvidado de incluir la parte en la que se ríen de sí mismos y de uno de los sistemas de privilegios más importantes: el patriarcado.

Lo comentaba Lula Gómez en su reivindicativa cuenta de Instagram *Eres una caca*: «Quizás inconscientemente, quizás no tanto, pero de sus propios privilegios como hombres no son capaces de hacer un solo chiste». Si realmente os cuestionáis vuestros privilegios, comprenderéis que hacer chistes de lesbianas o enanos es lo menos transgresor que podéis hacer con el humor.

Sólo quien pertenece a la condición de la que se ríe puede provocar esa ironía empoderadora para el colectivo.

## Hacer chistes de lesbianas o enanes es lo menos transgresor que podéis hacer con el humor.

Nadie lo va a explicar mejor que Aysa Nueve en su tribuna *Otra vez los límites del humor*, para *El Salto*: «¿No os dais cuenta de que vuestras bromas refuerzan unas ideas que dañan a muchas personas a diario y con una broma distinta podríais abrir mentes y hacernos avanzar a todos?».

Cuando un colectivo reacciona ante un chiste ofensivo, quien se lo toma como algo personal es el cómico que piensa que lo que molesta sólo son sus bromas. No, no es así. No nos indignamos únicamente por *un par de chistes*; es por la discriminación que aún está presente y sale a relucir a través de ellos. El problema no es un cómico haciendo una broma racista, el problema es una sociedad poniéndolo en *prime time* y riéndose con esa broma.

El día que comprendes la violencia que hay detrás de este humor que juega con lo *políticamente incorrecto* (como el racismo, el machismo o la

LGTBI Afobia) con la excusa de ser transgresor, te pasa lo mismo que con el chiste que encabeza este texto: en lugar de provocarte risa, te provoca indignación.

Habrà quien no comparta este análisis. Al menos sí que estará de acuerdo conmigo en que el humor consiste en deformar nuestra realidad y para ello hay que partir de un punto en común, de una misma realidad. Cuando hacemos un chiste debemos tener en cuenta el contexto social desde el que lo hacemos, y sabemos que la sociedad en la que vivimos aún discrimina a muchas personas. Ése debería ser nuestro punto de partida. 🗣️

# Las voces de la sospecha

Irene Blanco

«Esta niña tiene que ir a Lluvia de estrellas».

Mitad de la década de los noventa. Mi yo infantil de aquel entonces se desgañitaba imitando las voces de las cantantes poperas del momento. Allí estaba yo, deshaciéndome en un arduo ejercicio de imitación mientras se escapaba, entre la seriedad y la broma, la sugerencia de presentarme a un concurso por parte de mi selecto público (mi primo y su novia de aquel entonces).

Mi prometedora carrera musical duró poco y fue experimentando giros inesperados. Pasé a imitar a Pavarotti en el patio del colegio unos años más tarde, haciendo gala de un vozarrón que se adaptaba mucho mejor a aquella potencia sonora que mis anteriores imitaciones. Entre la burla y el asombro, no dejaba indiferente a nadie que una niña tan pequeña pudiera sacar esos tonos de tenor profesional. Hasta mi madre me pedía demostraciones de este don singular en las celebraciones familiares (qué suertuda yo...).


Pero, ¡ay!, aquella herramienta sonora no cesó en su caída de tono en picado. Volaron los años y con ellos voló la ilusión de contar con algún tipo de reconocimiento hacia el que había sido mi bien más preciado: mi voz. Por el contrario, ésta comenzó a situarse en el punto de mira. El género con el que se me leía no parecía corresponder al género con el que mi voz era leída. Y aquello que no se doblega ante la frontera se pasea peligrosamente por el territorio de la sospecha.

«Tienes voz de chico. Hasta se te nota la nuez».

«¿Eres una persona trans?».

«¿Seguro que usted no fuma? ¿Siempre ha tenido la voz así? Necesito saberlo para el diagnóstico».

Incluso al rodar un corto durante mis años de carrera, el que hacía las veces de director decidió dejar a mi personaje mudo y terminó confesándose que era porque mi voz no pegaba. Si a estos juicios continuados por una voz que desbordaba las fronteras del género le añadimos que he nacido y vivido en Granada durante veintiún años, pero procedo de una familia madrileña que se mudó a los sures, nos encontramos ante una nueva variante inquisidora: el acento. Yo empecé el colegio «hablando fino» según mis compañeros y terminé mis años de educación obligatoria «hablando



mal» según mamá y papá. Para ellos, ese contagio que había sufrido de terminaciones inacabadas les provocaba una úlcera, y recuerdo perfectamente cómo me corregían cuando me escuchaban hablando por teléfono en casa. Así fue como desarrollé un bilingüismo inconsciente, fruto de la búsqueda de reconocimiento que precisaba cada espacio. De las fronteras de mi hogar para adentro hablaba esa falacia bien vendida llamada «neutro», mientras que en el resto de contextos dejaba fluir mi andaluz.

Sin embargo y muy a mi pesar, mis posteriores años en Madrid y estudiar una carrera en Ciencias de la (des)Información, que esquilma la diferencia en favor de la homogeneidad, terminaron por vencer la balanza hacia un acento en tierra de nadie, que en absoluto hace honor a sus orígenes, pero que se escurre de vez en cuando de sus márgenes «neutros» impuestos y recibe a cambio los clásicos comentarios del «¡qué graciosa, se le ha escapado el granaíno!». Lo único que rescato de aquellos años en favor de mi voz es que se me abrieron puertas donde la gravedad (en todos sus sentidos) de mi tono podía encontrar su lugar. Me aseguraban que la radio precisaba de voces más graves y, aunque jamás he ahondado mucho más en el universo radiofónico, parecía ofrecerme un espacio donde mi voz tenía cabida. También cualquier situación que implicase proyectar la voz y hacerse oír, desde un escenario a un aula. De pronto a la voz de la vergüenza parecían concederle una tregua.

Así fue como empecé a ser consciente de que mi voz, además de arrastrar un historial de cuestionamiento, también podía caer en el privilegio de contar con mayor reconocimiento que otras voces muy agudas ligadas a la feminidad. Ya desde la Antigüedad, según Anne Carson, la voz aguda representaba la locuacidad de una persona que se desviaba del ideal masculino de autocontrol. Se trata de concepciones que se han alargado en el tiempo, como muestra, por ejemplo, el entrenamiento de voz al que se sometió Margaret Thatcher para conseguir un tono más grave que le beneficiase en su carrera política. Basta con hacer una reflexión rápida sobre cuestiones como el tipo de voz

en off que predomina en los documentales o qué voces se utilizan y para qué en publicidad. Tampoco es casual que con el desarrollo de la robótica, las voces que se estén implantando en muchos casos contribuyan a reforzar una visión binarista del género.

La filosofía occidental, argumenta Amanda Thomaidis, contempla la voz desde una perspectiva dualista. Por un lado, la concibe desde una idealización de la racionalidad como garantía de verdad, donde la noción de voz interna queda relegada a la vida emocional. Por otro, el propio sonido y los aspectos materiales de la voz permanecen separados y subordinados al mensaje. Sin embargo, atender a la materialidad de nuestras voces nos devuelve al cuerpo en cuanto a qué hacemos con el mismo para producirla, qué coreografía ponemos en práctica. El cuerpo siempre está presente en nuestra voz. ¿Acaso no nos remueve escuchar voces grabadas de personas que conocemos, encapsuladas en dispositivos completamente ajenos al motor humano que las puso en marcha y que, sin embargo, materializan de algún modo su presencia? O la extrañeza que nos devuelve la reproducción de nuestra propia voz y ser conscientes de cómo es percibida por el resto, lo cual se relaciona también con cómo conformamos nuestras subjetividades y corporalidades.

Para entender el proceso de construcción de la voz a nivel social, Monique Biemans explica que hay unos parámetros en los que cada persona se encuentra cómoda según su anatomía y que determinan las características de su voz. Asumido esto, tenemos los ajustes de calidad de la voz, es decir, dónde colocamos la voz según ese rango en el que ésta puede moverse por nuestros rasgos anatómicos. Y esto último no es algo inherente a nuestros cuerpos, sino que bebe directamente de la influencia social. Así, encontramos representaciones reduccionistas que trazan el límite en el que una voz es «masculina» o «femenina», o asocian determinadas voces con determinados cuerpos, como es el caso de las llamadas «voces negras», en un ejercicio de exotización esencialista que contribuye a conformar un único y determinado tono de voz y afinidad con cierto estilo musical para una diversidad de cuerpos y realidades.

¿Qué voces, qué cuerpos ocupan qué espacios? Hay tantas voces como fronteras no elegidas se erigen entre unas y otras. Hay voces con pluma, voces racializadas, voces con distintos acentos, voces que retan al binarismo de género, voces diversas, voces de distintas edades, voces de personas sordas a las que se quiere mudas... Dónde y cómo están representadas no es inocente.

No todas las alambradas nos retan desafiantes de poste a poste. Algunas también nos trepan la garganta. 🗣️



# Urbanas y rurales.

## Tiempos

Mi tía abuela era pastora, una mujer de campo que nació y vivió toda la vida en una aldea de la montaña. Nunca se casó, vivió cuidando de un rebaño de cabras hasta que tuvo que venderlas para cuidar de sus padres por ser mujer y soltera.

Uno de los recuerdos que tengo de ella es un reloj que alguien le regaló una vez y que ella se colocaba en la muñeca religiosamente todas las mañanas, sin embargo, lo miraba poco o nada. A diferencia de otras mujeres de su pueblo, ella usaba pantalones. Despertaba al alba para ordeñar y cuidar de los bichos, comía cuando tenía hambre y se acostaba con el sol, a no ser que hubiera alguna excusa o un fuego frente al que quedarse despierta. Conocía la montaña tanto como a sus cabras: cada piedra, cada hueco, cada cima... sus olores, sus sonidos...

A la ciudad bajaba poco, recuerdo haberla acompañado alguna vez. Se ponía nerviosa con el barullo y con el ruido. Yo era pequeña y no lo entendía, para mí la ciudad era mi espacio... ¡Hoy la entiendo tan bien! La ciudad vive ansiosa por el miedo a parar, al pasar del tiempo, a perder el tren aunque no sea el último.

Imagino a mi tía abuela en un aeropuerto o en una de esas calles súper transitadas en las que todo el mundo corre hacia algún lugar, sin entender lo que pasa. En la montaña no hay atascos, ni prisas, porque nadie quiere adelantar a nadie...

Ella me enseñó a disfrutar del silencio, ese que sólo existe en lo alto de la montaña, a solas, cuando oyes el latido de tu propio corazón. No hay mejor lugar para hallarse a una misma.

Alguna pastora, como mi tía abuela, dijo una vez sobre las ciudades y la cultura de occidente: aquí tenéis reloj, allí tenemos tiempo.

## Cuerpos

Desde pequeña tengo las manos anchas y fuertes. Nunca fui consciente hasta que la gente empezó a opinar sobre ellas. El primero fue mi padre, que me decía (con orgullo) que eran manos de campesina. A mí esa comparación no me hacía ninguna gracia: no sólo sugería que tenía manos de mujer del campo, lo que yo no identificaba como algo especialmente atractivo, sino que además, como chica, tener manos anchas y fuertes no encajaba con mi obsesión por ser princesa.

Las manos son un reflejo de tu procedencia y eso lo entendí bastante rápido. Las limpiadoras, las campesinas, las pastoras, las artesanas, las jornaleras tienen manos anchas y fuertes que se van moldeando con el trabajo y con el tiempo. Las de mi padre, principal instrumento de su trabajo, no se distinguen mucho de las de cualquier hombre del campo y, sin embargo, a las jornaleras de la fresa las seleccionan por ser mujeres porque se supone que son más cuidadosas para realizar una tarea que se considera delicada.

Tardé tiempo en empezar a valorar mis manos.

Hoy me gustan las anchas, los apretones fuertes, aquellas que al tocarlas cuentan una historia, las manos que, como la tierra, se labran. Creo que son uno de los espejos del alma y además exhiben quién eres, muestran las marcas de lo que haces, o de lo que no haces.

Hay manos de campo y manos de ciudad, aunque también hay manos de campo en la ciudad y manos de ciudad en el campo. Mientras las de la ciudad tienen prestigio, en una sociedad urbanocéntrica que desprecia todo lo rural, las de las campesinas se identifican con el atraso y la pobreza...

Tratar con gente de campo me hizo sentirme segura de mis manos y entender su valor: «no tienes manos de urbanita», me dijo un ganadero una vez al estrechármelas y, en ese momento, me sentí respetada.

Ahora suelo estar muy atenta cuando doy la mano a alguien. Un gesto, pero también una forma de contar tu historia. Las manos son la piel con la que tocamos el mundo, la frontera entre quienes somos y lo que nos rodea.

Hoy valoro las mías por la misma razón que empecé a no apreciarlas, porque «parecen campesinas», son capaces de apretar con fuerza, de sentir, de moldear, de sembrar...

# Cuerpos entre dos mundos

Irene García Rocas,  
Patricia Dopazo  
Gallego y Olga  
García Rocas

## Miedos

Hace poco estuve en casa de una amiga, Elena. Ella y su hija Julia acababan de volver del pueblo de pasar el verano y la cría, entre otras cosas, quería comer con las manos y no ponerse zapatos. Julia, con casi cuatro años, hablaba ya perfectamente y hacía muchas preguntas. Elena trataba de explicarle que en casa se come con cubiertos y se enfadó cuando la niña se manchó. Por la calle, la obligaba a ir de la mano, pero ella quería corretear sola. Me llamó la atención esa tensión y negación permanente en mi amiga, supongo que me trasladó a cuando, de pequeña, las voces adultas me reprimían a mí también.

Recordé un año antes, cuando conocí a Julia. Hacía mucho tiempo que no veía a Elena y, por fin, un día que estaba cerca de Granada, me organicé para estar un rato con ella. Preparamos comida y nos fuimos las tres al campo. Mientras Elena y yo nos contábamos la vida, Julia se entretuvo sola. Exploraba entre las piedras, jugaba con los palos pintando en la tierra, seleccionaba y recogía hojas y flores que de vez en cuando nos traía. Cuando la perdíamos de vista un rato, Elena la llamaba y Julia aparecía. Valoré mucho el espacio que nos dejó para reencontrarnos y enseguida le cogí cariño.

Ellas eran las mismas, sólo había cambiado el contexto. Cuando Julia preguntó por qué en Cúllar podía comer con las manos, andar sola, descalza, mancharse... y en Granada no, Elena no supo contestarle.

## Raíces \*

Nací en una aldea del norte de la periferia europea. Me crié pensando que viajar me haría más libre. Con la idea de que quien se queda en un lugar termina atrapadx en una realidad, no evoluciona, no se enriquece...

Eso dijo siempre mi madre. Ella, siendo muy joven, emigró a Suiza. Lo hizo como muchas otras personas, sobre todo mujeres, que no estaban dispuestas a aceptar el destino al que estaban determinadas. Dicen que los pueblos y sus prejuicios no permiten desarrollar identidades no normativas, no nos permiten vivir libremente nuestra sexualidad, ser rebeldes, cuestionar lo establecido... Es difícil florecer en un lugar que está envenenado para ti.

Pero ¿y en las ciudades? ¿Cuál es el precio de nuestra libertad?

Aprendimos a valorar a quien se va del pueblo, a quien viaja, a quien consigue ser alguien y vuelve los días de fiesta o de vacaciones con su coche nuevo, hablando fino y presumiendo de algún móvil de última generación.

Viajar es un privilegio al que yo tuve la suerte de tener acceso y me fui. Pasaron muchos años hasta que sentí el impulso de volver y el mismo privilegio que me dejó irme me permitió volver a vivir en mi pueblo.

Y ahora, desde aquí, y tal vez con todo lo que traigo de otros sitios, pienso en la importancia de volver, de quedarse, de aquellas que permanecen, la necesidad de crear redes entre nosotres que nos permitan colectivizar los dolores, las alegrías, las resistencias. 🌀

\* Este texto surge inspirado por la lectura de dos artículos de compañeras feministas: «Lesbianas, tierras y tomates» de Andrea Momoito y «A ti que te quedas» de Mar Gallego.

# La clase, ¿qué clase?

Celia  
García  
López

## Primer intento

En este texto quería hablar de *la clase* como intersección que posibilita el punto de encuentro entre las distintas luchas identitarias dentro de los feminismos. Entendiendo las opresiones no como algo monolítico ni jerárquico, sino como una suma de violencias que se van superponiendo, mezclando, en los cuerpos marcados como «no aptos»; pero, la verdad, es que no me sale.

Pienso: la cercanía se construye cuerpo a cuerpo. La etiqueta *feminismo* se desvirtúa en una maraña abstracta, más o menos incorpórea, que acaba construyendo una estructura homogénea, blanca, que no siempre me representa, que cada vez me representa menos, el «hashtag», el ruido, la ceniza...

Sí, ¿verdad?, es el feminismo y sus apellidos el nuevo caballo de batalla de nuestro tiempo. El tiempo siempre, no nos engañemos, convulso, aunque ahora, sin duda, lo parezca más que nunca, y nos señale también a nosotras/es como culpables de legitimar (por acción u omisión) el dolor, la muerte, la injusticia de muchxs otrxs.

A la vez que siento la necesidad de buscar puntos de encuentro entre los diferentes feminismos y me sumo a las quejas y a la visibilización de las violencias que ejercemos feministas blancas, colectivos feministas blancos, a los otros feminismos no blancos, tengo miedo de mi voz. *White guilt?*, ¿culpa blanca?

El marco de referencia no propone salidas. Sólo este pesar, esta sensación de no-poder. La sangre del verdugo es sangre legítima. Ruido blanco.

## Segundo intento

Granada 2016. Militante blanco, joven. Lo primero es la lucha de clases, el feminismo divide la lucha obrera. Voz fuera de mi cabeza: —claro, claro, ¡uy, perdona, no tengo tiempo!, hale, hasta luego. Voz dentro de mi cabeza: fordismo, postfordismo, fordismo..., ¿qué obreros?, ¿qué lucha? Imagen dentro de mi cabeza: obrero blanco-guapo con camisa de cuadros encima de una silla en su fábrica... arengando a la gente... icomo en una película!

Obrerxs en mi contexto más cercano: magrebíes en los invernaderos de mi pueblo, rumanos en la construcción o «haciendo chapuzas» también en mi pueblo. Trabajadoras del hogar latinas en la asociación del barrio, trabajadoras del hogar norteafricanas, a veces, con conflictos con las latinas por el supuesto trato de preferencia que les dan en las ONGS que tienen bolsas de trabajo. Los manteros africanos de Plaza Nueva. Las kellys que se acaban de organizar en la ciudad y son españolas blancas. Jóvenes, precarixs, blancxs en el sector de la hostelería y la turistificación. Y el resto que no veo porque no estoy ahí o porque no miro lo suficientemente bien, con la atención necesaria. La invisibilidad es otro de los factores clave para el adormecimiento y el estado, *always happiness*, de lxs sujetxs con privilegios.

¿Desde dónde organizar la lucha?, ¿se pueden generar marcos de confianza mutua?, ¿quién tiene

que escuchar a quién?, ¿cómo se han organizado lxs que tienen otras experiencias en otros contextos?, ¿dónde nos podemos ver?, ¿quiénes son aptxs para verse?, ¿cómo tejer pactos de no traición, de no apropiación, de no invisibilización?

Escribo desde aquí, porque el miedo me acerca a la duda y la duda a la reflexión.

Creo y experimento el encuentro/el encontrarse; creo y vivo la efectividad de la unión para conseguir cosas, creo en la posibilidad de cambiarlo todo.

Sospecho: de la estructura; de los cuadros que generan estructura sin fisura, del personaje que demandan los diversos recintos ¿asamblearios? Sospecho de la imagen.

Me cansa el ruido innecesario, la ceguera ante la carencia, el juicio rápido, la movilización vacía.

Comparto la crispación, el estar a la defensiva, la desconfianza de quien se siente una y otra vez traicionadx por un discurso que, a la hora de la verdad, no lx representa.

¿Qué hubiera pasado si la movilización por las temporeras marroquíes de la fresa en Huelva hubiera tenido el mismo impacto mediático que la violación de La Manada?

**Paréntesis antes del último intento: a unas semanas de que Júpiter entre en la casa de sagitario.**

Hice tres cursos sobre feminismo islámico, dos cursos de árabe fusha, un curso con Mustafá, *Allah iahfdek*, mi profe de dariya. Entendí que no podemos obviar la relación con la espiritualidad de algunos feminismos, el vínculo matemático y amoroso entre las palabras y las cosas. La dignidad de la lucha aprendida a través de una lengua en continua relación con lo cercano, con lo trascendente.

Esto, creo, tampoco se nos puede pasar por alto.

## Último intento

El cuerpo propone soluciones. La imaginación crea realidades posibles. Cada poco me muevo y veo las dimensiones de lo que puede ser. Existen lindes donde hay instantes que sobrepasan el ruido y dejan pasar la luz; toda sonrisa que se precie participa, de alguna manera, de esta vivencia.

Quizá no sea la representación, ni el reconocimiento, ni la falsa idea de redistribución socialdemocrática el camino (¡cuántas palabras serias que nombran cosas que no son!)... quizá, y hago alegato a lo *naif*, ahora sí, sin miedo, lo que tenemos que poner en el centro, además de la escucha atenta, es lo que no se puede nombrar, lo subterráneo, lo común, el palpito, la emoción, la prevalencia de la vida como fin.

El estado asesino de las cosas ensombrece lo que por evidente pasa desapercibido. La maquinaria, el entramado perverso, nos va a matar a todxs, por igual; la cuestión es el entretanto, la cuestión es el simulacro de falsa impunidad, la cuestión es no tener miedo a morir un poco para estar más cerca. 🌀

# Las besties

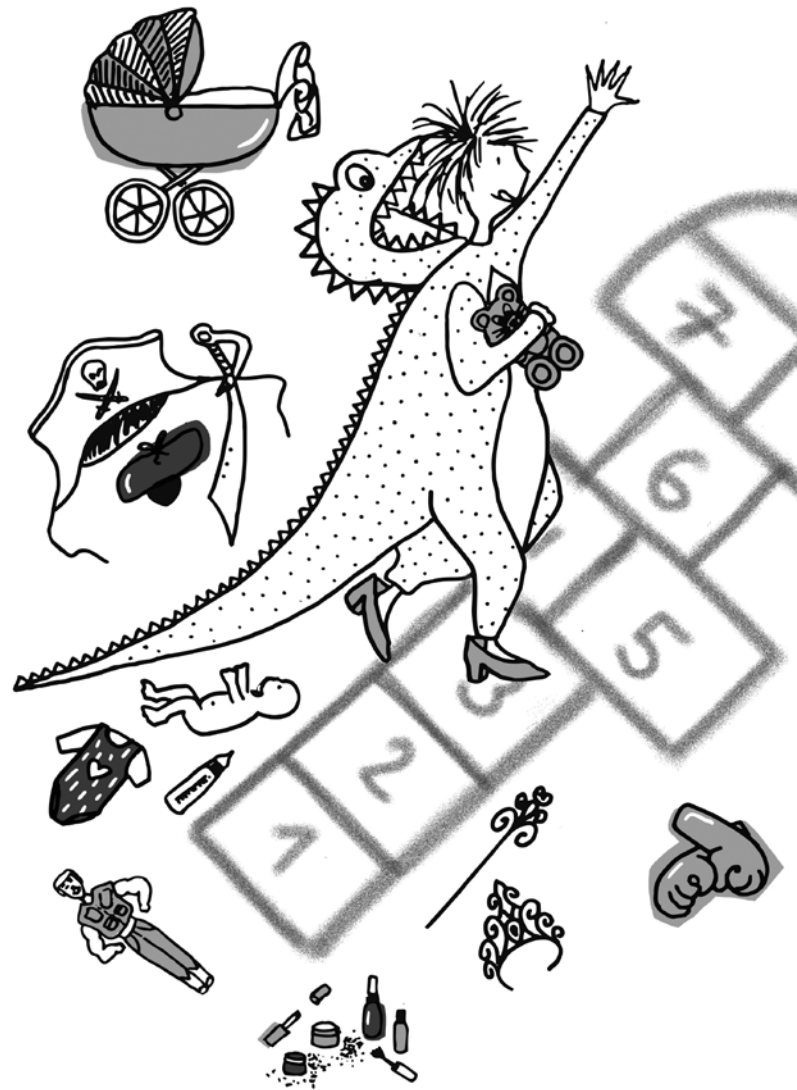
Moscas de compañía

MI MADRE SIEMPRE decía con voz seria y tono reprobatorio que yo no era normal. Yo no lo entendía, ni hacía nada raro para intentar llamar la atención de nadie, ni para ser menos «normal» que el resto.

Para ella, «normal» era tener que pertenecer a uno de esos dos clubs exclusivos en los que nos colocan a todos antes de nacer. Yo, en cambio, sentía verdadero fastidio por tener que adaptarme a un código de conducta en función de esa absurda lotería: o llevar calzoncillos de niño o llevar bragas de niña; o ir al baño de los niños o ir al baño de las niñas; o te gustaban los *baby borns* o los *action men*, y yo disfrutaba haciéndolos a todos parte de mi parentela. Tenía razón mi madre: no entendía por qué no podía probarlo todo.

En el recreo los niños jugaban al fútbol y las niñas al avión y yo tenía que hacer malabares para que en esos veinticinco minutos libres me diera tiempo a dar patadas al balón y a jugar a papás y a mamás. De tantas cosas que me llamaban yo ya no sabía si era marimacho o maricón, y hasta mis compañeros parecían perplejos por no saber dónde encasillarme.

Mi pasión eran los disfraces. Cada festivo, cada cumpleaños, cada navidad y, por meritorio empeño, incluso cada primero de mes era una nueva oportunidad para lucir mis mejores galas. Tan pronto me colocaba el disfraz de princesita como el traje de pirata; combinaba los tacones con los puños de Hulk. Me encantaban los papeles de colores y el brillo de la purpurina cuando me vestía de extraterrestre y pintarme uñas postizas muy largas para parecer un dinosaurio de verdad.



Recuerdo a mi madre, al verme de esa guisa, lamentarse por mi incoherencia, cuando ni yo sabía lo que significaba esa palabrota. Para ser coherente, debía estar a un lado u otro de una frontera infranqueable que yo me empeñaba en traspasar cada vez que podía, aun sin darme cuenta. Si realmente hubiera tenido que elegir, habría tenido que partirme por la mitad.



ÉL VIVE en el cuerpo de ella.  
Ella vive en el cuerpo de él.  
Él vive en una mentira de la que ella duda.

Él se nombra como ella y, al nombrarla, ella se expande.  
Ella usa *jeans* mientras él se viste de licra *fluxia*.  
Él se burla de su pene y ella alardea de él.  
Ella quiere penetrar; él, que lo atraviesen.

Él desea cruzar las piernas como una señorita.  
Ella lo intenta y se siente incómoda.  
Él mira su pecho con forma de pera madura.  
Ella se pone un *wanderbrá* frente al espejo.

Él acepta su hombría diferente.  
Ella ama su exagerada y extravagante feminidad.  
«Él es afeminado, pero buena gente».  
«Ella es una machorra, pero es trabajadora».  
Ella tiene miedo de recibir una paliza.  
Él tiene miedo de no saber defenderse.

Ella y él son la misma loca.

**DESDE EL SOFÁ** puedo ver a Bibi buscarse en el espejo y remirarse en el armario mientras tararea unos viejos acordes, siguiendo el vaivén con sus caderas:

*Si en el firmamento poder yo tuviera,  
esta noche negra lo mismo que un pozo,  
con un cuchillito de luna lunera,  
cortaría los hierros de tu calabozo.*

Ha descartado la camiseta amarillo azufre con espalda en V que tan bien le sienta y se ha enfundado el vestido de licra *fluxia* con el que deslumbra en los guateques de *LaLuna2*. Acaba de comenzar la semana y ya quiere sentirse divino, aunque probablemente ni sepa que es lunes. La *eyeshadow* que encontró perdida en el baño de la estación reluce sobre sus ojeras hinchadas. No ha dormido nada bien, lo de hoy le tiene preocupado.

«¿Muy de *party* para ser lunes?». Bibi se asoma por la puerta y se pasea por delante de mí como si estuviera desfilando por la *fashion week*. Al rato vuelve con unos *jeans* de cuero y una camisa de lino. Se prueba la blusa amarillo azufre, la de algodón negro y el vestido que usa para ir a la piscina. Y, sin embargo, tras el pase de modelos regresa al sofá en pijama y con la cara lavada. Ambas sabemos que no quiere ir y sus lágrimas se precipitan al vacío. La radio sigue bailando:

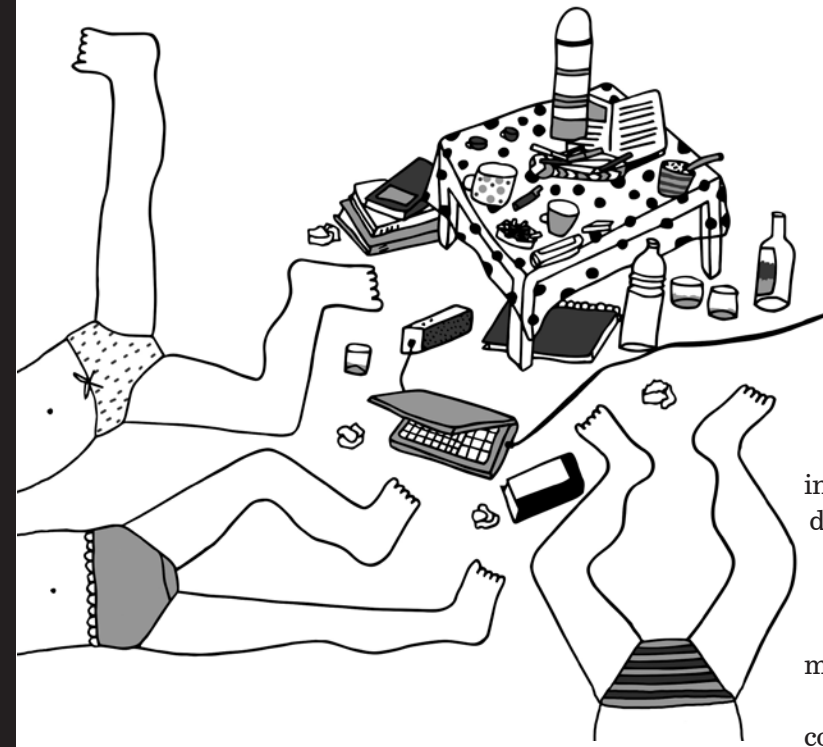
*Me duelen los ojos de mirar sin verte,  
reniego de mí...*

«Mira cariño, si no sale bien, te ríes de ellos como las últimas tres veces, tu humor te hace digna. No, no creo que tengas que afeitarte, te encanta tu barba. Bueno, sí, claro... No, no, no, que digan lo que quieran. ¿Qué sabrán esos idiotas de recursos

humanos de tus capacidades profesionales sólo con mirarte? ¿Y no puedes acudir al sindicato? Ya... Ya sé que aún no te han contratado, pero ya podían preocuparse esos izquierdistas revolucionarios de conseguirte un trabajo en algo más que en karaokes y pub's de cristales tintados...».

Sólo salgo de mi enfado cuando veo a Bibi ponerse una camisa cualquiera y cruzar la cocina lanzándome un beso desde el pasillo. Le sonrío cariñosamente mientras abre la puerta y atraviesa, con la cabeza bien alta, la frontera entre el hogar y el mundo, dispuesta a escupirle nuestra carnavalesca saliva envenenada de disfraces y máscaras.

*...es un potro desbocado  
que no sabe dónde va...*



**AHÍ ESTABAN** las tres, espatarradas en el sofá. Tazas de té, algún resto de cerveza y un cenicero lleno de colillas de las que fuman y de las que dicen que no fuman, pero fuman. Por la pantalla del ordenador subían los créditos del dramón que acababan de ver. Con el maquillaje corrido, aún hipaban del sofocón y el suelo estaba cubierto de pañuelos usados.

—Me recuerda a lo que me contó el otro día la Dani. ¿Os habéis enterado de lo que le pasó?

—No he sabido nada de ella desde que la muy... se fue a Miami a embarcarse en el *American Dream*...

—Ay, ya está la matriarca amargada. Es normal que la niña quiera explorar el mundo. Tú ya lo hiciste en tu momento.

—Bueno, ¿y qué ha pasado, Lola?, cuenta...

—Pues me dijo el otro día que está destrozaíta la pobre. Cayó en la trampa y se enamoró la jodía.

—No me digas. Bienvenida al club, ni que fuéramos nuevas.

—Parece que conoció en un bar una noche a un ricachón guapísimo de esos de las películas. Cuarenta taquitos, ojos azules y pelo rubio a lo Brad Pitt.

—Oh, dios mío, ya me lo imagino. ¡Yo me eché hace poco uno igual que me duró una semana!

—Demasiado, pa' lo arrugada que estás ya. Que pareces la Claudia Schiffer de vieja...

—Habló de puta la tacones...

—Pues ella se hizo la guapa y la interesante... Que si vivía en un casoplón de Mallorca, que si estaba allí de vacaciones, que si era actriz y productora aquí en España...

—Pero si no tiene donde caerse muerta...

—El caso es que al Brad Pitt lo convenció y debieron de quedar un par de veces más. Y ella, pues, claro, muertita por sus huesos.

—Ay, señor, ya veo por dónde vas...

—Pues efectivamente, llegó el día y él se puso romántico y le dijo que por qué no se iban a pasar la noche a un hotel... Ella no quería, estaba muy nerviosa... Pero...

—¿Pero qué? ¿Aceptó? ¿Cómo se le ocurre, sabiendo lo que hay...?

—Y claro, cuando la empezó a desnudar, vio todo el pastel...

—Como para no verlo... con el tamaño que tiene...

—Pero qué bruta eres...

—Será mentira...

—Bueno, el caso es que el otro salió por patas y la pobre se quedó llorando como una magdalena. Y pa' chasco tuvo que pagar la habitación.

—Ay, mi pobre...

—Lleva una semana llorando sin parar...

—Pues haz el favor de decirle que se venga p'acá, que estos dramas, nunca solas, mejor acompañadas.

—Yo ya le dije, y me respondió sin perder el humor que la caracteriza: «icon mi *broken heart* y mi *crazy life*, esta loca está de vuelta!». 🌀

\*—  
Todos estos textos han surgido como relatos ficticiales a raíz de la lectura y el análisis de dos novelas latinoamericanas contemporáneas: *La virgen cabeza* (2009) de Gabriela Cabezón Cámara y *Tengo miedo torero* (2001) de Pedro Lemebel.

# Frontera de mí: oculta entre los síntomas

Valeria Canelas

*We are your healing spirit guides*

*La curandera,*  
Gloria Anzaldúa

Todo cuerpo es un mapa.

Las fronteras de los territorios trazan en ese mapa particulares interferencias. Se puede decir que existe una anatomía cartográfica: de un lado, la salud, del otro, la enfermedad. Pero también puede decirse que el concepto de salud se ha construido en base a una norma que descarta determinados cuerpos. La norma, entonces, construye también relieves infranqueables, niega los síntomas de ciertas vidas porque es preferible no insertarlas en un sistema de salud que se estructura en base a la exclusión. O porque, quizás, el sistema de exclusión que generan las fronteras se hace síntoma. Síntoma que, a su vez, es negado, excluido, silenciado.

*Te lo estás inventando para no venir a trabajar. Las mujeres son un poco neuróticas con las enfermedades. Si trabajas y estudias es normal que estés estresada y no puedas digerir la comida.*

Pareciera que hay cuerpos cuyo dolor no merece ser escuchado. Hablo, por ejemplo, de los cuerpos de las mujeres que migramos. ¿A partir de quién, de qué cuerpos, se establece la idea de salud y bienestar? ¿Hasta qué punto es una exclusión –frontera que se solapa con otras fronteras– de los cuerpos migrantes y racializados? *La mexicana* que migra –nos dice Gloria Anzaldúa– sufre serios problemas de salud por la vulnerabilidad constante que atraviesa. «Se enferma de los nervios, de alta presión». Las exiliadas del neoliberalismo (María Galindo *dixit*) se enferman, nos enfermamos, nos dolemos.

Y, sin embargo, lo que frecuentemente no se hace explícito es que el binomio salud/enfermedad funciona en sí mismo como una frontera, como un dispositivo de exclusión a partir del cual se reafirma determinada norma. Entre la salud y la enfermedad es generalmente el diagnóstico el que establece la frontera y todo síntoma que queda fuera de éste es inmediatamente puesto en cuestión. El cuerpo que padece es, entonces, interpretado –por el personal sanitario y por el sistema en su conjunto– a partir de otras coordenadas: negación de la experiencia, ridiculización del lenguaje con el que se intenta comunicar el dolor, aislamiento en una sintomatología «desviada».

Lo que llamamos *diagnóstico* –dice Gadamer en su libro *El estado oculto de la salud*– «es, desde un punto de vista formal, la subordinación de un caso dado a la norma general de una enfermedad, en el “separar y reconocer”, que es el verdadero sentido del diagnóstico, reside el arte verdadero». Gadamer está hablando en este fragmento de lo que él llama el arte de curar, que parte de la interpretación –en el sentido hermenéutico– del cuerpo y sus síntomas. Pero hay cuerpos cuyos padecimientos y malestares simplemente no se reconocen. Todo lo que no se subordina a la norma general de las enfermedades queda fuera y, en ese ejercicio de separación, experiencias enteras del dolor son silenciadas.

Entre autobiografía y tratado médico. Entre poema y cuadro de diagnóstico. Entre narración e informe de sintomatología. Comunicar el malestar, el dolor, siempre se intenta a través del lenguaje, pero el dolor ocurre a pesar de éste y lo pone a prueba e impugna su propia capacidad para representar un cuerpo que duele. Y, sin embargo, si conceptualizamos el dolor como algo enteramente subjetivo e incommunicable, estamos obviando la necesidad de construir una comunidad política a partir del mismo. Porque también existen epistemologías del dolor que la medicina, entendida como ciencia, usualmente silencia. Dice Tobin Siebers, en su libro *Disability Theory*, que a pesar de que se pueda entender el dolor como un espacio de recalcitrante individualidad, producto de su propia incommunicabilidad, es peligroso fortalecer lo que él llama el mito de la hiperindividualidad. Las experiencias del dolor también pueden generar comunidades políticas que combatan el aislamiento y la soledad de todos aquellos cuerpos cuyos síntomas son excluidos del binomio salud/enfermedad.

El ciclo neoliberal de la enfermedad:

Migras, atraviesas fronteras, dejas a un lado tu comunidad.

Encuentras un trabajo (o varios) cuyas condiciones precarias responden, precisamente, a la vulnerabilidad de la mano de obra migrante.

Empiezan los síntomas.

Vas al médico. Como los síntomas no se subordinan al diagnóstico, es decir, al catálogo de enfermedades surgido de una concepción de la salud y la enfermedad hegemónica, tu malestar es puesto en cuestión.

Soledad ante la invalidación de tu dolor. Aislamiento ante una sintomatología «desviada». Imposibilidad de costear un tratamiento alternativo. Situación más precaria.

Recuerdo un restaurante en el que trabajábamos una media de 50 a 55 horas a la semana. Algunas compañeras, además, limpiaban casas en su tiempo libre. Marta era una mujer ecuatoriana que llevaba bastantes años trabajando en cocinas. Se quejaba de que le dolía constantemente la cabeza y de que se mareaba todo el tiempo. Le habían hecho varios exámenes a lo largo de los años pero no le habían dado ningún diagnóstico. Estaba cansada de ir al centro de salud constantemente y de que menospreciaran sus síntomas. Meladia era una mujer filipina que trabajaba también en la cocina. Un día se mareó y se desvaneció en medio del servicio. No quería ir al centro de salud de nuevo porque siempre tenía que lidiar con un problema de traducción a la hora de comunicar su malestar, que nunca era tomado en cuenta. Evelyn era una mujer ecuatoriana que lavaba los platos. No tenía papeles y vivía constantemente angustiada. Había tenido varias molestias urinarias, pero no quería volver al centro de salud porque sabía que la iban a mirar con sospecha: *seguramente eran estrategias para no trabajar*. Quizás la conclusión lógica de tomar en serio todos los síntomas de las mujeres que migramos llevaría a afirmar que la explotación laboral hace que el cuerpo enferme. Pero el hecho de invalidar las experiencias del dolor de determinados cuerpos que sufren genera, entre otras cosas, un beneficio económico.

Ahora pienso que, sin saberlo, en la cocina de ese restaurante estábamos construyendo una comunidad del dolor y de la escucha. Compartiendo nuestros síntomas y nuestras experiencias, estábamos sanando todo el ninguneo al que habíamos sido sometidas por parte del sistema de salud del país en el que nos encontrábamos trabajando. Son estas comunidades las que frenan el ciclo neoliberal de la enfermedad que se alimenta de las fronteras. Son estos espacios los que, a su vez, revalorizan las epistemologías del dolor: *tu experiencia cuenta y conlleva un aprendizaje, tus síntomas no te aíslan, tu malestar es compartido y comprendido*. Ahora, con los años de distancia, veo el potencial político en todo esto, entiendo nuestras conversaciones como parte de un ritual de sanación y aprendizaje. Esas mujeres fueron mis guías espirituales de sanación, las curanderas en la escucha que me ayudaron a descifrar mi mapa, a reconocer mi experiencia de frontera oculta entre mis síntomas. ●

# Efecto lavadora

Cataclismo

Creía firmemente en lo que viví, así como en muchas de las historias conspiranoicas que me llegaban porque, en realidad, eran la misma.

Pero lo mío no le entraba en la cabeza a nadie. Tampoco le daban demasiada importancia. Eso me frustraba. Intentaron «ayudarme» como saben: etiqueta, encierro y tratamiento con química y correas. Le levantaron un muro a mi realidad, una frontera infranqueable. Cuando en confianza hablaba con alguien, ya no sabía si contar mis historias de viajes por el mundo y servicios de inteligencia amenazándome o lo que estaban haciendo conmigo en la mal llamada *Salud Mental*. No sabía qué era lo más urgente y, a través de la frontera a la que habían sometido a mi realidad –que soy yo–, tampoco tenía mucha credibilidad.

Pasaron años en los que daba palos de ciego. Mamá, nada va bien, hay que hacer algo. Pero me sentía como una niña pequeña: por un lado, tenía miedo y, por otro, no sabía proceder según las convenciones sociales. Recuerdo salas llenas de gente desconocida y largas irrupciones mías con propuestas que nadie alcanzaba a comprender. Yo pensaba que se debía a su ultra novedoso contenido, pero luego me analizaba en el recuerdo: voz temblorosa, manos temblorosas y lágrimas en los ojos. Me perdían las formas y el contenido se perdió.

Después intenté creer en la naturaleza de las cosas simples. Es fácil ser... medio hippy.

Hasta que una mañana dejé de creer en el verbo «creer»: la mañana que no amaneció. No sé qué filósofo daba por hecho que eso podía llegar a suceder, lo estudié en el instituto. Yo pensaba que era rizar el rizo, sacar de quicio las cosas. Hasta esa mañana, veinte años más tarde, de nuevo en el mismo instituto y de nuevo estudiando. Sólo podía mirar por la ventana boquiabierto y con una profunda tristeza. Me gustaría precisar, aunque conlleve autoestigma, que esto fue una realidad «de las serias», de las que llaman realidades consensuadas, es decir: no estaba solamente en la cabeza de una esquizoide. Como lo que yo traté de explicar durante años, tenía su causa; increíble, pero cierta. Había habido incendios de tal magnitud en toda Asturias que por eso parecía que estuviéramos en Marte.

El sistema de Salud Mental, la empresa de limpieza, los periódicos o alguien se ocupó de limpiar esa cenicienta suciedad en el cielo. Al poco ya no quedaba rastro de esos árboles, de esas historias calcinadas, como tampoco supimos nunca qué fue de la investigación que se llevó a cabo para depurar responsabilidades. Con esos árboles, la naturaleza de mi verbo «creer en la naturaleza», que lo es todo a su vez, se chamuscó. Tuvo serios daños. Procuro querer creer, pero el pasado y el futuro me resultan tan inciertos que me gusta que me abracen, me miren a los ojos, me mimen con un buen plato o mojarme con una lágrima. Salir del matrix éste tan raro. También y sobre todo me gusta que una ola fría del Cantábrico haga con mi cabeza lo que llamo el «efecto lavadora». Eso sí es un viaje, es sentir, sentir y sentir.

Aquí en Gijón, por razones de saneamiento –dicen–, no he podido experimentar esto en todo el verano.

Mierda.

# Derribar muros a golpe de mando

Dryadeh | @AndromeDry

Las fronteras son líneas reales o imaginarias que separan un estado de otro. Aplicadas a los videojuegos, son barreras invisibles que durante décadas han mantenido (o lo han intentado) a las mujeres alejadas de este terreno.

Comenzando por la industria del videojuego, casi todas las compañías cuentan con una plantilla compuesta en su mayoría por hombres. Las mujeres desarrolladoras suponen alrededor de un 22%, de acuerdo al estudio de la IGDA<sup>1</sup> realizado en 2014. La encuesta de satisfacción de desarrolladorxs (2017) señala que, además de estar poco representadas en esta industria, la mayoría de las trabajadoras lo hacen en calidad de *free-lancers*. El porcentaje es menor en España, situándose en el 17% según el *Libro Blanco del Desarrollo Español de Videojuegos 2017*.

Aunque el avance en este terreno sea más lento de lo que nos gustaría, al menos es una situación que comienza a visibilizarse. Y esto es gracias al trabajo de notables pioneras como *Carol Shaw* (primera diseñadora de videojuegos, programadora del *River Raid* y premiada en los *The Game Awards*), *Brenda Romero* (desarrolladora, guionista de RPG como *Wizardry* y cofundadora de los estudios *Loot Drop* y *Romero Games*), *Roberta Williams* (diseñadora, cofundadora de *Sierra Entertainment* y conocida por aventuras gráficas como *Mystery House*), *Amy Henning* (guionista de los tres primeros *Uncharted*) o *Jane Jensen* (programadora y escritora de aventuras gráficas, como la célebre serie de *Gabriel Knight*),

que abrieron el camino a nuevas voces femeninas actuales como *Rihanna Pratchett* (*Tomb Raider*), *Kim Swift* (*Portal*) o *Aya Kyogoku* (*Animal Crossing*).

Desde el otro lado de la pantalla, el camino también ha sido difícil. En la era del auge de los *e-sports* y la profesionalización de los *gamers* en competiciones que mueven cada vez más dinero, el acceso a los equipos profesionales parece vedado a las mujeres. En ocasiones, esto ha dado lugar a ligas masculinas y femeninas en un deporte en el que no hay ninguna distinción entre ambas que lo explique. Si bien existen los equipos mixtos, es complicado ver a mujeres en ciertas divisiones. Ha sido muy sonado el caso de la jugadora sur coreana *Geguri*, fichada por *Shangai Dragons* para competir en la Liga de *Overwatch* y considerada la mejor *Zarya* del mundo. Su manejo del personaje es tal que llegó a ser acusada de hacer trampas y tuvo que demostrar que su talento era genuino jugando en un escenario controlado. Resulta difícil imaginar a un jugador masculino viéndose en la misma situación. Al parecer, hubo unos cuantos *gamers* que no podían concebir que una mujer fuese tan buena.

Otras de las razones por las que se han creado equipos femeninos es la hostilidad que muchas mujeres han encontrado formando parte de equipos mixtos, incluso por parte de sus compañeros. Algunos han cosechado notables éxitos y

<sup>1</sup> IGDA: *International Game Developers Association*. (Asociación Internacional de Desarrolladorxs de Juegos).



# La cultura menstrual trasciende las fronteras

Lola Hernández

conseguido patrocinadores importantes, como es el caso del equipo Zombie Unicorns.

Fuera del ámbito profesional, las estadísticas dicen que las jugadoras, entre las que me encuentro, representan alrededor de la mitad del mercado. La Asociación Española de Videojuegos, en su último anuario, ha señalado que de los 15 millones de personas que juegan en nuestro país, el 53% son hombres y el 47% restante, mujeres.

Las cifras varían ligeramente en función del país, pero se podría decir que hay una cantidad similar de jugadores y jugadoras. Sin embargo, ésta no es la percepción social que se tiene dentro de todo el mundillo, donde en ciertos círculos persiste la idea de que los videojuegos son «cosa de hombres». Así lo ameritan, además de numerosos comentarios fáciles de encontrar en las redes, mitos como los de las «fake gamer girls»: mujeres que juegan para «gustar a los hombres» o excitarlos, representadas con lencería y mordiendo mandos. Aunque su origen se encuentra en modelos de fotografía erótica jugando a videojuegos como parte de un rol, la idea ha germinado y ha derivado en numerosas polémicas con streamers de Twitch, a las que se acusa de jugar con escotes pronunciados para conseguir visitas.

Ello ha llevado a considerar que existen dos categorías de mujeres que juegan: las de verdad y las que sólo «posturean». Para ir a parar a la primera categoría, a menudo nos vemos sometidas a juicio a fin de garantizar que *realmente* nos gustan los videojuegos. Suele consistir en preguntas que van desde el número de pelos del bigote de Mario Bros al tipo de juegos que jugamos (por lo visto hay juegos que cuentan para ser *gamer* de verdad y otros que a lo sumo te convierten en una «casual», como *Los*

*Sims*). Afirmar que te gustan los videojuegos no es suficiente para que *todo el mundo* te crea, si eres mujer. Por no hablar de los frecuentes insultos sexistas recibidos en chats de juegos *multiplayer*.

Aunque creo que estamos dando pasos de gigante en este aspecto, todavía quedan muchas barreras que derribar. Los medios de prensa especializada en videojuegos parecen haber tomado nota. Pese a que siguen estando en minoría, destacan muchas figuras femeninas dentro de la prensa nacional, como es el caso de Eva Cid (autora de *Portal o la Ciencia del Videojuego*), Lara Smirnova (presentadora de *Movistar Riders*) o Paula García (redactora en *Eurogamer*).

Otras iniciativas hacen temblar los cimientos del muro invisible, como el blog colaborativo Todas Gamers, la asociación Women In Games, la revista femenina sobre videojuegos *Terebi Magazine* o la asociación de mujeres desarrolladoras Fem Devs.

En definitiva, cada vez somos más las mujeres que cruzamos la frontera para reclamar el «país» de los videojuegos. Ya no nos colamos furtivamente, sino que lo hacemos a plena luz del día, después de escalar la muralla de los prejuicios. Lo hacemos solas o en pequeños grupos, preparadas para tender la mano a quienes vendrán detrás.

Si hay una conclusión que podemos extraer es la siguiente: llegamos para quedarnos porque, aunque haya a quien le cuesta entenderlo, *el mundo de los videojuegos también es nuestro*. 🎮

\*Puedes encontrar más información sobre este artículo aquí:  
<https://wakelet.com/wake/b872acc9-58d7-4ac1-bebc-aa7df55235eb>

Reconocernos y construir nuestra identidad como espacio propio y en interacción con lxs demás es un proceso que va más allá de las fronteras tangibles. Podemos jugar a crear y traspasar esos límites subjetivos de quiénes somos en relación a otros seres.

Pero este juego interactivo, ¿es realmente igual para todxs?

¿Qué ocurre con aquellos cuerpos que experimentan procesos cuya presencia es motivo de discriminación y violencia desde temprana edad? ¿Este aspecto afectará a la construcción de la identidad y a la relación con lxs otrxs? ¿Y si este hecho lo vive el 50% de la población de este planeta y tiene lugar aproximadamente una vez al mes durante quizá una media de 40 años a lo largo de su vida?

Sí, me estoy refiriendo a la menstruación.

En este momento hay millones de mujeres en el mundo que están siendo expulsadas de sus hogares por menstruar, no tienen acceso a productos de higiene menstrual o a instalaciones donde usarlos, están dejando de ir al colegio o al trabajo por el rechazo de la sociedad hacia la menstruación y están siendo objeto de burla y discriminación.

También hay muchas mujeres que ahora mismo están sufriendo cólicos y dolores menstruales insoportables y están siendo culpabilizadas de su dolor o considerándolo como *algo normal*.

A lo largo de nuestra vida pasamos por la experiencia de menstruar de la manera en la que nos es posible: sobreviviendo a la vergüenza, al rechazo hacia la sangre menstrual y, por lo tanto, al miedo a mancharnos con ella.

En una sociedad patriarcal, lineal y productiva no hay cabida para los cuerpos cíclicos. Ni tampoco espacio para tomar conciencia de que la menstruación es un síntoma de salud; o que conocer nuestro ciclo menstrual es una



En una sociedad patriarcal, lineal y productiva no hay cabida para los cuerpos cíclicos. Ni tampoco espacio para tomar conciencia de que la menstruación es un síntoma de salud.



gran oportunidad para emprender el camino de vuelta al cuerpo y aprender a sernos fieles a nosotras mismas, estableciendo lo que puede ser una buena estrategia de autocuidado: el uso de los límites.

Por otra parte, hay límites que no deberían ser traspasados y se convierten en agresiones cotidianas. Por ejemplo, la interiorización de que la menstruación es un obstáculo, una maldición o incluso una enfermedad común a todas las mujeres. O cuando en la consulta ginecológica silencian nuestro dolor con el uso de la píldora anticonceptiva como único remedio. También cuando hemos sido ridiculizadas con la legendaria frase: *hay que ver cómo te pones, seguro que estás con la regla*.

Cuando empecé a conocerme a través del ciclo menstrual me di cuenta de lo que desconocía mi cuerpo, y comencé a incorporar estrategias de escucha interna y autocuidado de manera cíclica. Entonces me comprometí a compartir lo que iba descubriendo con otras mujeres, y así fue cómo se fue forjando el deseo y la necesidad de impulsar un movimiento de cultura menstrual llamado La Caravana Roja\*, partiendo de una hipótesis:

*Si nos deshiciéramos de los tabús que nos han transmitido sobre nuestro cuerpo, sexualidad y menstruación... el mundo sería diferente.*

Empecé compartiendo esta premisa con mis amigas y más tarde la llevé a los centros de trabajo en los que desarrollo mi profesión como psicóloga. Muchas mujeres me decían que tenían depresión o ansiedad una vez al mes. Yo les preguntaba si habían identificado la fase del ciclo menstrual en la que se encontraban cuando experimentaban ese malestar que ellas catalogaban como patológico. Algunas de ellas nunca se lo habían planteado, pero otras me miraban fijamente a los ojos y, asintiendo con la cabeza, verbalizaban que ocurría los días previos a la menstruación o durante la misma.

Juntas, trazamos una ruta por el ciclo menstrual, como un mapa para nuestro autoconocimiento, siendo conscientes de los cambios físicos, psíquicos y

emocionales que se producen en las diferentes fases y de cómo este conocimiento puede convertirse en un aliado para nuestra salud.

Juntas también desechamos la etiqueta de *depresiva* o *ansiosa* y preferimos hablar de *cíclica* o *cambiante*. Y así fuimos creando conocimiento compartido que nos sirviera a cada una en el proceso vital propio para cuestionar los mensajes negativos que hemos ido interiorizando sobre la menstruación y, al fin y al cabo, sobre nuestros cuerpos.

Sólo juntas podemos nutrirnos y aprender las unas de las otras ante la escucha de testimonios sobre la primera vez que vimos nuestra sangre menstrual, la indignación ante la vivencia oculta y reprimida de la sexualidad por el hecho de ser mujeres, o la búsqueda creativa de alternativas para transformar lo aprendido en nuevas alianzas y compromisos con nosotras mismas.

Hay fronteras que son tangibles, definidas y dolorosas. Como las que marcan las diferencias entre los privilegios de pertenecer a un determinado cono en el mapa terrestre. En este sentido, la difusión de la cultura menstrual explora las prácticas y hábitos acerca del ciclo menstrual a través del arte, la educación o la salud para cuestionar las creencias que nos transmitieron y encontrar más fácil el camino de vuelta a casa, al cuerpo, nuestro territorio.

Es desde la óptica feminista e intercultural como la cultura menstrual puede extenderse y expandir sus alas. No creo que éstas nos sirvan para alcanzar la plena y total libertad, pero de lo que sí estoy segura es de que nos ofrecerán un mayor nivel de toma de conciencia para hacer frente a un sistema que nos quiere enfermas, anestesiadas y carentes de información. Por eso es necesario que la cultura menstrual trascienda las fronteras, para comenzar la revolución interna que desembocará en el mundo exterior. ●

\*<https://lacaravanaroja.com/> |

## Re- tales

Adela Briansó Junquera

En Argentina el aborto sólo es legal en caso de violación o si la salud de la persona gestante corre peligro, por lo que la mayoría de abortos ocurren en contextos clandestinos. Es difícil estimar el número de abortos, pero es seguro que miles de mujeres y cuerpos gestantes arriesgan su salud y sus vidas. Muchxs mueren, sobre todo lxs más pobres. A principios de 2018, el gobierno argentino aceptó debatir la propuesta de ley de la Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) por primera vez después de seis intentos. La propuesta de ley, firmada por la Campaña Nacional por el aborto legal, seguro y gratuito, planteaba mejorar la educación sexual, el acceso a anticonceptivos y legalizar el aborto hasta la semana 14 sin condiciones.

La Cámara de diputadxs debatió el derecho a la interrupción voluntaria del embarazo durante meses. En junio, 129 votos a favor, 125 en contra y una abstención decidieron que la propuesta pasaría al Senado. Sin embargo, el 8 de agosto el Senado votó en contra: 31 a favor, 38 en contra y dos abstenciones. Pero nada acaba. Los últimos meses han supuesto un cambio en el discurso y la normalización del aborto voluntario para gran parte de la sociedad argentina.

Los párrafos que a continuación aparecen son testimonios de mujeres argentinas que abortaron voluntariamente en su país y en el mundo. Retales, fragmentos de historias complejas. En todas, la clandestinidad distorsiona los límites, las fronteras.

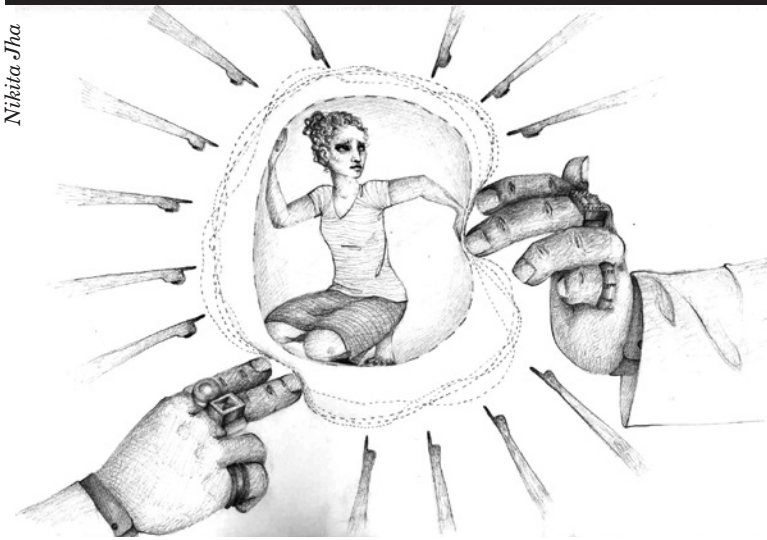
Todos los nombres son ficticios. Una invitación a reflexionar sobre los cuerpos, las leyes, la culpa construida, el dolor físico, las familias. ■

**LAURA** | Que quede claro que abortar es el último recurso. Nadie quiere abortar. Es un proceso tremendo para las mujeres, para el cuerpo.

**VALERIA** | Queríamos hijos, pero no en ese momento. No queríamos armar la pareja en base a un hijo, sino al revés. Decidir cuándo. No fue un trauma, nunca sentí ninguna presión. Pero el andar escondiéndote es tremendo.

**MARIELA** | Mi madre vino un día y me dijo: decime lo que tenés que decirme. No sé cómo se enteró, si fue intuición, o qué. Yo tomé la decisión y luego otras personas accionaron por mí, yo estaba abrumada. Aquí, en Argentina, el aborto es casi siempre ilegal. En el primer intento conseguí Misoprostol, las pastillas para abortar en casa. No tenía información, me fié de lo que contó una amiga y las utilicé mal, así que no sirvió. Para el segundo intento ya habían pasado tres meses y, claro, el riesgo es mayor y cada vez más peso sobre los hombros... Fui a una clínica privada. El trato con el personal no fue malo, pero fue como medio brusco. Me anestesiaron antes de que llegara el médico o médica que me hizo el aborto, nunca le vi la cara. Y todo el rato sentía una división... ¿yo soy víctima o delincuente?

Nihita Jha



**MATILDA** | Te atendía el tipo en su despacho lleno de fotos de bebés, era bastante impactante. Recuerdo que lo que más me llamó la atención eran sus manos, porque eran muy grandes, muy masculinas, casi violentas. Tenía anillos enormes, de oro con piedras. Yo pensé: es un mafioso. La sensación era de mafia, no de médico. Él era muy amable, muy simpático, todo muy bien, muy correcto... a mí me dio asco, sinceramente. Me dio asco. Yo no sentía que estaba en el consultorio de un médico, sino de un mafioso. Y eso es muy impactante, porque es una persona que va a intervenir sobre tu cuerpo y no tienes otra opción.

**MEGAN** | A las diez de la mañana fui al médico en Bélgica, para abortar. Como el embarazo superaba los tres meses por unos días, me recomendaron ir a Holanda. Allí el aborto se hace hasta la semana 21. Mi hospital me gestionó la cita. A las dos de la tarde estaba en el coche, con mi madre y mi hermana. Conduje hasta Ámsterdam, un par de horas, me recibieron en el hospital. Me hicieron la intervención. Informada, tranquila.

**ANA** | Estaba como muy vulnerable... pensaba: ¡uy! si me pasa esto a mí, la puta, qué voy a hacer, en este país, es ilegal. En Argentina vas presa por este tema. La primera vez tenía 21 años, una falta de información grandísima, utilicé Misoprostol, me ayudaron las mujeres de un colectivo de acompañamiento en abortos seguros. (...) Conseguí las pastillas, una amiga vino a casa. Ni mis padres sabían nada... clandestino en todos los sentidos. Por creer mitos que escuchaba de gente acerca del sexo, por ignorancia, por tabúes, por el pudor que me daba hablar del tema como algo natural.

(...) Sigue existiendo el número de teléfono de este colectivo de mujeres que me ayudaron. En ese momento no se sabía tanto que existía, ahora es más conocido esto... yo, suerte que tenía una amiga que me lo dijo. El feminismo en Argentina existía, pero era más selectivo.

La segunda vez, tomaba la píldora y un día me olvidé. No es que no me cuidara (...). Me iba a mudar a España, así que esperé a llegar, porque allá es legal, claro. Una vez en Barcelona fui a una clínica. Fue algo resimple, nada que ver. No me sentí juzgada, no sentí que estaba haciendo algo prohibido. El miedo que tuve en Argentina fue... distinto, tremendo. Si fuera legal, lo hacés, ta ta y ta, y listo. Por lo visto si pasa algo y se enteran de tu aborto en el hospital te hacen unas preguntas horribles, te preguntan... imaginate... horrible. A mí cuando me preguntó una ginecóloga le dije que había tenido un aborto espontáneo, porque no sabía si me podía juzgar, denunciar (...). Tenía pánico.

**LARA** | Recuerdo la sensación de vacío de después.

**LUNA** | Recuerdo el alivio de después.

# Y después de la menopausia, ¿qué?

**(Juana, 61)** Antes de que la tuviésemos sabíamos que era un ciclo de la vida que te iba a llegar. Otras amigas y compañeras la habían tenido años antes, años después.



**(María, 59)** ¿La menopausia? ¡Una liberación! Cierto es que alteró mi cuerpo con algún sofoco y puntuales desajustes en el sueño, todos ellos muy llevaderos. Pero, desde luego, mereció la pena.

Liberó a mi cuerpo de abundantes y prolongadas hemorragias que me impedían hacer vida normal durante casi dos semanas al mes y pude eliminar de mi vida las compresas y los forros en la cama. Dejé de echar cuentas sobre «¿cuándo me toca?», para decidir si hacía escapadas de mi casa o no. Me olvidé de lo mal que se siente una cuando al levantarse de un sofá o colchón ajeno ve una mancha de sangre. Nunca más soporté el dolor de barriga y dejé de doparme.

Se habla de la menopausia como un hito negativo para la mujer. Y nunca he compartido tal afirmación, ni antes ni después de haberla vivido. La entiendo como un cambio fisiológico que trae consigo el fin del ciclo vital reproductivo y el final de las penurias de la regla. En mi caso, además, me trajo ¿o es una coincidencia? una mayor apacibilidad.



**(Rosa, 59)** Alteración del sueño, pero mejor humor.



**(Loli, 62)** Me enteré de que tenía la menopausia sencillamente porque no me vino la regla ese mes. Yo pensé que igual estaba embarazada porque tenía 47 años, pero al mes siguiente tampoco me vino. No noté absolutamente nada. Cuando fui al médico me

dijo que tenía menopausia. Quedé encantada de la vida, porque de repente se me habían pasado todos los dolores de cabeza que me daba la menstruación, los dolores de barriga, en fin... lo sentí como una liberación. Ya no tenía que preocuparme de quedarme o no embarazada y mejoré mis relaciones sexuales por ese motivo.

Todo el mundo te asustaba con que ibas a tener sofocos, te ibas a encontrar fatal, ibas a engordar... y de repente yo no sentía sofocos, no engordé, y me sentía mejor que nunca porque ya no tenía déficit de hierro. Al tener las pérdidas cada mes resulta que me bajaba el hierro mogollón. En fin, para mí todo fueron beneficios, de verdad. Otra cosa, no quise someterme a la terapia hormonal sustitutiva, porque te colocaban un parche y ahí venga a generar estrógenos. Me negué a eso, creo que fue lo mejor que hice. ¿Efectos secundarios? Bueno, a lo mejor se aceleró un poco el proceso reumático, pero ningún otro más.



**(Teresa, 53)** Se supone que tenía que ser una etapa de tranquilidad y para mí está resultando una pesadilla. Sequedad vaginal, tristeza, palpitaciones, muuucho calor.



**(Bego, 57)** Al principio la médica me trató un poco como de ignorante, y como insistí en que me explicase, me soltó todo un rollo, una jerga médica en la que de lo único que hablaba era de las cuestiones físicas hormonales. Y bueno, salí con una sensación bastante desagradable y decepcionante de aquel sitio, y lo siguiente que hice fue ir a buscar a una amiga mía que me lleva unos cuantos años. Fui porque me acordé de que a ella a veces le pegaban unos sofoconazos de calor de

la hostia. Entonces dije, «esta cabrona ya tiene la menopausia». Me fui donde ella y le monté un pollo porque le dije que ya le valía, que aquí todo el día estábamos con el rollo feminista p'arriba y p'abajo, que resulta que tenía la menopausia y que jamás lo había mencionado en voz alta, y que no tenía ni puta idea de lo que era porque la mayoría de las mujeres que estaban a mi alrededor que podían tenerla en ese momento o que ya la habían iniciado hacía tiempo, o que estaban alrededor de ella, no me habían dicho ni Pamplona.

Yo creo que tiene muchos efectos también positivos, por ejemplo: para mí, el dejar de comprar compresas o tampax en mi economía me ha afectado. Eso, por un lado: ya no estamos dando de comer al negocio ése. Y luego, por otro lado, en el tema de la sexualidad, por ejemplo, he descubierto cosas en la menopausia que anteriormente no había experimentado en cuanto a sensaciones, no sé si es una coincidencia. Descubrí el «chorro de la felicidad», que es la eyaculación. Yo lo llamo «el chorro de la felicidad» porque te lo pasas muy bien. Luego, aceptar los cambios de tu cuerpo, aceptarte como eres... no sé, para mí trajo muchas cosas positivas. A mí se me disparó la libido, y normalmente dicen que se reduce. Sí es cierto que la elasticidad vaginal se reduce, pero es una cuestión física por los efectos hormonales. Y luego, otra cosa que me pasó fue que, por ejemplo, dicen también que con la menopausia se duerme menos, y yo, sinceramente, a partir de la menopausia no sé qué coño me pasa que duermo estupendamente, duermo mejor que antes que no la tenía.



**(Pili, 77)** La atención médica en este centro era bastante decente para la época, de forma que me pusieron un tratamiento para evitar los sofocos, que

era una sintomatología muy desagradable. Luego me dijeron por otras fuentes que ese tratamiento no debía utilizarse.



**(Carmen, 64)** En mi caso me quedé un poco perpleja al ser tan joven. Pero tengo antecedentes, a mi madre le ocurrió exactamente lo mismo. Y bueno, me dieron todo tipo de dolores: el oído, la espalda... «patología banal». Pero al mismo tiempo has dado un salto en la evolución de tu vida, has pasado la menopausia. Eso suponía que era más mayor, habías dado el salto que habían dado otras mujeres. Nada de ser menos mujer, porque, además, me vino estando en plena crianza, tenía una niña de 3-4 años que necesitaba muchísima energía y eso es lo que me tenía... más que la menopausia... ¡se me juntaron las dos cosas! Se me juntó joven menopáusica, que eso ya tiene una connotación: premenopáusica. Cuando me pusieron en los papeles médicos dije: «¡Ah! Premenopáusica... ¡Pues qué pronto...!». Si ya le ponen un título, ya dices: «Uhm, ¿qué me pasa a mí si le están poniendo un título?». Pues que unas antes y otras después. Como estoy en contra de las clasificaciones, pues ya me contarás.



**(Tina, 74)** Es un cambio, pero yo lo tenía muy asumido y razonado.



# Fronteras sin peldaños. Historias de «nosotras estuvimos allí»

Elena Prous

En la escena, una asamblea, una de tantas. Se dibuja un grupo de cojas y su costumbrista juego de sillas de ruedas, donde las rodillas, a riesgo de golpearse con la mesa, guardan una prudencial distancia con la misma. Entre la maquinaria para desplazarnos, se intercalan otras bípedas que podríamos denominar poco corrientes por demasiadas características. Gente rara que se encuentra en los intersticios del activismo político un día cualquiera.

Cerveza con pajita para alguna *–me das, me pones, me quitas–* se verbaliza intercalado entre ideas, quejas e historias de *yo me lo monto así*. A la par, los cuerpos se marcan sus pequeños gestos particulares, un brazo por detrás del respaldo de la silla, una pierna se extravía por algún espasmo, o alguna lúcida y pequeña mente dispersa interrumpe más allá de las normas de la asamblea para expresarse. Permiso concedido siempre para ser como se es, diversa funcional.

Así recordamos muchas asambleas que empezaron, al menos para nosotras, en las plazas. Las personas con diversidad funcional queríamos vomitar lo que vivíamos y queríamos encontrarnos cuerpo a cuerpo en otros espacios que no fueran las redes.

Esto suena a historia de *yo ya estuve aquí*. Pero es que tenemos un recorrido sacando la cabeza como tortuguitas en un estanque lleno de mierda. Unas cañas y otras excusas nos continúan sirviendo a este

grupo de cojas para no olvidar de qué nos conocemos y qué hacemos, para sobrevivir al imperio del negocio de la discapacidad.

Tenemos momentos de desidia donde seguimos dando explicaciones constantes sobre lo que somos, a la espera de la era en que el capacitismo suene a barbarie; y ratitos de mechero en mano, donde nos apoyamos para que huelga a fuego reventando escaleras, aunque sea con cuatro emoticonos o un troleo adecuado en twitter.

Continúan las batallas cotidianas que muestran cómo nuestra sociedad poco o nada sabe de nosotras. Con suerte, nos incluye en un trabajo de fin de máster con las preguntas adecuadas o alguien se disculpa rapidito después de un glorioso «minusválida» o un «pero, ¿qué edad mental tiene tu hijo?».

Parece que fuera de nuestro cosmos no hicimos nada. No tenemos diplomas, ni reconocimientos institucionales. El tiempo empleado se disipa entre obligaciones, y las grandes ideas se apilan en cuadernos políticos en busca de refuerzos. ¿Dónde queda el conjunto de procesos que nos componen hoy? ¿dónde quedan para otras las lecciones aprendidas?

Sabemos que no continuamos en el mismo lugar porque podemos reconocer lo que hemos cambiado nosotras. Cómo los cruces destapaban mentiras y reforzaban ideas borrosas que hoy tienen forma y nombre. Sin embargo, el enredo que nos mantiene invisibles está grapado al lugar desde donde cambiamos; en la frontera donde nos conocimos, ahí continuamos.

Continuar en la frontera resulta un valor en sí mismo porque es el lugar donde siguen transitando los cuerpos y las ideas que, como la diversidad funcional, no tienen cabida en un sistema que busca unificar rarezas y transformarlas en un modelo similar que entender y controlar. No reconocernos iguales es entendernos. Entender que nos sentimos dañadas y que buscamos en los márgenes la salida a vomitonas de injusticias.

Las alianzas entre las personas con diversidad funcional y otros colectivos han sido muy



@colorae

ricas en la frontera porque es el espacio donde se da el movimiento constante y se da cabida a nuevas realidades que, en busca de su sitio, se encuentran con el lugar de nadie, donde estamos tantas.

Pasó cuando las personas con diversidad funcional mirábamos la lucha de las personas racializadas de los años 60 y repetíamos esto de *es lo mismo que si un cartel dice «negros no», las barreras son carteles segregacionistas*, pasó y pasa con los colectivos transfeministas cuando vemos en nuestros cuerpos otras lecturas que no son ser hombre o mujer, porque los cuerpos con diversidad funcional vivenciamos en la carne por muchos canales en vías de exploración. Pasa con las loques y la presión del sistema médico-rehabilitador que se niega a ver la riqueza de formas de procesar la información que cuando son escuchadas siempre suman.

Son posiblemente tantos los cruces que fueron importantes, como para sentir que en el centro pasan cosas vistosas, monumentales. Pasan las que acogen los libros. Pasan grandes cosas y a su vez no pasa nada que nos interese más y nos aporte más que lo que vivimos desde la frontera. Pero el encuentro requiere mimo, tiempo, escucha, pequeños gestos para que todas seamos parte, y eso no tiene cabida desde el púlpito de la norma y la lógica única.

La fuerza de los pequeños nodos ha sido tanta como para cuestionar qué era ser capaces o discapaces desde el FVID\*, como para tener un hueco en el 15M y tomar las plazas para vernos las caras. Hemos tratado de llevar la asistencia personal a la crianza para cuestionar desde pequeños qué es esto de construirse desde la diversidad funcional. Otras compañeras han puesto del revés la sexualidad con *Yes, we fuck* y el post-porno, mientras seguíamos de cerca a *En torno a la silla* y su vuelta del diseño del cuerpo y para el cuerpo, y comenzábamos esta

primavera marcando el día del Orgullo loco en nuestra agenda como indispensable tras la resaca de unas *Jornadas Cojas, transfeministas y otras rarezas*.

Las historias de *nosotras estuvimos allí* dejan al descubierto una invitación a pensar las realidades de la diversidad funcional desde los márgenes para continuar enriqueciendo la frontera desde y para la frontera, aceptando su naturaleza invisible para el centro.

Tal vez el deseo no satisfecho del reconocimiento del centro no es el principal objetivo o no necesitamos que lo sea. Sin embargo, la llamada a otras personas con diversidad funcional a pensar desde aquí es un grito que nos hierve a diario. No es incompatible vivir o tratar de hacerlo con los mecanismos existentes y criticarlos y tratar de cambiarlos. Somos un colectivo acostumbrado a dar las gracias porque las carencias son muchas y nuestras vidas muy caras en un sistema donde el capital marca el paso.

Soltar el paternalismo del sistema da un miedo atroz, pero existe refugio en la frontera, porque las personas con diversidad funcional no estamos solas, pero tenemos demasiados tramos de escaleras para verlo y cuesta descubrir que a veces renta tirarse por alguna o treparla para ver qué hay al otro lado. Os animamos a hacer la prueba, pólvora ya tenemos, pero nos faltas tú. 🍌

\*FVID: Foro de discusión en internet de personas con diversidad funcional y afines. <http://forovidaindependiente.org/que-es-el-fvid/>

## La especie: ¿última frontera de la justicia?

Catia Faria

Es un cliché: la mayoría de nosotres buscamos una sociedad más justa. Ello no implica que todes tengamos la misma concepción de justicia. De hecho, la divergencia empieza cuando intentamos contestar a la pregunta *¿qué es para nosotres una sociedad justa?* Nuestra respuesta estará probablemente sesgada por la posición que asumamos en la sociedad. Si somos ricos, probablemente estaremos a favor de la libertad de ganar dinero y disfrutar de los frutos de nuestros esfuerzos. Si somos pobres, es más probable que estemos a favor de un sistema que redistribuya la riqueza. Intentemos, ahora, contestar a la misma pregunta imaginando el siguiente escenario:

No sabes el tipo de persona que serás en la sociedad que vas a diseñar. Lo que tienes que hacer es construirla detrás de un *velo de ignorancia*<sup>1</sup>. No sabes si acabarás siendo negra, blanca, con diversidad funcional. Si vas a ser heterosexual, homosexual, hombre, mujer, cis o trans\*. Si vas a nacer en una familia rica de Noruega o si vivirás en la pobreza extrema en un barrio de India. Quizás, incluso, seas de una especie diferente. Simplemente, no sabes lo que te tocará. ¿Qué elegirías como justo en tales circunstancias?

Está claro que elegiríamos igualdad entre individuos más allá de todas estas características particulares y seguramente afirmaríamos que, si ciertas desigualdades siguieran existiendo, la sociedad debería organizarse para favorecer los intereses de quienes están en peor situación. Porque eso es lo que nos gustaría en el caso de que nosotres estuviéramos en ese lugar.

El feminismo ha definido el sistema de organización social y político patriarcal como indudablemente injusto, ya que está fundado en

la consideración y el trato desfavorable de unas personas frente a otras por razones arbitrarias de género (aunque intersectado por otros factores) que se manifiestan y nutren la existencia de desigualdades estructurales. Sabemos que estamos delante de una desigualdad estructural cuando la consideración y el tratamiento desigual no sólo está presente en las actitudes discriminatorias de la gente, sino que es sistemáticamente respaldado por el normal funcionamiento de las instituciones sociales (gobierno, educación, corporaciones, sistema de salud, sistema jurídico, etc.). De forma similar, la desigualdad estructural puede ser observada con respecto a todes aquellos que no pertenecen a la especie humana y que son explotados y discriminados por la amplia mayoría de seres humanos, individual e institucionalmente. Se estima que anualmente se matan más de 60.000 millones de mamíferos y aves<sup>2</sup>, y aproximadamente 2 billones de animales acuáticos para la obtención de productos alimenticios, sin contar con su empleo

<sup>1</sup>Este experimento mental fue desarrollado originalmente en Rawls, J. (1997 [1971]) *Teoría de la Justicia*, México: Fondo de Cultura Económica.

<sup>2</sup>FAO - Organización de las Naciones Unidas para la alimentación y la agricultura (2018) «Ganadería primaria», FAOSTAT – *Datos sobre alimentación y agricultura*, <http://faostat.org/faostat/es/#data/QL>.

Normalmente no somos conscientes de los privilegios que tenemos porque el sistema funciona, en general, a nuestro favor. El caso del especismo resulta particularmente evidente.



la frontera es  
una construc  
ción social  
DE  
RRÍ  
BA  
LA

Araceli Pulpillo

para otros fines, como la producción de ropa, el entretenimiento o la investigación. Paralelamente, un número aplastante de animales no humanos son desatendidos cuando sufren por causas ajenas a la acción humana: enfermedades, hambre, condiciones climáticas extremas o catástrofes naturales. Estos fenómenos son manifestaciones del especismo. Es decir, de la discriminación de determinados individuos basada en la especie a la que pertenecen. Estos animales son individuos sintientes, lo que significa que pueden ser afectados de forma positiva (disfrutar) o negativa (sufrir) por lo que les ocurre. Por ello, tal y como los seres humanos, tienen unos intereses básicos en no sufrir, en no morir y en disfrutar de sus vidas. El especismo está, así, tan injustificado como otras reconocidas formas de discriminación. Y la razón es la misma: considerar o tratar de forma desfavorable a unos individuos frente a otros, a pesar de que tienen intereses similares. Cuando pensamos en cómo debemos actuar hacia alguien, la especie es un criterio tan irrelevante como puede ser el género, por ejemplo. Ni uno ni otro criterio condiciona la capacidad de alguien para sufrir o disfrutar de su vida y así poder ser perjudicade o beneficiade por nuestra acción.

¿Qué defenderíamos, entonces, como justo si ignoráramos la especie a la que pertenecemos? Evidentemente, individuos que no supieran si son humanos o no humanos, no escogerían un principio que permitiera la discriminación por especie. En la práctica, ello implicaría una organización social y política que promoviera la alteración de hábitos de consumo y de rechazo a todas aquellas prácticas que suponen la muerte y el sufrimiento de los demás animales, transitando, entre otras cosas, hacia el veganismo. Por otra parte, dada la situación terrible en la que se encuentra la mayoría de animales en la sociedad actual, ello implicaría trabajar activamente

para transformar las actitudes especistas y atender en la medida de lo posible a los intereses de los no humanos que estén en situación de necesidad, más allá de la frontera de la especie.

Normalmente no somos conscientes de los privilegios que tenemos porque el sistema funciona, en general, a nuestro favor. El caso del especismo resulta particularmente evidente, dada la cantidad de beneficios que se derivan de ello para nosotros. En una sociedad justa, sin embargo, el privilegio de especie dejaría de ser usado para ocultar y perpetuar los sistemas de poder actuales que garantizan la desigualdad y la discriminación de los demás animales y sería empleado para abolir tal sistema. En una sociedad justa, nuestro privilegio de especie sólo estaría justificado si sirviera para favorecer los intereses de quienes están peor, los no humanos. Eso es, como vimos antes, lo que nos gustaría en el caso de que estuviéramos en su lugar. ●

## Ma- chi- rulos, ¿tole- rancia cero?

Laura Macaya-Andrés

Las recientes reformas del Código Penal español, principalmente las del 2010 y 2015, se han caracterizado por endurecer las penas y las medidas penitenciarias de un Código Penal que ya antes de estas reformas era *el más duro de Europa*, como bien habían destacado incluso los legisladores que las llevaron a cabo. La violencia de género y especialmente la violencia sexual han servido para justificar estas modificaciones, entre las que se encuentra la aplicación automática de la libertad vigilada una vez cumplida la condena recaída en sentencia por delitos contra la libertad sexual. Es cierto que el sistema capitalista dispone de una extraordinaria capacidad para instrumentalizar las demandas sociales y sus señas, pero no podemos ignorar que también los movimientos feministas hemos contribuido a que esto sea posible.

El eslogan que da título a este artículo ha sido utilizado por parte de colectivos feministas autónomos y antifascistas y replicado por algunos colectivos libertarios. Más allá de la palabra *machirulos*, lo que me llama la atención es la actitud que se prescribe ante ellos: tolerancia cero. Las políticas de *tolerancia cero* han sido características de los sistemas de control actuarial, típicas del neocapitalismo, basadas en la represión preventiva de supuestos grupos productores de riesgo para el sistema y la aplicación de penas ejemplares. El uso de esta estrategia por parte de movimientos que pretenden la transformación individual y la revolución social muestra cómo, sin tener la intención de hacerlo, podemos contribuir a alimentar las lógicas punitivas de los actuales sistemas de control.

Lo que me resulta más problemático no es que exista un feminismo que entienda que el sistema

penal, la persecución policial y el encarcelamiento son las principales herramientas para combatir las violencias de género, sino que lo más preocupante es que desde feminismos autónomos y antiautoritarios, e incluso organizaciones libertarias transversales, se reproduzcan ideas y prácticas que fortalecen las lógicas de castigo.

Las críticas que voy a desarrollar en las líneas siguientes pueden resultar incómodas, también para mí, puesto que no he estado exenta de sostener algunas de las cuestiones sobre las que ahora prevengo en otros momentos de mi militancia política.

### Abajo los muros

En primer lugar, cabe señalar que la cárcel y el sistema penal no han resultado útiles para acabar con las violencias de género y además han contribuido a alimentar el sistema heteropatriarcal.

La pena privativa de libertad fue instaurada de forma mayoritaria como método de castigo de los estados occidentales a finales del s. XVIII y principios del XIX, ahora bien, se suele ignorar que la reclusión de las mujeres era una estrategia utilizada desde finales del s. XVI con la finalidad de «corregir» y «reformar» sus «inclinaciones perversas». Estas primeras cárceles de mujeres, que en el s. XVII representaban la pena más utilizada para castigar a las mujeres pobres, vagabundas y pequeñas delincuentes, aportan claves muy valiosas para entender la concepción que los sistemas punitivos han construido sobre la subjetividad de las mujeres y su relación con la vulneración de la norma. Las mujeres que delinquen continúan siendo consideradas como representantes de la desviación de género y las cárceles que las encierran como sistemas de «corrección» de estas feminidades descarriadas, como bien muestran las críticas que los colectivos de apoyo a mujeres encarceladas articulan en torno a los talleres feminizados en prisión o las mayores condenas a mujeres que a hombres por los mismos delitos. La cárcel y el sistema penal son tecnologías de género, esto es, instrumentos útiles para la construcción y el fortalecimiento de la feminidad hegemónica y tradicional.

Por otra parte, el sistema penal y sus prisiones son una de las principales estrategias de represión contra todas aquellas personas más pobres, vulnerables y transgresoras de la sociedad. Las

normativas punitivas se aplican de forma desigual en base a los criterios clasistas, racistas, sexistas y lgtbifóbicos de los modelos de distribución jerárquica del sistema capitalista. Por ello, cabe esperar que las mujeres que pertenezcan a las clases sociales más explotadas y estigmatizadas no sólo no sean reconocidas en sus demandas cuando acceden, si es que lo hacen, al sistema judicial, sino que además puedan ser más fácilmente castigadas por el mismo. Por poner un ejemplo, muchas mujeres trabajadoras sexuales, trans, migradas que se ocupan en el espacio público relatan con frecuencia a las entidades y asociaciones que las apoyan que, cuando intentan denunciar a la policía los ataques que sufren, tales como robos o agresiones verbales o físicas, son ignoradas y ridiculizadas y resulta muy difícil que se acojan sus denuncias.

Apelar a la resolución penal de la violencia de género supone legitimar la propia institución penal y penitenciaria, la misma que genera sufrimiento a las mujeres más estigmatizadas y con menos recursos económicos.

### Machete al machote

¿Pero de qué forma el feminismo autónomo o libertario podría estar siendo cómplice o facilitando todo esto si no apela directamente a la resolución penal de la violencia de género?\*

En primer lugar, se interpreta el heteropatriarcado como un sistema de poder en el que el hombre es establecido como *sujeto* opresor y por tanto como el lugar de existencia social y política, dotándolo incluso de capacidad para definir el funcionamiento de las normativas de género. En contraposición, la mujer es establecida como objeto oprimido, sólo definida por este sistema de poder, sin capacidad de incidencia en su definición y como soporte físico de agresiones.

Esta perspectiva es muy problemática porque al establecer a la «mujer» como objeto definido por el heteropatriarcado se contribuye a alimentar el mito «inferiorizante» de la bondad femenina, negando la complicidad que muchas de ellas pueden tener con el sostenimiento de este sistema de poder.

Por otra parte, al atribuir al «hombre» ese poder de definición, se magnifican sus capacidades y parece interpretarse que, para ellos, el cumplimiento de las normas de género es una elección consciente y malintencionada con la finalidad de continuar dominando a las mujeres. Una idea muy parecida

\* Cabe señalar que, aunque ciertamente no se apela directamente a la estrategia penal, tampoco se es suficientemente contundente en mostrarse contraria a ella cuando por ejemplo se lamenta que una pena a una persona que agrede sexualmente no es lo suficientemente alta o bien que se aplique un derecho penitenciario a un condenado por violencia de género.

a la que se tiene del individuo delincuente en las actuales sociedades de control, en las cuales se individualizan problemáticas sociales y se entiende que las personas que delinquen lo hacen tras una valoración de costes y beneficios, perspectiva que justifica los aumentos desmesurados de las penas en las últimas décadas.

Esta definición homogénea de opresores y oprimidas, al suponer un análisis unidireccional del poder, fortalece las identidades tradicionales, hombre y mujer, y las atribuciones normativas que las acompañan, constriñendo así la existencia de ambxs y negando las posibilidades de transformación. El lema de «lo personal es político», que sirvió como valiosa advertencia respecto a cómo el poder atravesaba también a los sujetos y sus relaciones, se ha pervertido hasta tal extremo que se acaban olvidando análisis más estructurales, según los cuales es el propio sistema heteropatriarcal mediante sus instituciones y estructuras el único con capacidad de definir tanto a hombres como a mujeres. Esto ha favorecido que se pase más tiempo escudriñando la identidad, la procedencia y las tipologías de relación de nuestro entorno que señalando las estructuras e instituciones del poder que construyen una masculinidad basada en relaciones de explotación y violencia, entre las que por supuesto se encontrarían la cárcel y el sistema penal.

Esta perspectiva respecto a las relaciones de género tiene influencia directa en la interpretación que algunos feminismos hacen de la violencia de género, interpretación que puede ser utilizada para promover la idea de que es imprescindible aplicar políticas de «mano dura».

Las mujeres oprimidas por el heteropatriarcado son construidas como hiper frágiles porque se definen como violencia comportamientos puntuales y de muy baja intensidad como puede ser una mirada, un tono elevado en una asamblea

o una insistencia no deseada de conversación. Esto contribuye a relativizar la violencia y a ser poco rigurosas con los conceptos, su identificación y su abordaje. Además, el hecho de que actos de cualquier intensidad, incluso aquellos más leves y por tanto más numerosos, sean nombrados como violencia de género sobredimensiona el alcance de la misma, promoviendo con ello una especie de pánico o terror sexual, según el cual pareciera comprensible que las mujeres estén completamente fuera de sí. La finalidad de estas estrategias feministas pareciera ser la de advertir sobre la importancia y visibilidad de la violencia de género, nombrando como tal actos que anteriormente hubieran sido ignorados. Pero la estrategia es perversa y el resultado es la fragilización de las mujeres, la justificación de reacciones emocionalmente extremas que inciden en los clásicos significados de la feminidad y la construcción de una sexualidad masculina naturalmente depredadora que sólo puede ser combatida mediante el encierro o la eliminación física.

En relación con ello, la persona que daña es automáticamente nombrada como «agresor», naturalizando en la misma una condición y abandonando cualquier posibilidad de transformación o reparación. De nuevo, la actuación respecto a la persona que agrede debiera adaptarse a la intensidad de la violencia, la intención de reparación y reconocimiento del daño y la necesidad real de protección de la víctima.

Me arriesgo con todo lo apuntado a ser acusada de relativizar la violencia contra las mujeres y a aportar elementos a hombres sedientos de justificar sus violencias. Respecto a esto, que nadie se equivoque, mi objetivo es elaborar estrategias políticas radicalmente efectivas contra el sistema heteropatriarcal y las instituciones de castigo intentando mantener la coherencia con las ideas libertarias. Si ésta no es la lucha que compartimos, me encontrarán frente a ellxs, pero no por ser hombres, sino por ser cómplices de aquello que nos niega la vida. ●

# La orografía de una nueva república

Nico Duran Gurnsey

En 1982, con el texto «Dona i nació», feministas militantes del movimiento independentista catalán denunciaron tanto la falta de incorporación del eje de opresión de género en las propuestas de «construcción nacional», como la dificultad de reivindicarse como independentistas dentro del movimiento feminista, manifestando frustración por vivir dos luchas que creían primordiales de forma segmentada. En algunos aspectos, la propuesta política de construcción nacional se ha reinventado y dotado de contenido fruto de los aprendizajes vividos en un sinfín de latitudes; el más cercano ha sido el peso de experiencias vividas en el 15M. Casi un año antes de que la indignación ocupase las plazas en todo el Estado, una manifestación masiva por el derecho a la autodeterminación del pueblo catalán en Barcelona<sup>1</sup> marcó un punto de inflexión. Empezó un ciclo de movilización popular caracterizado por la organización al margen de los partidos y la reclamación de un referéndum<sup>2</sup>. Frente al fastidio de permanecer bajo un régimen monolítico, arcaico, retrógrado, fascista, corrupto y podrido, la posibilidad de devenir territorio soberano y empezar un proceso constituyente radicalmente democrático capaz de sentar las bases de una sociedad más justa, se dibujaba como un horizonte esperanzador.

Alternando el papel de observadora y participante de las propuestas feministas de Barcelona puedo decir que, de forma casi paralela al último ciclo



de movilizaciones por la independencia del Principat<sup>3</sup>, los feminismos han eclosionado para evidenciar los límites de la sociedad. Un sinfín de identidades se han hecho visibles, se han dotado de mayor autoorganización y capacidad de incidencia. Han forzado debates, han sacudido las conciencias dentro y fuera del movimiento feminista haciendo evidentes las contradicciones de vivir en un contexto europeo y heterocispatril, donde los cuerpos son leídos bajo el precepto del binarismo de género. En el seno de esta multitud de agencias políticas no existían debates acerca de la conveniencia o no de abrazar la estrategia rupturista con el Estado español. Tan sólo momentos puntuales promovidos por las feministas independentistas.

Mi percepción es que la mayoría no vivían un conflicto con su identidad catalana, algunas ni la sentían, algunas la percibían como una identidad privilegiada y excluyente. Comprendido. Comprendible. A medida que el *procés* iba avanzando hacia momentos más cruciales, la necesidad de la intersección de las luchas se

<sup>1</sup>Julio de 2010.

<sup>2</sup>Me parece interesante mencionar que en las demostraciones masivas del 11-S se dejan espacios para la visibilización de diferentes colectivos: como son las feministas, las personas LGTBIQ, la cultura popular, etc.

<sup>3</sup>Las personas afines a la Esquerra Independentista prefieren denominar *Principat* a lo que más comúnmente se llama Catalunya. Los Països Catalans comprenden el Principat, el País Valencià, Les Illes, la Franja de Ponent i la Catalunya Nord.



hacia más evidente. Pero ello requería pensar qué construcción nacional se podía proponer en claves feministas y quiénes eran los cuerpos a los que se emplazaba a liderarla. ¿Cómo imaginar nuevas formas de organización social sin ningún tipo de sesgo opresor? ¿Cómo hacerlo sin construir una categoría estanca y centrada en mujeres, cis, heterosexuales, blancas, urbanas/rurales, de clase media, adultas, con una salud privilegiada y catalanohablantes? Algunos ejemplos actuales nos pueden ayudar a vislumbrar algunas de las sombras del pensamiento de la mayoría social independentista. En primer lugar, cuando no se hace explícito lo contrario, la mayoría de independentistas da por sentado que la nueva comunidad autodeterminada va a devenir de facto un nuevo Estado –ésta es además la postura de ERC y el PDCat–. Es decir que, sin tiempo ni espacios para construir una opinión crítica al respecto, se tiene interiorizada como natural una forma de organización social nacida en la Modernidad y pensada por y para hombres blancos burgueses. Otra observación: el lema «Catalunya, nou Estat d'Europa», desvela el contexto donde la mayoría desearía mantener una relación de pertenencia. No se cuestionan las repercusiones de permanecer en una unión de Estados que blindas sus fronteras a millones de personas que necesitan migrar a causa de la propia explotación de recursos que ejercen las multinacionales y los propios Estados a los que se les niega el acceso. ¿Qué inseguridades provoca el hecho de no estar bajo el paraguas de la Unión Europea? ¿Desvela quizá miedo a una incertidumbre segura? ¿Un miedo a perder los privilegios de acceso a recursos, relaciones comerciales, tecnología y un largo etcétera? El referéndum del 1-O también puso a prueba los límites de la capacidad de inclusión de un futuro territorio catalán emancipado: la votación se reguló de acuerdo a la Ley de Extranjería... ¡Española! Quien no gozaba de estatus legal quedó al margen



y no fue considerado un sujeto de pleno derecho. Aun así, algunas de las excluidas del censo fueron a defender los colegios.

Estos ejemplos resaltan cómo es de peligroso no debatir, reflexionar y repensarse para llegar a consensos justos, ya que, en momentos de conflicto agudo, la posición privilegiada es la que predomina. Por ello es importante tomar conciencia de los matices, relieves, texturas y colores que configuran la realidad social de las habitantes del territorio catalán y comprender las posiciones de privilegio y opresión que ocupamos en cada plano identitario. Cuando pensamos desde un *nosotras* como movimiento popular, inevitablemente vamos a construir nuevas fronteras. Podemos obviarlas, o tomar conciencia de ellas e imaginar el conjunto del movimiento como un *nosotras* diverso, amorfo y cambiante.

¿En qué pueden mejorar las condiciones de vida de una mujer pakistaní que trabaja 10 horas al día en un bazar y que no puede asistir nunca a las clases de catalán y por lo tanto no podrá acceder nunca a mejores puestos de trabajo?

Mientras nos recuperamos de las heridas del embate represivo y nos repensamos; mientras caminamos y nos pensamos en clave de nueva república, tenemos que estar abiertas a críticas y asumir que tenemos que ir modificando la barrera que rodea el *nosotras*. Asomarnos a los márgenes, recorrer el perímetro una y otra vez con la mirada puesta hacia fuera y reconocer a quién estamos denominando como las *otras*. Dibujando un trazo que permita una ampliación y renovación de esos mismos márgenes. El proceso constituyente supone un reto en sí mismo en el que tenemos que reprogramarnos y aprender a imaginar un *nosotras* desde los disensos.

¡Hacia un movimiento popular de cuerpos deconstruidos! ¡Viva la República Ecofeminista Radical! 🌀

